·C·o·n·t·e·n·i·d·o·

Premios Concursos XXVII, 1994 y XXVIII, 1995

	Poesía	32	SAN CARACOL Issa López
4	LLAMARADA Y SELVA Mónica Iliana Braun Guillén Premio, Concurso XXVII, 1994	32	Premio, concurso XXVIII, 1995
7	UN SEGUNDO NACIMIENTO PARA ESTER Luis Felipe Fabre Premio, Concurso XXVIII, 1995		F <i>r</i> agmento de Novela
14	MANGLAR Eduardo Cerecedo Primera mención, Concurso	43	LA OTRA CARA Ana María Sánchez Mora Premio, Concurso XXVII, 1994
18	XXVIII, 1995 NUEVE CANCIONES PARA PRELUDIAR EL ALBA José Renato Tinajero Mallozzi Segunda mención, Concurso XXVIII, 1995	53	VIAJE DE INVIERNO José Andrés Acosta Cuevas Mención, Concurso XXVII, 1994
		60	LA VIDA DISPAREJA Ana María Sánchez Mora Premio, Concurso XXVIII, 1995
	Cuento	68	CUATRO REMEDIOS INFALIBLES PARA EL HIPO José Ramón Ruisánchez Serra
28	EN UN JARDÍN JAPONÉS José Andrés Acosta Cuevas Premio, Concurso XXVII, 1994		Mención, Concurso XXVIII, 1995

Traducción DOCE POEMAS DE EZRA POUND Pablo Martínez Lozada Premio, Concurso XXVII, 1994 PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA DE CHARLES BAUDELAIRE Paulina López Noriega Premio compartido, Concurso Premio compartido, Concurso Paulina López Noriega Premio compartido, Concurso Paulina López Noriega Premio, Concurso XXVIII, 1995 PROSE DE LECTOR DEL REALISMO MÁGICO Saúl Hurtado Heras Primera mención, Concurso XXVIII, 1995 Teatro LA GOTERA Jesús Heredia Caamaño Premio, Concurso XXVIII, 1995

102 POEMAS DE CHARLES
BUKOWSKI
Miguel Ángel Calderón
Premio compartido, Concurso
XXVIII, 1995

Ensayo

XXVIII, 1995

123 GRANDEZA Y DECADENCIA
DE LA PALINDROMÍA
Pablo Martínez Lozada
Premio, Concurso XXVII, 1994

129 LA CONFESIÓN DE GAGANOV

Ana María Sánchez Mora

Premio, Concurso XXVIII, 1995

V*i*ñeta

José Landa Jorge Galaviz García

Fotografía

Everardo González Reyes

Caricatura

Felipe Gaytán Gaytán

Portada Viñetas de José Landa



Advertencia

Este número doble reúne a los ganadores de los Concursos XXVII y XXVIII de la revista *Punto de partida* correspondientes a 1994 y 1995 respectivamente.

Agradecemos a los jurados su valiosa cooperación.

POESÍA

1994
Thelma Nava,
Ernesto Lumbreras,
Jorge Fernández
Granados
1995
Antonio Mendoza,
Víctor H. Piña,
Blanca L. Pulido

CUENTO

1994 Salvador Castañeda, Humberto Rivas 1995 Beatriz Escalante, Óscar de la Borbolla

FRAGMENTO DE NOVELA

1994 Aline Pettersson, Humberto Guzmán, Ricardo Chávez 1995 Ernesto Alcocer, Rosa Beltrán

TRADUCCIÓN

1994 Andrés Di Castro 1995 Claudia Lucotti, Noemí Novell, Tatiana Sule

ENSAYO

1994 Marie Paule Simon Leroy, Ma. Teresa de Zubiaurre, Adriana González Mateos 1995 Socorro Lozano, Patricia Toussaint

TEATRO

1994
Jennie Ostrosky,
Carmina Estrada
1995
Morelos Torres,
Eduardo Villegas

VIÑETA

1994 Alejandro Arciniega, Octavio Jurado 1995 Miguel Ángel Díaz

FOTOGRAFÍA

1994 Rosa Nissan, Lorena Alcaraz, Bernardo Arcos 1995 Lorena Alcaraz, Bernardo Arcos

CARICATURA

1994
Héctor Pacheco
Escalante
1995
Armando Rosas A.,
Carlos Max Salas

PUNTO DE

PARTIDA

La revista de los estudiantes universitarios Cuarta época. Número 102-103, 1995.

Director:

Hernán Lara Zavala

Editora:

Laura González Durán

Jefa de Redacción:

Ana Cecilia Lazcano

Redacción:

Ari Cazés, Judith Sabines, Roxana Hernández, Lilia Pérez P. y Juan Carlos Rodríguez

Consejo Editorial:

Gonzalo Celorio, Malena Mijares, Adriana Mondragón, Javier Narváez

Secretaria:

Luz María Vallejo García

Diseño original:

Otilia Calderón, Miguel Ángel Díaz, José Luis Molina y Vicente Encarnación.

Diagramación y formación:

Mercedes Bulit

Impresión:

Grupo Edición, S. A. de C. V. Xochicalco 619, Col. Vértiz Narvarte, 03600, México, D. F.

Punto de partida es una publicación bimestral de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. Dirigir correspondencia y colaboraciones a: Revista Punto de partida. Centro Cultural Universitario, oficinas administrativas, circuito exterior, edificio C, 3er. piso, Insurgentes Sur 3 000, Delegación Coyoacán, 04510, México, D. F. Teléfonos: 622 62 40, 622 62 41 y 665 0419. ISSN 0188-38IX. Certificado de Licitud de Título Núm. 5851. Certificado de Licitud de Contenido núm. 4524. Punto de partida es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el núm. de reserva 2919-91.

Viñeta Premio, Concurso XXVII, 1994 José Landa





Poesía

Premio, Concurso XXVII, 1994

LLAMARADA Y SELVA

Mónica Iliana Braun Guillén*

I

Toda la noche es un jaguar de espuma óyelo montándose en mi vientre míralo detrás de los latidos su garra encubierta en los pezones sus patas extendidas hacia el encaje de luz entre las frondas.

II

Le van creciendo flores a la noche se parte la selva en dos mitades por el río o son líquidas piernas, mansas tras la lengua. Ya vuelan las yemas de los dedos son pájaros en desbandada los latidos.

^{*} Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

III

Anda la serpiente con sus mil cinturas su lengua irrepetible va levantando incendios como un árbol altísimo copas encendidas para lamer la noche de la llama. Todo en la selva es fuego en tensa calma un vientre de mujer la selva en llamarada.

CANTOS DE SOMBRA Y LUZ

I

Jugar a que el Demonio se desprende de su estrella para caer en el ojo derecho del endemoniado el ojo izquierdo ha de apagar las luces para el viaje. Sé que los árboles son todos diferentes sé que todos son el mismo árbol.

Detrás de esa mirada otra que ni el satánico se atreve para fingir que el temblor de la tarde nunca estuvo.

II

Corte mi garganta con el filo de su lengua en mi entrepierna el pez nocturno ahogue vénganos el infierno sin nombre de la sangre.

III

Volverse luz desde las sombras y descubrir las cuencas sin los ojos gira la cabeza de un niño a la derecha. No podré decir desde esta urdimbre "amado" dejar una mitad del corazón a oscuras.

Poesía-

IV

Pero la luz no se detiene avanza por las venas se abre paso va levantando espuma en su irisada cauda. Vénganos la luz que todo cubre florido vientre espacio entre fisuras luz para las manos de tacto vuelto sombra renacido fulgor desde la orilla.





Premio, Concurso XXVIII, 1995

UN SEGUNDO NACIMIENTO PARA ESTER
Luis Felipe Fabre*

algún día la muerte dará a luz

Adán ha muerto milenios después el grito

no más felices navidades y próspero año nuevo

se acabó la fiesta

y cada quien a su sarcófago

vivimos en este siglo de los siglos que se acabó hace mucho y no llores nena

esto es tan sólo un acta de defunción una letra para rock una carta a los Reyes Magos

y no grites

Comunicación, Universidad Iberoamericana.

Poesía-

a veces una mujer embarazada también es un sarcófago

a casi paisaje la ballena muerta a media playa y nadie le toma fotos

las horas felices como chicas en bikini son de las chicas en bikini

y así es esto Jonás cada quien habita su ballena

despega la gaviota inventando el viento

una ola mandíbula se eleva que nos devore por favor que nos devore

llega el tiempo en que uno se pone botas vaqueras y se va

ahara nos espera en Arizona el planeta se ha quedado calvo

las aguas se partieron

cruzamos el mar como una cancha de basket ball Moisés no es tiempo de recoger conchas no hay dónde guardarlas

llevo un muerto en la mochila soy yo

Moisés de qué futuro viene esta arena a sepultarnos

hasta los que se quedaron se fueron

Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles

y nadie se mueva éste es un asalto

éste es un ataque al corazón

éste no es un poema épico las guerras han cambiado

aquí no hay héroes sólo rock stars

¿entendido?

escucho a la muchedumbre avanzar aplanando al planeta

uperman ha muerto el que resucitó fue otro y hace mucho

Poesía-

no crean lo que les dicen el cadáver de Superman apesta por toda Norteamérica

Europa se hundirá por el peso de sus muertos Latinoamérica por el peso de sus vivos

no amigos el futuro no está en las estrellas

las autopistas de la muerte están saturadas de luminosos peregrinos

espués vino la montaña y aplastó a Mahoma

el mundo guardó un minuto de silencio y de nuevo a la rutina

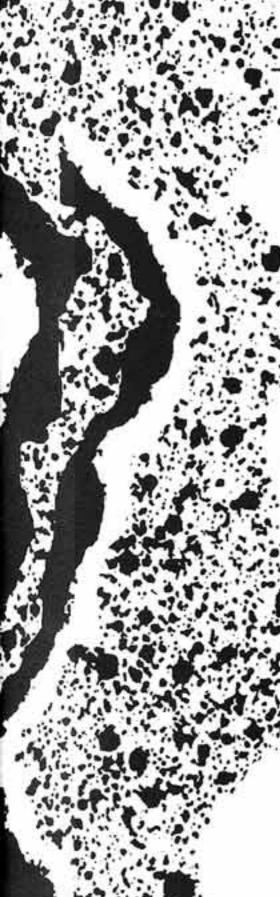
boy scouts cercaron la montaña con el fin de preservar flora y fauna de creyentes deseosos de hacer templo

e inicióse cruenta lucha

lo que pasó antes sólo Alá lo sabe

lo siento mucho pero no todos caben en el arca de Noé

n día no bastó la luz para ocultar el horror



se agotaron los boletos de avión y el ejército cerró las carreteras

los destinados a ser mis padres intentaron huir pero descubrieron que Japón era una isla

la noche tampoco quiso esconderlos

yo me salvé porque no he nacido todavía

como ciertas ballenas los sarcófagos son tan sólo cápsulas del tiempo

os despertó la explosión

mi padre se levantó como un santo luminoso y tóxico

todavía puedo ver la radiación emanando de su cuerpo

y como una estrella deambuló por la casa

brillando hasta consumirse

un antiguo astronauta de barba blanca nos observa y ríe

ero adónde se fue Jerusalén cuando nos vio llegar las casas se cayeron la tía Marta se desmayó ya nada estorba el paso del viento

estamos huyendo y no sabemos muy bien de qué

gente como barcos que zarpan al vacío

desde que Roma desapareció del mapa los caminos llevan a ninguna parte

éste es un avión a un minuto de estallar

pasajeros sin destino favor de abordar por la sala nueve

algún día los hijos que nunca tuve tendrán algo que decir al respecto

dificios sosteniendo el cielo pero el cielo se sostiene solo cae la tarde sobre los ausentes



y está escrito que el silencio tiene la última palabra

aquí estuvo el hombre dice un graffitti en la ciudad desierta

el viento levanta bolsas de plástico y juega a los fantasmas

mientras Lázaro sin párpados y con la boca enmudecida de polvo

se sienta en la banqueta a esperar al futuro y sus habitantes



Poesía-

Primera mención, Concurso XXVIII, 1995

MANGLAR

Eduardo Cerecedo*

I

El día se va con el viento, va rumbo al mar.

La luna ha empezado a maquillar la comarca platanera.

El viento trae el sabor de lebranchas ahumadas en su soplido, en la bocana del río se junta la víspera de cabañuela con la lluvia primeriza que tiende las velas a su paso.

El día galopa mar adentro, en su cabalgar va incendiando las barcas.

II

Camino por los límites de la tarde, los colores esparcen su lindero. El cielo alumbra el zumbido que hace el papalote. Con la vista puesta en las casoarinas se fuga el instante –a lo lejos–, el mar se nutre de augurios terrenales:

Traídos en canoas con redes de salitre en los maderos.

Ш

Las chacas se desbordan por completo la lluvia las vence, como lo hace con la tarde de junio; chorros de agua acumula el cielo en sus tallos, las chacas tiemblan con los pájaros adentro

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

-todo avanza-, la brisa deja caer su primer chapoteo que poco a poco la oscuridad devora.

IV

El alumbrado que bordea del malecón al muelle se disuelve en agua mordida por las voces lejanas, el chillido de gaviotas ausente friega a la noche bugambilia en astillero sitiado por la luna. La marejada propaga su nivel en la regata de los sones, el embrujo nocturno del arpa y la jarana empuja este alisio en ráfagas de luz que desborda el puerto en la noche.

V

En la horqueta de ese mangle un mono blanco lame su sexo hasta sangrarlo. Un líquido luminoso gotea por la espesura de la fronda, el mono trepa por la copa del árbol, se revuelca dando gritos feroces, pasando la furia queda patas arriba. Su semen cuelga de las hojas como un halo de luna devorado por el alba.

VI

Los trinos de las aves orean ligeramente el fragor del aguabajo. Entre cangrejos, raíces, mapaches, tejones y lagartos; huye el día mordisqueado por el trópico, aguaviva que crece en los helechos. Los ruidos en la sabana tienen algo de luz que amarillea el agua que los moja.

Poesía-

VII

El platanar anuncia los pasos del aguacero, la negrura de las nubes tiende su hocico de agua en la algarabía de las ranas.

Amanecemos con norte. El manglar hace llegar hasta aquí su olor a retoños nutritivos.

Un vaho de aromas se levanta de lo más recóndito del estero y zurde al jadeo de la iguana.

VIII

La ceiba apenas cabe en el cielo, un ventarrón la roza la hace más grande en su silbido.

La tarde despliega sus bejucos para tocarla, las nubes crecen en sus ramas de niebla.

Todo es rumor en su corteza, la humedad del bosque late en su silencio.

Cuando llueve y hace luna llena, la ceiba se hace día, río, mar, cielo, eclipse de agua donde se esconde por segundos la selva entera.

IX

Los perros la lamen con sus aullidos mientras el río se hace manjúa de peces con la marea que de ella nace. Sus ramas repletas de viento arañan el horizonte atrapado en sus raíces aéreas. Los cangrejos escalan ese tronco rugoso en su ciénaga. Aquí adentro la higuera se quiebra en hilos de agua con algo o mucho del trópico más allá de mi vista.

La oscuridad empezaba a llenar las cuevas de los cangrejos en la isla platanera.

De un momento a otro subía la marea con una fuerza, que hacía crujir las marañas de luz y hierba, inclinadas por la tibieza en que aparecían las primeras estrellas en los ojos de los peces arrastrados en la corriente turbia del anochecer.

Las horas blandas resbalaban por el acantilado del río, que cubría las raíces del mangle pobladas de ostiones y de almejas, a su vez, sorbían en su silencio parte de ese mundo interno de aquellos ojos de agua crecida.

Sobre el viento cargado de limones surgía la luna más naranja que amarilla, azolvada de musgo y de algas, y de tantas noches de marea como ésta.



n		
ν_c	esi	0
1.1		a-
	-	••

Segunda mención, Concurso XXVIII, 1995

NUEVE CANCIONES PARA PRELUDIAR EL ALBA

José Renato Tinajero Mallozzi*

I Balada de los caminos

¿Conoces la lluvia en el cauce del final de la lluvia? ¿Has andado la inercia en el lecho de la inercia? Si me siguieras,

es posible, asimilaríamos en nuestras mentes la negación de los faroles y el andar de los otros vagabundos.

Y quizás, si no es mucho insistir, hasta nos confundiríamos, imprecisos, tras la sombra de las calles más antiguas, veredas-mundos-senderos en un devenir de vidas nuevas, en un retener los olvidos y los años.

¿Y si encontramos a Dios a la vuelta de una esquina? Nada impide,

ya verás, que se nos muestre la verdad de los muros, ésa: la más pura ciencia y el más nocturno sueño.

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Nada impide, en sucesión de umbrales y de sórdida geometría, que el otoño callejero se cubra de amoríos secretos, de virtudes que claman por nuevas religiones y nuevos símbolos, de otras lágrimas y otras humanidades.

Cuando yo me muera,
dame
de ti una lágrima,
una sola,
muy mía,
y déjala rodar en una calle grande y muda,
para que me siga,
para que se disuelva
en esas rocas
que supieron de mí.

Deja que tu lágrima me busque.
Déjala que muera cada día,
que sufra cada muerte,
cuando veas esas calles
donde las lágrimas no se toman a mal.
Déjala, en fin, que en mí se funda,
que se detenga en el lecho de mi cuerpo,
para tenerte,
mía

nuestra, en las últimas calles, en los inconcebibles senderos

que en mi ausencia

yo recorro todavía.

II Balada por una carta sin respuesta

Dulce hermana,
¿qué soledad de viajes llevas a cuestas?
¿Qué ambigüedad delincuente
te has empeñado en ocultar?
Cuando me enamoraban tu aliento cosmopolita

y tu sabor a verso y aire, cuando tu geometría figuraba olas y llenabas radiante el espacio de ti misma, cuando desbordabas

definitiva

los extremos de tus hojas, tu esencia se enroscó en un sobre blanco, y aprisionada y ciega te arrojaste al mundo, por mí,

lejos de mí.

Hijita mía, ¿supieron quién eras? ¿O a la mitad del vuelo caíste para deshojarte en miles de palabras? Hermana, hoy me duele mi pecado sin respuesta. Mas te envidio. Envidio tu rumbo de pájaro sin dueño, o quizás tu corazón efímero, o esa coquetería de las cartas que deciden no volver ya nunca la mirada. ¿Te despojaron de estampillas y secretos? Cariño mío, ¿quién sabrá de mí? Tal vez aguardaba tu regreso, jubilosa amiga frívola, llena de otras voces y de nuevos ecos. Pero te fuiste,

paloma

al vuelo con tu pico de tinta caprichosa

y tus alas

de rumbo imaginario.

III Unas pestañas

Se han puesto negros los balcones.

(Reflejo de pupilas, humedad de párpados y pétalos.) Oscuridad imprescindible que lleva días por entrañas.

(Cómplices del amante que ha redondeado en mundos hemisferios cristalinos.)

Llamas nocturnas encadenando espejos.

(Máscaras del sueño, ventanas que persiguen besos fríos.)

En su delirio han tomado alas de acuarela al viento.

(Donde los labios son ley, ellas impusieron la norma de la ausencia.)

Han sonado sus campanas negras.

(Mi deseo aguarda.)

IV Al océano, desde la orilla de los sueños

La arena brota sin oídos y con ruido de conchas grandes y añejas. Las escamas vibran lentas y en espuma deshacen su rigidez cadenciosa. Es él. monstruo que despierta, aguijón salvaje amor -lágrima génesis, demonio al acecho

bajo el manto de mil ángeles en movimiento perpetuo.

* * *

Si tú soñaras, es decir, si soñaras como yo océanos de clamor furioso, encendidos en muchedumbre de olas fortuitas: si tú besaras, esto es, si tú bebieras de esos rostros marinos, de aquellas cuestas de sal y de luces; si escucharas, noche grave, grave acento de lunas dispersas y de farolillos blancos, y miraras hacia ti cómo se agita tu corazón de nube, poseerías, como yo, miles de imperios antiguos dibujados tras el furioso reventar de olas, de sueños y de besos.

* * *

Quisiera soñar el océano enorme volcándose a ratos en mis oídos, como si fuera él un ramillete de mariposas repentinas.

Quisiera soñar, soñar la mar y un verso arrancado no sé dónde.

Quisiera robarle alas a la sombra y morder la frente de la muchacha blanca que me espía.

Y si así nos extraviáramos en el múltiple arrebato de los peces o en un éxtasis de cascabeles salinos, yo quisiera soñar, soñar, la mar poniente y mi corazón volcándose de prisa en jardines de penumbra.

V Trío

Por esta rosa que sangra pétalos en la orilla de mis manos, por esta rosa que un amante dejó al discernimiento del deseo, por ella he de temer en cada uno de mis versos, como si no hubiera más rosas y este verso fuera veneno ante los ojos míos.

Por esta rosa que padece de sí misma, por esta rosa que se quema entre mis dedos, por ella he de pensar un beso gris y tibio, un beso en formas impalpables, como son los besos de palabras, como son los besos de la muerte.

Por esta rosa desnuda que se desgaja al toque de los días, por ella he de mirar tu pecho inmóvil y tu rostro de soledad absuelta, como se miran los días, como se piensa en rosas desangradas y en los versos de la última página de un libro.

VI Poema de las posibilidades

Noche, te quise construir de amores últimos, pero quiero despojarte de fantasmas y hacerte tangible, para trazarte filigranas en el cuerpo, para cubrirte de alas y de tierra, para besar tu cuello y soñarte entre libros y un sepulcro.

VII Elogio a la palabra humana

Para Diana, al otro lado del instante.

Tu nombre pudo ser poema, o ave solitaria, o fuego íntimo. Pero se quedó prendado de abanicos y avenidas. Tuyo. Pudo ser poema, y prefirió, ya ves, tu orbe de júbilos. Quise sujetarlo en versos. Pero las sílabas no eran tinta. no eran imágenes. Eras tú: lenguaje. Quise abarcarte en sustantivos femeninos, y te escapabas de los puntos, los balcones y los diálogos. Tu nombre pudo ser absoluto, mas prefirió andar por los días y los rostros. Acaso pudo ser de nadie.

Pero es tuyo. Inexorablemente tuyo.

VIII Apología de la dialéctica

Delante de mí se mueren las rosas. En el fondo del agua, una novia abandonada gime tras la abertura inmensa de la noche. ¿Qué soliloquio sollozan y murmuran las corolas? Es de noche,

noche

negra
como la tinta que se agolpa en este verso
o las cavidades
que sujetan el alma de las rosas.
Sólo de noche se mueren las corolas.
En la madrugada, serán mortajas
de terciopelo oscuro,
cascabeles de luto.
Enmudecidos.

En el fondo, la novia está muerta. Sus ojitos se cerraron despacio, húmedos y trágicos. Pidió que la despertaran temprano, para engalanarse y cubrirme de besos y perfumes. Nadie la escuchó morir. Sus manos son remolinos quietos. Su corazón yace disuelto en el agua, llenando todo de miel y de amargura. Parece que duerme, sola, harta de aromas que no le pertenecían. ¿Cuáles fueron sus últimas palabras? Ha muerto, lo sé. Es de noche. Afuera, tal vez la busca un vientecillo

fervoroso que le confesará su amor inútilmente al oído.

IX Materia del alba

Quiero tomarte del aire, modelarte, adivinar tus centímetros invisibles y tomarlos por asalto.

Poner color en tu mirada fría y aliento en tu forma primigenia. Vestirte de mis manos, transformarte, desarrollar la exuberancia de tu cuerpo –una, cien veces deshacer el contorno y repetirlo hasta saberte de memoria.

Imaginar que me quieres y te quiero.
Decirte en secreto que estás viva.
Quererte otra vez,
regenerarte,
reunir tus átomos dispersos,
y al final,
una vez más,
crearte
con mis dedos furiosos que te encuentran siempre
y te arrancan
por capricho
tu silencio.







Cuento

Premio, Concurso XXVII, 1994

EN UN JARDÍN JAPONÉS

José Andrés Acosta Cuevas*

licia era la única persona, a excepción de mí, que permanecía callada en el grupo reunido en torno al hombre de camisa negra. Sostuve mi copa al frente e incliné la cabeza hacia ella, quien repitió el gesto sutilmente. Los muchachos de filipina blanca se acercaban a ratos para ofrecernos más vino dulzón y cuidar que no desapareciera ninguna copa.

-¿Quieres que te presente? -dijo de pronto Luis golpeándome el costado.

-Por favor -contesté y bebí un poco de ese vino amarillento.

Me tomó por el codo y me plantó frente al hombre de camisa negra, con quien tuve un leve choque, pues creí que cruzaríamos el círculo para llegar a ella. Luego de sonrojarme e intercambiar algunas palabras con aquel hombre, regresé junto a Luis y le aclaré mi intención.

-Me hubieras dicho, ¡carajo! Casi lo tiras.

^{*} Facultad de Derecho, UNAM.

Desde hacía varias semanas, estaba asistiendo a distintas conferencias y presentaciones de libros por consejo de Luis. Tienes que dejarte ver, me había advertido una tarde en una cantina. Nada más se trata de que vayas, te sientes en primera fila y pongas cara de que eres alguien, aunque no te interese lo que digan los de la mesa; porque nadie, óyelo bien, nadie va a ir a buscarte a tu casa. Es parte del negocio; de esta forma se manejan las cosas, ni modo. Aunque tienes la ventaja de que vo te puedo echar la mano, así conocerás gente y al rato ya verás... Sin embargo, lo que había logrado en ese tiempo fue adquirir la costumbre de beber a diario, unas ojeras pronunciadas y algunos desaires.

Luis me apretó de nuevo el codo y me llevó con Alicia. Le di la mano diciendo mi nombre y unimos nuestro silencio mientras observábamos a los demás. Cada vez que alguien hacía un comentario efusivo, yo creía adivinar tras el rostro circunspecto de Alicia, el deseo de estar conmigo en otro lado, con otra gente.

Cuando las luces del auditorio parpadearon, la mayor parte de las copas estaban vacías y en el piso lucían todo tipo de colillas de cigarro aplastadas. Alguien propuso ir a la cantina. Salimos al frío de la noche y caminamos unas cuantas cuadras formando dúos y trios por la acera. Alicia me cogió de la mano. Al llegar brindamos por el hombre de camisa negra. El barullo aumentó pronto y le propuse a Alicia imos. Sin avisar a nadie, salimos otra vez a la calle.

Ella sugirió que fuéramos a su casa, dijo que estaba muy cerca. Abordamos un taxi rumbo a la avenida Universidad que nos dejó frente a un edificio enorme de color durazno. Aquí es, murmuró mientras sacaba el llavero. Pensé que se trataba de un edificio de apartamentos; en vez de eso, a la entrada había un re-

cibidor tan amplio como el auditorio en donde nos conocimos. Con una llave en forma de cilindro, activó una escalera eléctrica y subimos a un piso que ostentaba una mesa de roble con capacidad para unas veinte personas. Nos sentamos en un extremo; en el opuesto varios sujetos charlaban animadamente.

-Bueno -dije- ¿cuál es tu casa?

Pues ésta. Todo lo que ves es mi casa
 contestó alzando los brazos.

En ese momento llegaron hasta nosotros las carcajadas de los que ocupaban el otro extremo.

-¿Y ellos? –inquiri sin mirarlos.

–Son unos amigos.

-¿Por qué no vamos a otra habitación?

–Como quieras.

Me tomó de la mano y subimos al siguiente piso, pero ahora mediante un elevador. Atravesamos una estancia abarrotada de botellas, de la cual seleccionó una de whisky y llegamos a un galerón. En ese lugar había una infinidad de modelos distintos de cocinas integrales, divididas por paredes falsas que no alcanzaban el techo. Estaban reunidas en grupos de cuatro. Ella se sentó sobre la tarja de acero inoxidable de un fregadero, con la cabeza inclinada para no golpearse contra la campana de la estufa. Después de unos tragos, apretó los labios y extendió sus brazos hacia mí.

–¿Aquí? –exclamé.

Al no obtener respuesta me acerqué para besarla. En ese momento alguien murmuró. La voz provenía del otro lado de las separaciones de madera. Me aparté de Alicia y pisando con sigilo me aproximé a la esquina contraria al módulo; de ese lado, las paredes simulaban ser de ladrillo rojo y había una cocina tipo rústico con acabados imitación madera: una pareja de jóvenes recostada sobre la estufa intercambiaba besos.

Cuando regresé, Alicia columpiaba

sus pies y miraba hacia el suelo con los brazos tensos, apoyados en el borde de la tarja; parecía a punto de arrojarse desde una azotea. Esta vez la tomé yo de la mano y la guié hacia un lugar poco iluminado, donde toda una colección de salas nos esperaba. Por el camino saludó a unas personas que estaban sentadas sobre la alfombra. Escogí un sillón café, acojinado y grande. Frente a nosotros, crepitaba una chimenea eléctrica que producía destellos rojos. La besé en el cuello, el aroma de su perfume se había mezclado con el del whisky. Le desabotoné la blusa y me aseguré de que no hubiera nadie cerca. Palpé sus senos, pequeños como los de una adolescente, e intenté penetrarla, pero me pescó el miembro con la mano, como si fuera un animalillo que quisiera lastimarla.

–¿Qué pasa?

–Eso no –pidió.

–¿Cómo que no?

-Todo lo que quieras menos eso.

 Entiendo. Voy a conseguir un condón.

-No. No es necesario -sentenció con fastidio- quítate.

Su cara había adquirido un matiz de cansancio. Los destellos de la chimenea se reflejaban en su pecho con movimientos rítmicos. Comenzó a sudar y bebió de la botella; mientras, yo me vestía.

-Mañana tengo que organizar otro evento -dijo cruzando los brazos.

Me quedé sin saber qué decir.

−¿Por qué conoces a Luis? –interrogó.

-Por azar. Nos presentaron.

Entonces no trabajas para él.

–No.

Suspiró al tiempo que se vestía. Antes de continuar hablando, reflexionó.

–¿Quieres que te muestre la casa de camino a la salida?

-No -respondí- ya sé que es grande.

-¿Quieres llevarte algunas cosas? -di-

jo mientras se ponía una gabardina gris que no supe de dónde sacó.

-¿Qué cosas?

-Comida, ropa, lo que quieras. Aquí hay mucho de todo.

-No gracias, no necesito nada.

–Sígueme.

Avanzamos por un pasillo angosto, con techo bajo, en dirección a unas escaleras. Antes de descender, miré a través de una puerta corrediza de cristal que daba hacia un balcón y le pedí a Alicia que me dijera qué había ahí. Ella descorrió la puerta y se acercó a la balaustrada. Nos recargamos en el borde para asomarnos. Hacia abajo se veían tres o cuatro jardines de distintos estilos cada uno, divididos entre sí por mallas metálicas que llegaban hasta la altura de un domo que cubría esta parte de la casa, y que era lo suficientemente grande para que los árboles crecieran alto, aunque no demasiado. Uno de los jardines estaba arreglado a la manera japonesa; ofrecia una imagen de tranquilidad y armonía. En él, dos gatos blancos jugaban a perseguirse: daban brincos, hacían fintas, maullaban y corrían entre árboles enanos y un puente de madera.

–Qué bonitos gatos –murmuré.

-Son de mi padre.

–¿Y pueden pasar a los otros jardines?

-No. Mi padre es quien los cambia de sitio cuando le da la gana. Le gustan los gatos, aunque a veces se aburre de ellos. Míralos -señalaba al par con el dedo- son como niños, ni siquiera saben que ya están envenenados. Mañana, simplemente aparecerán tumbados por cualquier rincón.

De pronto advertí que entre las plantas había un hombre de cabello y barba blancos. Dos platos con restos de leche reposaban a su lado. Se me hizo dificil respirar, mis brazos estaban muy blancos y la cara de Alicia también. Tuve que sentarme en el suelo. Ella sonreía, estás muy desvelado ¿verdad?, me dijo. Yo ya no le pude contestar, sólo alcancé a observar, a través de los balaustres, al par de gatos que yacían exhaustos sobre el puente de madera.

Viñeta Premio, Concurso XXVIII, 1995 Jorge Galaviz García



Premio, Concurso XXVIII, 1995

SAN CARACOL

Issa López*

Para mi abuela

n día Dios vino a Santo Tomás del Mástil. Llegó dormido en un caracol, y Vieja Luciana se lo llevó a su casa.

El doctor Paulino, que ya había vuelto de estudiar en la capital, le había dicho a Vieja Luciana que caminara, porque si no las piernas se le iban a hacer como de palo. Como de palo, Luciana, ¿ve? Así, como de palo. Hay que caminarle, Luciana. Sálgase a la playa y camínele hasta el muelle, y camínele de regreso, todos los días. Y tómese sus pastillas, una antes de cada comida. Son cincuenta por la consulta, Luciana. Vaya con Dios.

Y Vieja Luciana había hecho todo lo que le había dicho el doctor Paulino. Se había tomado sus pastillas, una antes de cada comida. Se había salido cada día a la playa y había caminado hasta el muelle, aunque le doliera la rabadilla.

Y había ido con Dios.

Se encontró el caracol al tercer día de salir a la playa, y se lo pensó antes de recogerlo, porque agacharse no era lo malo, sino volver a levantarse.

Pero era un caracol muy bonito, color de tarde y labial de quinceañera. Y Vieja Luciana se agachó despacito y se levantó todavía más despacito, y se puso una mano en la espalda y el caracol en la oreja, para oír al mar.

Y lo que oyó fueron los ronquidos chiquitos de Dios. A Vieja Luciana le dio risa que alguien se hubiera quedado dormido adentro de un caracol.

^{*} Estudiante del CUEC, UNAM.

-¡Shht! ¡Señor del caracol! Despiértese. Son las dos de la tarde –llamó quedito Vieja Luciana, para no sobresaltar al durmiente.

Pero el durmiente no se despertó. Llevaba diez o doce siglos dormido, a salvo de todos los rezos, soñando con tiempos en los que Luzbel aún no había caído, y tomaba el té con Dios, y hablaban del clima y del precio del azúcar.

Y como el durmiente no despertaba, Vieja Luciana pegó la boca a la boca del caracol y se puso a cantarle las mañanitas, con voz de no vaya usted a enojarse.

Dios se fue despertando poquito a poquito, y cuando Vieja Luciana iba por aquello de "Despierta mi bien, despierta" Dios dio un bostezo chiquito, de caracol educado.

-Buenos días al del caracol -saludó Vieja Luciana- yo soy Luciana Domingo. Vine a caminar a la playa porque si no las piernas se me van a hacer como de palo. ¿Y usted?

-Yo soy Dios -contestó el caracol con voz de milagro doméstico. Y Vieja Luciana se persignó.

Vieja Luciana puso al caracol de Dios en la jaula que habían desertado sus canarios, y luego de pensarlo un rato, llamó a su nieto Luciano, le dio cinco pesos y lo mandó a comprar pintura dorada a la tlapalería del Flaco Centeno.

Como Luciano se tardaba mucho con la pintura, Vieja Luciana preparó té de jazmín, se sirvió una taza ella y le sirvió a Dios en un dedal de oro que había sido de su abuela. Pero Dios no salió a tomar el té.

Entre sorbito y sorbito, Vieja Luciana le contó a Dios que vivía sola con su nieto Luciano. Que ahora nadie le hacía caso, pero que en sus días había sido la bonita de Santo Tomás del Mástil, cuando todavía le decían Lucianita y no Vieja Luciana.

Y que se había casado con Martín Domingo, que era el pescador más alto, el de hombros más anchos, el de cabellos más negros, el de pasos más largos, el que se iba a echar las redes más adentro del mar.

Y que, pues sí, que tanto va el cántaro al agua que el mar un día se llevó a Martín, y que nunca lo había devuelto.

Que Vieja Luciana había rezado tantos rosarios que le habían salido callos en los dedos, pero que Dios nunca había contestado cuando ella le hablaba, hasta ahora.

Dios se disculpó educadamente y Vieja Luciana le dijo que no tuviera cuidado. Pero ya que finalmente habían entablado conversación, ¿sería Dios tan amable de hacerle un milagro?

Dios tenía sueño, y para poder volver a dormirse, le dijo a Vieja Luciana que sí.

Y Vieja Luciana le pidió a Dios que le regresara a Martín.

Luego le ofreció más azúcar a Dios, y Dios no gracias, no quería azúcar. Quería dormirse. Y se durmió.

Luciano regresó de la tlapalería con la pintura dorada. Y con su abuelo Martín.

Y Vieja Luciana se quedó mirando a su marido como quien mira llover en el desierto.

Porque aquel marido suyo era el mismo que había zarpado hacía más de treinta años, con la misma estatura, los mismos hombros anchos, y los mismos cabellos negros.

Martín Domingo dio tres de sus pasos largos, alcanzó a su mujer y le dio un beso en la mejilla arrugada.

-Ya regresé Lucianita –la saludó. Y Vieja Luciana se echó a llorar.

Comieron sopa de coditos y milanesas, porque Vieja Luciana se acordó que eso era lo que le gustaba comer a Martín. Y volvió a llorar cuando Martín le dijo que la sopa estaba mejor que la de ayer.

Después de comer, Martin encendió un cigarro y se lo fumó despacio, entrecerrando los ojos, como queriendo acordarse de algo, y luego, no pudiendo.

Y después de un rato, Santo Tomás del Mástil llegó a ver al Martín que había

regresado del mar.

Primero llegó el Flaco Centeno, de la tlapalería, casi arrastrado por el viento. Había visto a Luciano encontrarse con su abuelo, pero al verlo de cerca, se talló los brazos enjutos con las manos, porque la poca carne que tenía, se le había puesto de gallina.

Después llegó Rosaura Abizaíd, que por una vez se quitó el velo de ir a misa, y se descubrió la carita de muñeca para

ver al regresado.

Y el doctor Paulino, que como siempre, venía siguiendo a Rosaura, con sus anteojos de óptica capitalina, y detrás, sus ojos de me duelen de no cerrarlos para no dejar de verte, Rosaurita chula, mamacita.

Y hasta Yesenia Yeison (pidiendo como siempre que lo pronunciaran Yeison Ye-i-son, plis) que se había despertado milagrosamente de día, y sin saber muy bien por qué, había dejado solas a sus muchachas en el club Exotique, y había salido a recordar el asco que le daba el sol.

Se fueron amontonando en la puerta, y Vieja Luciana les ofreció café, pero como no le alcanzaban las tazas, se los sirvió en vasitos de yogur.

Y después de todos los ¿crema? no gracias, azúcar, y yo negro, Rosaura carraspeó para hacer la pregunta obligada.

-Muy bueno el café, Vieja Luciana. ¿Y cómo es que su marido regresó?

Vieja Luciana miró a su Martín, pero Martín como que no se daba cuenta de nada. Le iba dando chupadas lentas al cigarro, y arrugaba la frente y hacía cara de ¿de qué tenía yo que acordarme?

-Dios me hizo el milagro, Rosaurita. En un rato que estuvo despierto -y Vieja Luciana se puso enfrente de la boca un índice retorcido de artritis, como quien dice no me despierten al niño. Y señaló al caracol de Dios, dormido en su jaula que Luciano estaba pintando de dorado.

Y los ojos de Rosaura Abizaíd, los del doctor Paulino, los del Flaco Centeno y los de Yesenia Yeison se hicieron como los de los santos de yeso de la iglesia de Santo Tomás del Mástil. Se hicieron vacíos de todo lo que no fuera fe en que se puede alcanzar el paraíso. Y el café de Vieja Luciana se enfrió en los vasitos de yogur.

Pero Vieja Luciana no se dio cuenta, porque sólo se podía dar cuenta de cómo los ojos de Martín se iban llenando de mar, porque estaba empezando a recor-

dar.

Cuando se hizo de noche, los mirones se fueron. Y Vieja Luciana peinó a Martín y le cantó canciones de María Victoria, hasta que a Martín le dieron ganas de irse a la cama.

Vieja Luciana se puso su camisón de viejita, y Martín, desnudo y desparramando hombre por toda la cama, se rió de ella.

Y mientras, en la salita de la casa, Flaco Centeno, que se había metido a escondidas, despertaba a Dios haciéndole cosquillas en el caracol.

Dios se talló los ojos y se estiró todo lo que le permitía su prisión de concha.

-Perdona a tu siervo, Señor -suplicó Flaco Centeno en susurros, para que no lo oyera Vieja Luciana.

 Estás perdonado. Buenas noches, hijo –concedió Dios, acomodándose para volver a dormir.

 Pero tengo una súplica. Hazme la valona, Señor –Dios suspiró y el caracol se llenó de su aliento divino.

–¿Qué es lo que quieres? –preguntó Dios.

Flaco Centeno se frotó las manos descarnadas.

Deseo, Señor, que mi mujer me ame.

Y Dios hizo el milagro, justo antes de perderse de nuevo en sus sueños del principio y el fin de todas las cosas.

Vieja Luciana ya iba a la cama, a su Martín niño, a su Martín todo piel brillante, todo piel en cueros. Pero en el camino se topó con el espejo de su ropero y el espejo le devolvió su figura de pajarito, su cabello blanco, su mueca desdentada, de labios fugitivos. Y mejor apagó la luz.

En la salita ya no estaba Flaco Centeno, que había regresado con una sonrisa enjuta a su cama individual, con la esperanza de que pronto sería cama compartida. Ahora estaba Rosaura Abizaíd, temblando de adoración y de miedo. Hizo una genuflexión frente a la jaula dorada, y se enderezó modosita, acomodándose la falda para que no se le vieran las rodillas. Luego se persignó y comenzó su letanía.

-Señor, Dios nuestro que estás en los... que estás en el caracol, y tu hijo Jesucristo, que por gracia divina bajó a la tierra y subió a los... y se durmió en un caracol, y el espíritu santo, que vive y reina en el... caracol, yo me encomiendo a ti... a ustedes... al caracol... -Rosaura se detuvo, confundida-. Señor... Señores: ¿de veras caben los tres en el caracol?

Dios ya se había despertado, y ahora que Rosaura lo mencionaba, era verdad que la distribución del caracol no era precisamente holgada.

-Sí, hija -contestó Dios para no meterse en detalles íntimos del hacinamiento ni de los misterios divinos- ¿Y tú qué vas a querer? -preguntó Dios para ahorrar tiempo y vigilia. Rosaura se mojó los labios. Respiró profundo. Pensó que Dios a lo mejor y hasta comprendía.

—Quiero que el padre Antonio se enamore de mí, Diosito —Dios casi se despertó del todo al oír aquello. Pero sólo casi.

-Pero los sacerdotes, hija, hacen votos de castidad -el caracol se había sonrojado un poco, para explicar semejantes menesteres.

-Sí, Diosito, pero yo estoy muy enamorada, y tú tienes muchos sacerdotes, y yo no tengo ningún novio. Y mira, lo que pasa es que iba yo un día, y vi al padre Antonio, y el padre Antonio me vio, y me dijo que hacía buena tarde. Era julio, Diosito, y yo iba a comer a casa de mi tía Angelina, porque mi mamá había salido a ver a mi abuelito que se había enfermado de torzón porque... -mientras Rosaura continuaba con su historia, Dios decidió que si quería volver a dormir alguna vez, mejor le hacía el milagro.

Vieja Luciana se quitó sus pantuflas rosas y las puso debajo de la cama. Se persignó y cuando se acostó se quedó en una orilla de la cama, hecha bolita. Le daba pena que Martín tocara sus carnes mustias, con sus manos de hacía cincuenta años, con sus manos de me he saltado todas las canas y todas las arrugas que te han salido a ti.

Pero Martín se rió bajito y se le acercó por debajo de las sábanas y le besó el cuello, y le fue a poner una mano en un pecho, y Vieja Luciana le iba a decir que no. Que ese pecho se había vaciado de leche y de carne y se había llenado de años. Que era como de cuero viejo.

Pero Martín lo había tocado, y cuando en la oscuridad del cuarto lo tomó en su mano, el pecho fue el que había sido hacía cincuenta años. No fue como cuero viejo. Fue durazno, fue manzana, fue media toronja recién lavada, lisa y dura y perfumada. Y Vieja Luciana le dio las gracias a Dios por la oscuridad de la noche, por el milagro de Martín regresado, por los callos marineros de sus manos.

Y besó a Martín, y en la oscuridad, le mordió los labios con dientes que había perdido hacía una década.

Rosaura Abizaíd se había ido de casa de Vieja Luciana. Y había llegado el doctor Paulino.

Se acomodó sus gafas capitalinas, carraspeó un poco, y dio tres golpecitos discretos en el caracol de Dios, como los que daba en las espaldas de los pacientes para saber si estaban bien de los pulmones.

Dios empezaba a tener ojeras. Se cobijó adentro del caracol y se hizo el que no estaba. Pero el doctor Paulino dio otros tres golpecitos.

-Disculpe usted, Dios, pero si no fuera mucha molestia...

-Nada más que sea rapidito, hijo -pidió Dios. Y como el doctor Paulino sabía lo que era estar corto de tiempo para atender a todos los pacientes, le hizo caso.

–Es Rosaura Abizaíd, Dios.

–Pero hijo, a Rosaura le gusta el padre Antonio.

-Ése es el problema, Dios -Dios no contestó nada. Se había quedado dormido-. ¿Dios? ¡Dios! -el doctor Paulino volvió a golpear el caracol y Dios, sin despertarse (así de grande es su poder), le concedió el milagro.

En la oscuridad del cuarto, el pelo de Vieja Luciana se rizó con los besos de su Martín. Y cuando los besos bajaron hasta quedársele entre las piernas, se le borraron todas las arrugas del cuerpo. Y se le encendieron calenturas de las que hacía mucho tiempo se había curado. Y dando gracias entre estremecimientos, Vieja Luciana entendió que Dios no hacía sus milagros a medias.

Yesenia Yeison entró de puntillas a la salita de Vieja Luciana, desparramando reflejos de lentejuelas por las paredes penumbrosas de amanecer. Sopló despacito en el caracol, como soplaba en las orejas de los clientes que se le quedaban dormidos, y Dios se despertó de una pesadilla en la que ejércitos de suplicantes lo mantenían en vela.

–Señor, yo no soy digna de que vengas a mí –comenzó la dueña del Exotique–. Pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma.

Dios trató de recordar cuál sería esa palabra, pero tenía mucho sueño.

-Déjame amar, Señor. Una vez. Déjame amar a alguien, y saber qué es esa cosa tan maravillosa por la que tantos clientes me han pagado tantos años, Señor. Déjame gozarla -de haber estado despierto, quizá Dios se hubiera negado. Pero en entrevela, aquello sonaba casi justo. Y Dios accedió.

Vieja Luciana se despertó sonriendo. No tenía que mirarse al espejo para saber que la luz del día había traído de nuevo a Vieja Luciana, toda canas y arrugas y pasitos de gorrión. Pero la noche le había traído a Lucianita, la bonita del pueblo, la mujer de su Martín, la de pechos altos y cabellos negros y rizados, y caderas llenas. Y le había dejado saber de nuevo a qué sabía un hombre. Y ese hombre era su Martín. Vieja Luciana estiró una mano para acariciar el pecho de su marido, pero sus dedos encontraron sólo la sábana vacía.

Martín estaba desnudo frente a la ventana. Estaba llorando; una mano bajo los ojos, como queriendo detener las lágrimas, y la otra en el vidrio, como queriendo escaparse por entre las nieblas del cristal y volar hasta tocar el mar que esperaba del otro lado de la ventana.

Flaco Centeno se despertó sin caber en su cama. A lo ancho.

Se miró los dedos, y lo que había sido piel estirada sobre huesos, era de pronto rollo de carne sobre rollo de carne sobre rollo de carne. Cada dedo era de una opulencia casi indecente, un insulto a todas las hambrunas del mundo. Flaco Centeno se despertó gordo.

Aventó las cobijas (que de todos modos no le quedaban) y se miró el vientre. Y encontró una montaña enjundiosa, rosada, brillante, guiñándole un ombligo oculto entre redondeces de planeta enano. Flaco Centeno se tapó los ojos con las manos, pero en el camino se topó con dos mejillas como dos melones.

Salió aterrorizado de su cuarto y entró al de su mujer (no sin ciertos trabajos; era como si todas las puertas del mundo se hubieran encogido de pronto) para enseñarle su desgracia adiposa, desnuda y rotunda en toda su humanidad plantada frente a la cama.

Flaca Centeno se despertó con los gritos de su marido, pero sobre todo con el terremoto que habían provocado sus carreras de estampida. Y cuando lo vio, todo carnosidad y volumen, gravidez y presencia, lo amó.

Alabado sea Dios.

Amar a un gordo había sido la fantasía más mimada entre las pasiones secretas de Flaca Centeno. Perderse entre sus carnes, ahogarse en sus abrazos, sentir las caricias de sus manos inflamadas, montarlo como quien monta una bestia mitológica, inabarcable, continental. Y sobre todo, sucumbir bajo su peso. Y todo eso hizo con su marido mejorado y aumentado, hasta que Flaca Centeno sintió que se le descoyuntaban las caderas, y la cama dio de sí. Loca de amor, llena de las carnes de su Flaco, cayó dormida.

Flaco Centeno la miró dormir largo rato. Y al final empezó a sentir un poquito de asco de los huesos desvergonzados de ella, de la falta de pudor con que lucía el esqueleto, de la ausencia de la divina grasa que ahora lo adornaba a él con tanta prodigalidad. Y empezó a pensar en mujeres mejor nutridas.

Vieja Luciana miró a su Martín llorar hora tras hora, sentado junto a la ventana, suspirando entre sollozo y sollozo por el mar.

-Lucianita, soy como un niño perdido. Soy como un niño que nace antes de que sea hora, Lucianita, y tiene frío de su madre. Soy como el hijo de un muerto que no regresa -le dijo Martín en un rato que se le acabaron las lágrimas. Y a Vieja Luciana el corazón se le hizo de trapo, porque entendió que Dios le había devuelto a Martín. Pero que el corazón de Martín se había quedado en el fondo del mar.

Rosaura fue a misa de siete, y a la mitad del evangelio según San Mateo, al padre Antonio se le fue la voz. Sus ojos de San Sebastián mártir se desenfocaron, y tuvo que quitarse tres cabellos necios de la frente para mirar bien. Y bien miró, y no pudo creer que Rosaura Abizaíd (y el nombre le sabía a maná divino, a vino de las bodas de Canaán, a lentejas de Israel) hubiera sido siempre tan divino ángel, tan pura luz del fuego de Pentecostés o (no lo permita Dios) tan engañoso espejismo de belleza ideado por el Malvado.

El padre Antonio hizo un esfuerzo sobrehumano y continuó con la misa, aunque se tropezara dos o tres veces con su sotana, y estuviera a punto de dejar caer la hostia cuando Rosaura se acercó para recibir la comunión, y abrió su boquita de muñeca, cerrando los ojos en un aleteo de pestañas negras.

Y cuando terminó la misa, el padre Antonio pudo decir sinceramente: ¡Demos gracias a Dios, la misa ha terminado!

Rosaura se quedó después de misa y le dijo al padre que quería hablar con él. Y al padre le temblaban las rodillas y le sudaban las manos en la sacristía, y cuando Rosaura le dio la mano, tuvo un vahído. Y Rosaura no decía nada y sólo lo miraba, queriendo acordarse de por qué le había gustado tanto. Hasta que pensó lo bien que se vería con gafas. Con gafas capitalinas. Y entendió que estaba enamorada del doctor Paulino.

-Padre, he pecado -confesó Rosaura. Y le contó al padre de su conversación con Dios. Y el padre Antonio se volvió medio loco de felicidad cuando entendió que Dios no solamente vería con buenos ojos su amor por Rosaura, sino que además, ese amor había nacido por intercesión directa de Dios.

Y entonces Rosaura le dijo que estaba enamorada del doctor Paulino, y se despidió del pasmado padre Antonio,

para buscar al doctor.

Cuando Rosaura iba de salida, el padre Antonio le gritó que él también iba a ir a ver el caracol de Dios, y le iba a pedir que ella se enamorara otra vez de él. Pero Rosaura no le contestó siquiera. El padre Antonio lloró. Luego pensó en ir a matar al médico, y luego le entraron remordimientos y se puso a rezar. Pero después de un rato decidió que sería mucho más efectivo el método de ir a rezarle al caracol de Dios, y a pedirle su propio milagro.

Vieja Luciana salió con Martín a la orilla del mar. Y las lágrimas de Martín se perdieron de inmediato en el mar, porque estaban hechas de la misma cosa. Martín se inclinó a acariciar la piel del agua como quien acaricia la espalda de

un amante.

Y Vieja Luciana entendió que Martín estaba más casado con el mar que con ella misma.

Yesenia Yeison madrugó y despertó con la cercanía de la tarde. Se bañó con jabón Maja y se perfumó con agua de lavanda. Se peinó los cabellos oxigenados hasta que despidieron esplendores de luz de sodio. Se engalanó con su vestido de la suerte, el color fucsia, y metió la panza para que no se le notaran mucho los veinte kilos que habían pasado desde que había comprado el vestido. Y se calzó sus zapatos de novillo nonato. Ésa iba a ser su noche de amor.

Se sentó en la recepción del club Exotique, debajo de la lámpara roja, y cruzó una pierna, levantando el satín fucsia sólo un poquito más de lo decoroso. Y esperó a ver qué le mandaba Dios de regalo.

Y lo que le mandó Dios de regalo fue al Flaco Centeno.

Yesenia vio de pronto toda esa carne armada en un cuerpo. Toda esa carne oculta apenas por las ropas estrechas. Toda esa carne esperando una mano exploradora, una mano geógrafa incansable, que recorriera sus cumbres y sus simas. Sus llanuras vellosas, sus hondonadas, las planicies inabarcables de su piel distendida, sus bahías y sus barrancas. Sonrió, y ante tanta humanidad, olvidó disimular su propia grasa. Y a Flaco Centeno se le hizo agua la boca.

Hicieron el amor como colosos en celo. Como barcos al abordaje. Como elefantes adolescentes.

Hicieron el amor con tal estremecimiento de carnes, con tal entrechocar de masas, con tal estrujar blanduras, que hasta las chicas del Exotique se sonrojaron un poquito.

Y Yesenia Yeison se vino tan fuerte que el grito que dio despertó hasta a Dios en su caracol. Y a Flaca Centeno que

dormía la siesta.

Vieja Luciana le limpió a Martín las lágrimas con la esquina de su delantal, y se paró de puntitas para darle el beso de despedida. Martín la besó en la coronilla y Vieja Luciana hundió la nariz en su pecho, para guardar un poquito de su olor de amor de antaño, de amor de álbum de fotos y baúl de sábanas que ya no se usan.

Buena pesca, Martín –le deseó, como todos los días hasta aquel que fue el último. Y Martín sonrió como si entendiera de pronto todas las pescas del mundo. Y se fue metiendo en el mar, y su sonrisa se perdió en la carcajada espumosa de las olas.

Vieja Luciana no se lo encomendó a Dios, porque sabía que no era necesario. Porque sabía que Dios era un dios marinero, un dios sirena, un dios dormido en un caracol.

Rosaura Abizaíd estaba sentada en la mesa del quirófano. Tenía al doctor Paulino abrazado con las piernas. Y el doctor Paulino le desabotonaba la blusa haciendo gala de su precisión de cirujano.

-Ay, doctor -suspiró Rosaura en el oído del médico-. Ha de pensar usted que soy una coscolina.

-No, Rosaurita, cómo va a creer -con habilidad de ginecólogo los dedos del doctor Paulino supieron desabrochar el brasier-. Usted que se la pasa en misa, tan piadosa -Rosaura sacó la lengua de la oreja del doctor para poder contestarle.

-La verdad es que nunca fue por piadosa, doctor. No me lo va usted a creer, pero hasta ayer en la noche me moría por el padre Antonio -con minuciosidad clínica, el doctor comenzó una exploración de la piel debajo del brasier de Rosaura.

-No me diga Rosaurita. ¿Y el padre lo sabía?

-Ahora ya lo sabe. Se lo dije antes de venir aquí. Pero luego le dije que ahora me gusta usted. ¡Ay, doctor, tiene los dedos fríos!

-Se pasa en un instante. Así, ¿ya ve qué bonito? ¿Y qué dijo el padre?

-Dijo que las cosas no se iban a quedar así. Que él también iba a pedirle al caracol de Dios. Así pero más despacito, doctor. ¿Doctor?

El médico se estaba abrochando la bata lo más rápido que le permitían sus dedos suturadores.

 Abróchese, Rosaurita. Tenemos que ir a hablar con el caracol de Dios para que no le haga caso al padre Antonio
 Rosaura se limpió el sudor de la frente.

–¿Tiene que ser ahorita, doctor? –el doctor le lanzó una mirada entristecida.

–Ahorita mismo, Rosaurita. Ya después se lo repongo.

Vieja Luciana entró a su casa con el corazón a rastras. Hay quien enviuda dos veces, pero no todos los días se enviuda de nuevo del mismo hombre. Iba a pedirle consuelo a Dios, pero aparentemente Dios estaba ocupado, porque el padre Antonio estaba frente a la jaula dorada, diciendo padres nuestros y aventando incienso por todas partes.

Flaca Centeno se despertó de su siesta con el grito de Yesenia, y con la triste sospecha de que sólo un hombre que fuera tanto hombre como su flaco, podía provocar un orgasmo de semejantes magnitudes.

Los encontró en la cama del club Exotique, que aguantaba el peso de ambos sólo porque era una cama reforzada, para burdel.

-Mira, flaquita, carne llama a carne. No es mi culpa que a los hombres robustos nos gusten las llenitas -Flaco Centeno le dio una nalgada a Yesenia, y las ondas resultantes le volvieron a abrir el apetito-. Pero si no estás contenta, puedes ir a pedirle un milagro al caracol de Vieja Luciana.

Flaca Centeno lo pensó un poco y llegó a la conclusión de que prefería un flaco propio a un gordo ajeno.

Le voy a pedir que te haga flaco de nuevo, gordito.

 Bueno flaquita. Córrele -lo que Flaco quería es que lo dejaran otro ratito a solas con su Yesenia. Flaca salió corriendo, y su marido trepó trabajosamente sobre la dueña del Exotique.

–Oye, Flaco...

−¿Mmm?

-¿Y me vas a seguir queriendo cuando vuelvas a ser flaco? -Flaco lo pensó un momento.

–No, pero de todas maneras te pago.

A Yesenia Yeison le costó mucho trabajo salir de debajo de Flaco Centeno, pero cuando lo consiguió, salió corriendo hacia casa de Vieja Luciana.

-¿Por qué no contesta, Vieja Luciana?
-el padre Antonio sostenía el caracol de Dios frente a su rostro, y tenía el ojo derecho pegado a la boca de la concha, tratando de distinguir aunque fuera una esquinita de la túnica del Creador de todas las cosas.

-No sé padre. Pero ahora que lo pienso, nunca contesta cuando le habla usted en misa -el padre separó el ojo del caracol para lanzarle una mirada furibunda a Vieja Luciana, pero en ese momento llegaron el doctor Paulino y Rosaura Abizaíd.

-Oiga, padre... -comenzó Rosaura al verlo con el caracol entre las manos. Pero el doctor Paulino no dijo nada; entró a la casa de Vieja Luciana y se le aventó al cura. Como ninguno de los dos era hombre de golpes, empezaron a arañarse la cara, y el caracol se quedó tirado sobre la alfombra rosa de Vieja Luciana.

-¡Qué vergüenza que dos hombres tan importantes en Santo Tomás del Mástil se porten como niños! -suspiró Flaca Centeno cuando entró en la casa y vio al médico y al cura revolcándose en el suelo. Luego se estiró por encima de ellos y tomó el caracol.

Flaca Centeno sostuvo el caracol de Dios durante siete segundos, porque entonces se lo quitó Yesenia Yeison. Desgraciadamente para Yesenia, a la hora de los pellizcos, Flaca tenía más de dónde agarrar.

-¡Suéltalo, cochina GORDA! -gritó Flaca al arrebatarle el caracol a Yesenia-. ¡Mi Flaco va a volver a ser flaco aunque así ya no le guste a nadie! ¿Oyes?

-¡Oigo! -contestó Flaco, que acababa de entrar a la casa. No estaba dispuesto a que la bidimensionalidad lo regresase al anonimato- Flaquita, dame el caracolito ¿sí?

Flaca se acercó el caracol a la boca y

le gritó:

-¡Dios! ¡Yo quiero que mi Flaco vuelva a ser...! -pero no terminó la frase. Flaco Centeno se elevó desafiando su propio peso, desafiando las leyes de gravedad y desafiando todas las leyes divinas, en un salto asesino para aplastar a su esposa.

Se escuchó un quebrarse de cosa frágil. Un cascar chiquito, que sin embargo acalló todos los gritos y todos los jadeos. Porque el caracol de Dios se había roto.

Nadie dijo nada. No hay disculpa para el asesinato de Dios. Las buenas gentes de Santo Tomás del Mástil se fueron a sus casas con las cabezas bajas. No era temor del castigo divino, porque ya no había quién lo aplicara. Era vergüenza con Vieja Luciana, porque le habían roto su máquina de hacer milagros. Era vergüenza de querer quereres por la fuerza. Era vergüenza de niños que sin querer matan un cachorrito, lastiman a su hermana, queman la casa.

Vieja Luciana se sentó a recoger los pedazos de Dios, y cuando los vio reunidos en el recogedor, se echó a llorar. Martín se había ido de nuevo, y Dios estaba muerto. No había ninguna razón en el mundo para dejar de llorar ya nunca.

-Lucianita -la llamó una voz desconocida. Vieja Luciana se limpió los ojos y miró alrededor, pero no había nada. Tomó aliento y se acomodó para volver

a llorar para siempre.

—En la pantufla, Lucianita —Vieja Luciana no entendía nada. Y luego entendió. Se levantó tan rápido que la espalda le rechinó, pero no hizo caso. Fue hasta su cama y volvió a agacharse para sacar sus pantuflas rosas. Levantó una y miró adentro.

-En la izquierda, Lucianita -Vieja Luciana cambió de pantufla y ya iba a asomarse, cuando se acordó que el rostro de Dios no está hecho para ojos mortales. Y menos cuando se acaba de despertar y no está todavía presentable.

–¿Dios? –preguntó a la pantufla.

-Si, Lucianita.

–Dios, ¿qué haces adentro de mi pantufla izquierda?

Trato de dormir, Lucianita.

Dios le explicó a Vieja Luciana que cuando Yesenia Yeison dio su grito de fin de mundo, Dios había comprendido que Santo Tomás del Mástil no lo iba a dejar dormir. Así que se cambió de casa y se fue a esconder en la pantufla de Vieja Luciana, al cobijo de bajo su cama.

Dios y Vieja Luciana hablaron largo rato, y después de contarse los pormenores de la preparación de las milanesas y del funcionamiento de la jerarquía celestial, Dios le dijo a Vieja Luciana, todo lo educadamente que pudo, que prefería que lo devolviera al mar.

Vieja Luciana comprendió que los hombres de su vida tenían cierta inclinación por el agua, y aunque triste, llevó a Dios al mar, porque es bien sabido que no se puede ir contra los deseos divinos.

Dios y Vieja Luciana se despidieron como buenos amigos. Dios le prometió a Vieja Luciana que volverían a verse, y Vieja Luciana le pidió dos últimos milagros a Dios: que en Santo Tomás del Mástil todo fuera como antes de la llegada del caracol. Y que Dios la dejara ver

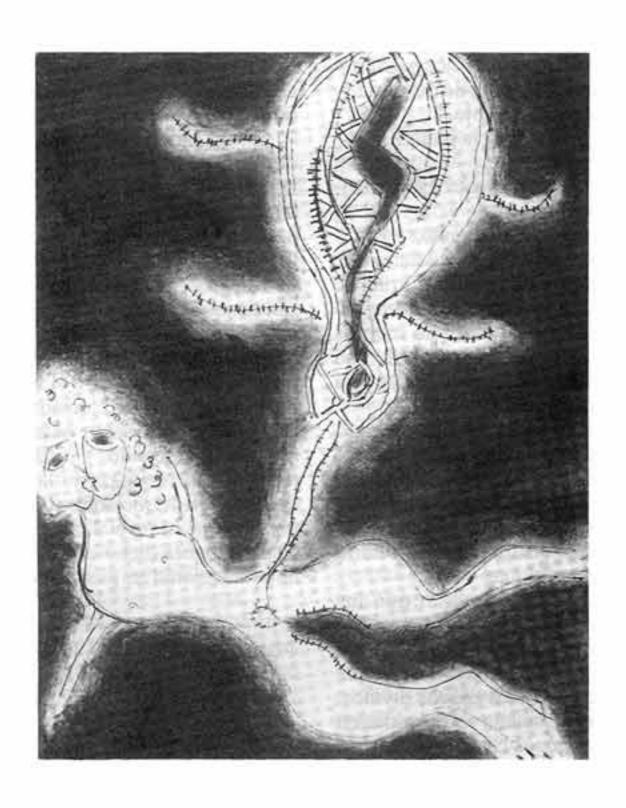
aunque fuera un poquito de su divina persona.

Flaco volvió a ser flaco, y Flaca olvidó un poquito cuánto le había gustado. Pero sólo un poquito. Rosaura volvió a amar al padre Antonio, y nunca volvió a faltar a misa. Y como los doctores no entran en la cuenta de los hombres que la han tocado a una, en teoría siguió siendo casta y pura. Por algún tiempo. El doctor Paulino estuvo triste varios días, pero nadie le quitaría de los labios el sabor de Rosaura ya nunca. Y Yesenia se dio por satisfecha con haber entendido aquello que le daba el pan de cada día.

En cuanto al segundo milagro, Dios decidió enseñarle un pulgar a Vieja Luciana. Y desde ese día Vieja Luciana le rezó siempre a aquel pulgar divino, perfecto, redondo, paradigma de todos los pulgares.

Luego, Vieja Luciana le cantó a Dios canciones de María Victoria, hasta que se quedó dormido. Vieja Luciana puso su pantufla izquierda en el agua. Y la pantufla se perdió entre el verdeante ir y venir del mar. Vieja Luciana le gritó que le diera sus saludos a Martín, si algún día lo veía pescando. Y cuando el último rastro rosado de la pantufla desapareció del todo, Vieja Luciana se fue caminando por la playa, hasta el muelle y de regreso, como le había dicho el doctor, para que no se le hicieran las piernas como de palo.







Premio, Concurso XXVII, 1994

LA OTRA CARA

Ana María Sánchez Mora*

I

Cuando él murió yo ya sabía. Yo ya creía saber. No vaya a pensarse que he salido de una novela de Ibargüengoitia, no. Yo sabía que él había sido casado, que tenía cuatro hijos y todo el resto de esa historia. Había visto fotos, visitado la mansión y, aunque se me pueda juzgar mal, en algunas ocasiones le había dado la razón. No a él, sino a ella, la esposa, la ex esposa, la ahora ex viuda, la otra. La sorpresa no fue conocerla a ella, sino haber creído conocerlo a él.

Como ya comprenderán, ni esos hijos, ni la mansión, ni el matrimonio fueron míos. La vejez y la enfermedad que lo llevó a la tumba, ésas, sí me correspondieron. No se interprete esto como que me estoy quejando de haberlo cuidado. En vida fue un compañero adorable. Y aunque me llevaba bastantes años, siempre me admiró su juvenil disposición. Cuando la camilla lo trasladaba al quirófano de donde no saldría vivo, todavía tuvo la ocurrencia de plantarme un pellizco. Y eso que dicen que la gente presiente su fin, si no, quién sabe qué me habría hecho. Así era él.

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Por lo menos, así fue conmigo. A veces un malhumoriento odioso, a veces un niño mimado y dulce. A veces un muchachote inseguro, otras un macho desalmado. Siempre una persona entrañable. Jamás un hombre aburrido.

Su última gracia no fue la del pellizco camino al quirófano. Ésa sorprendió al camillero, pero no a mí. La sorpresa que me dio (involuntariamente, creo) me la dio después de muerto. No se vaya a creer que resultó catatónico, o que se me apareció a los pies de la cama. Tampoco vino, por desgracia, a hacerme el amor como a una Doña Flor. Más bien resultó ser de los muertos que se voltean, pero no se asuste nadie. No se volteó durante el velorio, ni en la misa de cuerpo presente (que él no habría aceptado, pero que su madre le organizó). Se volteó en sentido figurado. Tras su fin terreno descubrí, como a la luna, el lado que nunca me había mostrado.

Está descendiendo el féretro (que él jamás habría elegido así, pues tenía muy buen gusto, pero que su madre escogió) y para disimular mis lágrimas

volteo la vista ligeramente a mi derecha.

Alta, delgada, seca y más erguida que yo, su nuera-jamás, Doña Natalia observa atentamente al sacerdote. Vaya valentía la que tiene. Esa mujer no llora, nunca ha llorado, ni siquiera cuando parió al hoy finado, su primogénito. No lloró cuando el abuelo, mi nunca-suegro, sentimental como era, la abandonó por la práctica razón de considerarla insoportable. No lloró jamás en bautizos, ni en bodas (no puedo incluir la mía por razones obvias), ni con la más lacrimógena de las radionovelas. Admirable, a sus ochenta y ocho años.

Pasó sus duros ojos verdes por mis coordenadas, primero cartesianas y después polares. Por supuesto ella sabía de mí, aunque para ella yo no era nadie. Sostuve su mirada durante el tiempo que los manuales de urbanidades señalan como apropiado. Conté en voz baja hasta cinco, y me volví hacia Marcia Marcela, la otra. Al verla me transporté diecinueve años en el pasado

y recordé la boda de Nati, Marcia Natalia, su hija mayor.

Traía el mismo vestido sedoso, lleno de escarolas, pastelero, pero ahora en versión de luto. Unos lentes negros cubrían sus ojos y sus gruesos tobillos soportaban sin esfuerzo su matronil humanidad. No es necesario aclarar que yo no había sido invitada a esa boda, eso habría sido imposible. Él me mostró en su momento fotos del acontecimiento, fotos debidamente seleccionadas, como luego se verá. Me llamó la atención que Marcia Marcela siempre llevara guantes en las ocasiones sociales, hoy negros. Por pura bondad traté de imaginarme que no era un problema de lesa moda, sino que no había tenido tiempo de hacerse el maniquiur, en cuyo caso los guantes se justificaban ampliamente. Se le ocurrió ponerse un velo negro, tal vez copiado de alguna película en blanco y negro. Pero ella, Marcia Marcela, tenía todo el derecho, ella era la ex viuda. Yo la ex nadie. Yo vestía de gris.

Mirándola me sentí como en un cuento de Bradbury. Por lo menos dos familias reclamábamos al mismo muerto. Me imaginé la esquela que se encargaría de poner en los periódicos: "amante hijo, esposo y padre, recibió la bendición papal y los auxilios etcétera". Y me indigné de antemano, él jamás habría solicitado ni la bendición papal ni el perdón de sus pecados.

Desconozco su situación postmortem, pero en vida fue un ateo irredento. Quería, y así me lo manifestó desde los inicios de su enfermedad, que su cuerpo fuera cremado y que yo esparciera sus cenizas al pie del Nevado de Toluca (petición en que se mostró muy considerado hacia mí, pues conocía perfectamente mi fobia a las alturas). Su deseo encendido y gélido a un tiempo no pude cumplirlo. Su cuerpo, mucho tiempo mío, quedó bajo la custodia de la familia oficial. Luisa Amanda, la segunda de las hijas se encargó de los trámites.

Marcia Natalia, Luisa Amanda y Silvia Eugenia, las tres hijas, me miraban de soslayo. Me reprochaban en silencio, estoy segura, mi presencia en el acto fúnebre. Por su parte Jorge Gerónimo, el menor, no traslucía ningún sentimiento hacia mí. Encogido en su traje negro, desgarbado e infeliz, miraba contando las paletadas de tierra que caían sobre su padre. Los genes tan preciados, que él había defendido por sobre tantas cosas, los genes egoístas de Dawking, aún estaban vivos.

Entonces sucedió algo inesperado. Marcia Marcela dejó su lugar y se dirigió hacia donde yo estaba. Junto a mí, arrojó a la tierra un ramo de rosas blancas (flores que él siempre había considerado cursis) que traía y, sin yo saber si ella me estaba mirando, me ofreció una. Me sorprendió tanto su generoso gesto, que tardé unos segundos, seguramente perceptibles, en tomar la rosa; involuntariamente pensé que, de la docena original, yo sólo podía ofrecerle a él una flor.

Confieso que yo traía preparada otra cosa, más sentimental. En una cajita metálica había guardado un poco de mis cabellos para dejárselos y sentir que una parte de mi cuerpo se quedaba junto al suyo. (Hoy, al recordarlo me invade un ligero escalofrío). Pero ante el ofrecimiento de la rosa y sintiendo sobre mí la mirada de todos, no tuve valor de dejar caer la cajita y arrojé la rosa.

Las lágrimas se me vinieron sin quererlo y con el corazón palpitando aún por ese hombre, que había sido el amor de mi vida, me di la vuelta y fui a refugiarme detrás de unos árboles suficientemente lejanos.

Perdí la noción del tiempo. Cuando dejé de llorar, me percaté de que todos se habían ido. Regresé a la tumba, ahora cubierta por un enorme y feo monumento de mármol gris, que él habría rechazado por grotesco. Escarbé ligeramente a un lado de la losa y enterré mis cabellos mientras le pedía, le exigía, que ya fuese en el cielo o en el infierno, en los que nunca había creído, me esperase y que yo fuese la única.

Un crujido de hierbas secas atrás de mí me hizo casi saltar de susto. Al incorporarme vi a Marcia Marcela.

Ella había sido rubia y seguía siéndolo gracias a la química, como se traslucía a través de su velo. Pasé mi mano desensortijada por mi pelo lacio y lleno de

canas. Recordé con cierta satisfacción cuánto me alababa él que no usara afeites.

-Buenas tardes -dijo Marcia Marcela con la propiedad que le era característica.

Miré el reloj de reojo: eran las 12:03. Estoy segura que cuatro minutos antes me hubiera dicho buenos días.

-Buenas tardes -respondí, aunque eran las peores de mi vida.

-Pensé que se había ido -me dijo mintiendo y sin tutearme, cosa que le agradecí sobremanera.

-No, simplemente me alejé.

-Temí que lloviera -dijo, supongo que mirándome a través de sus lentes polarizados reflejantes y refractantes.

-En todo caso -contesté con poca simpatía- no habría sido el peor acontecimiento de hoy.

–No –movió la cabeza– podría haber granizado.

Confieso que su sentido del humor, negro como su atuendo, era sutilísimo, aun para mí, apodada la filosa. Por lo demás, no me sentía de humor para la consabida y circunstancial charla meteorológica.

-Todo se debe al efecto mariposa.

-Hm -asintió sin yo saber por qué y quedó un rato callada.

No sabía si despedirme e irme. La situación era embarazosa para ambas viudas, la oficial y la extraoficial. Pero ella se resistía.

-Lamento que sea en esta circunstancias que...

Me bautizaron Nadia, pero realmente soy Medea. Soy susceptible, celosa y vengativa, en ese orden. Sé que tengo la lengua bífida, que destilo veneno a cada paso, si es que se me permite la figura en el caso reptiliano.

Qué lamentas, pensé, ¿que nos encontremos? ¿que nos enfrentemos? La verdad es que me irritó su humildad. Es más cómodo manejar la grosería o el desprecio. Y volvió a mi mente el asunto de la rosa. Me sentí en desventaja y una idea que en ese momento no acepté como infantil hizo presa de mí.

-Gracias por la rosa -dije con sobrado veneno- pero él las detestaba.

-No lo creo -contestó sin fingido decoro y suspiró.

Pero el mal ya estaba hecho. Caminamós a lo largo de la vereda que conducía a la puerta del cementerio sin decir una palabra y nos despedimos de mano, sin imaginar el futuro.

 \mathbf{III}

No hubo lectura de testamento a la Ágata Christie. Me dejó, porque se quedaron en casa, su piano, sus pinturas, algunos libros y su ropa.

Me dejó miles de recuerdos, que a la luz de la muerte se agudizaron. Como en un buen paisaje al óleo, los planos se destacaron, se separaron unos de otros. Los buenos momentos se tornaron en magníficos y los magníficos en excelsos. Los malos, mejor ni evocarlos.

Dejó en su ropa el olor de su persona, ese olor masculino y delicioso que emanaba al llegar cansado por la noche, el olor de la piel de sus muslos y de sus brazos. Me arrebató el placer de oír los últimos cuartetos de Beethoven, pues nunca más pude escucharlos en su ausencia. Se llevó consigo la sexualidad de mi vida, la satisfacción de mis deseos, la sensación de estar siempre cuidada.

Detesto que se haya ido, odio darme cuenta de cuánto sentido le daba a mi vida. Odio la sensación de amargura que me embarga cuando pienso que en la última discusión que tuvimos pude ser menos dura. No soporto, por

ahora, ver su fotografía, ni reconstruir el último abrazo.

Se llevó demasiado, y eso es una injusticia. Cincuenta años de su vida no me pertenecieron. No me asomé a sus enormes ojos de cinco años, cuando le compraron aquel globo rojo. No lo conocí de dieciocho, flaco y pelado como conscripto. No fui su primer amor. No viví sus problemas juveniles ni sus angustias maduras. No tuvimos hijos él y yo. Es una injusticia, y así se lo hice saber ayer por la noche, en voz baja, mientras por costumbre preparaba su agua de naranja.

IV

Afortunadamente me llamó Flora por teléfono. Como todas las hijas está pendiente de su madre. Le hice un breve resumen del acto fúnebre.

-En todo caso no debiste aceptar la rosa.

–Pero qué querías que hiciera.

-Ay mamá, como si no te conociera. Media vuelta y marchen.

-Pero imaginate, todo mundo pendiente de lo que yo hiciera o dejara de hacer.

-¿Y desde cuándo te ha importado lo que los demás piensen de ti?

-Siempre me ha importado, hija mía. Sólo que he fingido, para que me creyeras fuerte y decidida.

-Lo que no toleré es que ella me viniera con el cuento de que lamentaba que en esas circunstancias etc., etc.

-¿Y qué tal que lo decía de corazón?

Quedé muda. Era como cuando de chica me decía que el vestido nuevo no me quedaba o que la había regañado sin razón. Reproche, en pocas palabras.

-Comprende mi situación -respuesta obligada de Nadia a Flora.

-Mami -me dijo sinceramente, como siempre- fuiste muy ruda con ella. Pero eso no fue lo que la hizo empezar a llorar a kilómetros de distancia. Flora vive en otra ciudad con su marido y no le fue posible llegar al sepelio.

-Mamita, no pude ir, no le dije adiós a mi Gus.

Si no tuviera veintitrés años le sonaría los mocos vía microondas. Pero se repuso y asumió su papel protector.

–Ma, ¿quieres que vayamos a verte?

–No, no se preocupen por mí.

-Mamita... te quedaste sola.

Suspiró tan fuerte que casi me partió el alma.

V

Hoy me decidí a abrir el álbum de fotos. Estaba empezando, tres días después de no verlo, a olvidar sus rasgos. Éste es un fenómeno por demás extraño que espero que las neurociencias puedan explicar satisfactoriamente. Entiendo ahora por qué hay gente que recurre a un médium. No se crea que soy de tendencias esotéricas, pero sí me gustaría que se sepa que me conformaría

con ser visitada por su espíritu. Como la virgen María.

En la foto que he cogido al azar aparecen Gustavo y Flora. Están en el jardín de una de las primeras casas en que vivimos juntos. Sobre una mesa de piedra y cemento hay un pastel de cumpleaños que simula un abanico de encaje. Gustavo se inclina sobre Flora, quien pretende apagar las velitas, ocho, de un solo soplido. Instante congelado. Si yo tuviera la pluma de Cortázar podría ver el humo de tres velas y a Gustavo ayudándola para terminar con las otras, Flora se enoja porque su deseo, que nunca nos dirá, no ha de cumplirse. Gustavo la abraza y le palmea la espalda con tal fuerza que la hace toser. Dejo la cámara sobre el pasto y los abrazo a los dos.

Cuando encontré a Gustavo, Flora tenía tres años. Él le enseñó la letra manuscrita, le dibujó en su primer cuaderno los alimentos de origen vegetal y le curó el primer raspón de los patines, él la vio crecer. Por él Flora apreció a Rembrandt y por él Flora se dedicó a la música. Gustavo recogió los dientes que Flora iba desechando cada mes, caminó a su lado incontables veces las cuestas de Contreras y repasaron la escala de La Mayor con una perseverancia férrea. Le enseñó a usar el taladro y a cocinar las famosas enfrijoladas y la regañó por las calificaciones de francés. A cambio, Flora lo adoró y lo llamó

siempre "mi Gus".

Para Gustavo ella nunca fue "mi Flora". El secreto de la estructura de su ADN se lo llevó a la tumba, pero sé que para él la transmisión de los genes era un asunto primordial. La diferencia entre Marcia Natalia, Luisa Amanda,

Silvia Eugenia y Jorge Gerónimo y Flora, era cromosómica.

Gustavo de piel árabe, ojos oliváceos, cuerpo griego y aire mediterráneo. Flora blanca y esponjada como el pan, chapeada como una Venus informal, de ojos misteriosos y sombreados. Por supuesto, después de años de convivencia, la gente extraña se admiraba por su gran parecido. Pero para Gustavo eso era una vil mentira. A las pruebas inmunocitoquímicas se remitía.

Guardé la fotografía, cerré el álbum y puse una canción de Roberto Carlos.

Gustavo me las tenía prohibidas por corrientes.

No se inquieten, amigas mías, no voy a suicidarme. Vinieron a verme Herminia y Sandra con caras compungidas para darme el pésame e insistirme que no debo estar sola, por lo menos no durante lo que llamaron el luto. La verdad es que ni me he vestido de negro ni mi depresión es algo intolerable. He llorado, no lo niego, pero de allí a que Hermi revise disimuladamente el cajón del buró a ver si no guardo diez frascos de barbitúricos mientras Sandra me entretiene en la cocina, hay bastante. Aunque no deja de conmoverme su preocupación por mí.

Lo imperdonable es que para darme ánimos hayan empezado a hablar mal

del difunto.

-Por lo menos -dice Sandra quitándose el suéter negro de cashmere- no tendrás que fastidiarte guisando.

Herminia, que aunque ustedes lo duden es tímida, la reconviene.

-Qué cosas dices. Una boca menos no es un consuelo para Nadia.

-Yo no tengo pelos en la lengua. Nadia sabe que no lo hago por ofender. No intervengo. Es como si viera un partido de pinpón. La pelota va y viene y yo sólo cuento los tantos.

-Pero Nadia nunca se ha quejado de la cocina.

-Nunca se quejó de cocinar, sino de tener que pensar en qué cocinar. Lo que sí te digo es que debió cumplirle a Nadia aunque fuera en artículo mortis.

-¿Cómo, si estaba anestesiado?

Lo de cumplirme, para quien no se haya enterado todavía, es sinónimo de casarse conmigo.

-Hizo muy mal. ¿Cómo es posible que después de veinticinco años de vivir juntos, no legalizara la unión?

-En eso estoy de acuerdo -dijo Herminia- se portó mal.

-Aunque, pensándolo bien, un papel no lo es todo.

-No, pero es un compromiso. Para Gustavo, Nadia siempre fue la otra.

Aunque la haya querido tanto.

-Yo jamás habría aceptado vivir fuera del matrimonio.

Es que no conociste a un Gustavo, pensé.

-Supongo que nadie te lo llegó a proponer -sonrió Sandra, con un dejo que recordaba mi propio tósigo.

-Imaginate el ejemplo para Flora.

-Afortunadamente Flora se casó bien.

Aunque un poco rudos, estos son comentarios sin maldad. Las conozco de años.

–Por cierto, Nadia, ¿cómo está Flora?

-Bien -contesté- me llamó el otro día.

-Como que ya es hora de que te haga abuela -sentenció Sandra.

-Es una de las satisfacciones que nos deben los hijos -dijo Hermi como si lo estuviera leyendo de alguna revista femenina.

-En efecto -intervino vitriólicamente Sandra -aunque sean adoptados.

Se refería al nieto de Herminia. Vivi había resultado infértil.

Herminia enrojeció hasta las orejas, dijo tuché con gracia, y absolutamente convencida, enunció lo siguiente:

-No hay como los hijos de tu propia sangre...

Este detalle hemático rebasó mi paciencia. Se suponía que estaban en contra de Gustavo y sin embargo pensaban, al menos en este punto, de idéntica manera. Sangre, genes, árbol genealógico, qué más daba.

Queridas lectoras, than alguna vez fingido un dolor de cabeza para que se vayan a casa sus amigas del alma?

VII

Por cierto, cuando el papá de Sandra murió, hace bastantes años, ella, sus hermanas y su mamá se vieron en grandes trabajos para ordenar los papeles del finado. A veces pienso que las almas en pena son las que murieron intestadas, con deudas y con la póliza del seguro de vida vencida. Podría ser.

Tal es un nuevo indicio de que Gustavo no vendrá a visitarme ni a sonar cadenas (si es que se las dejó poner). Porque los papeles del finado, en el caso que me ocupa, se limitaban a documentos intrascendentes. Dicho de otro modo, operativo quizá, yo no habría podido comprobar la existencia de Gustavo. Ni acta de nacimiento, ni título profesional, ni cartilla; tampoco cuenta bancaria, talones de pago de nómina o facturas de algún tipo. Para rematar, ni su acta de defunción forma parte de mi archivo. Hombre caucásico, 75 años, 1.79 metros, lunar en mejilla izquierda. Pasaporte para la otra vida.

Pensándolo bien, ni esos papeles ausentes (presentes en otro lugar) ni las pantuflas azul marino que están en el clóset son evidencia de la existencia de Gustavo. Quien tendría la palabra sobre este tópico, desafortunadamente ahora guarda silencio. Sólo él supo dónde y a quién perteneció. Cuando me presentaba como "mi mujer", ¿a qué se refería? La mujer que me da de comer, la mujer con la que duermo. La mujer sin la cual no puedo vivir. En las raras conversaciones donde aparecía el tema de Marcia Marcela, ella no era "mi ex esposa". Era "la madre de mis hijos", título que me sonaba grotesco e impropio, tanto como elevar a los altares a la elegida "sagrada reproductora de mis genes".

No se preocupen, no estoy desvariando. Varios vecinos vinieron a darme su más sentido pésame, de modo que se deduce que Gustavo a los ojos de la sociedad era mi marido. Pero no me he atrevido a poner sobre la puerta de entrada un moño negro como los que se usan por acá. Me atrevería si Flora viviera conmigo todavía. Ella siempre le dijo a la gente que Gus era su papá.

Mentiría si les dijera que regresé a trabajar tan fresca como una lechuga. Estaba ojerosa y desvelada, más canas y menos kilos, arrugas más profundas y propensión al llanto. De los cinco días que había pedido, tres me había dedicado a estar muy triste, y los restantes a ordenar las cosas de Gustavo, sin hacerlo realmente. En cierto modo era mejor regresar a la oficina, atender a la

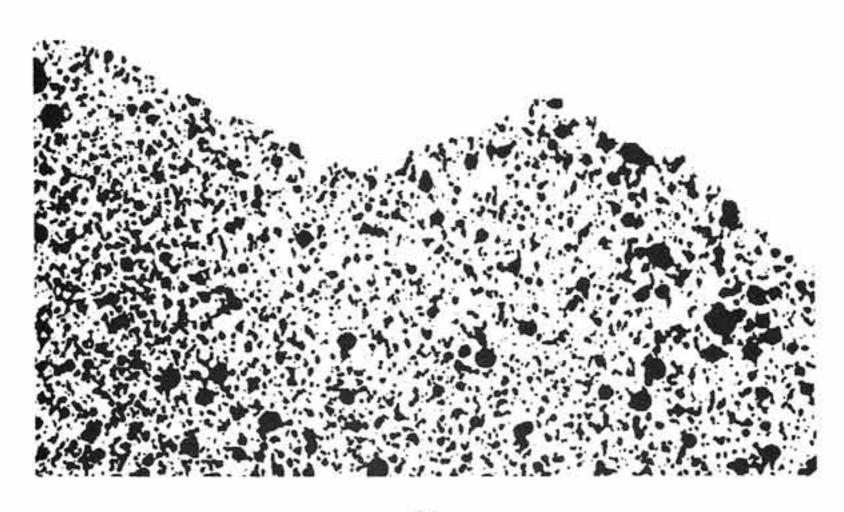
gente, escribir informes y tomar café a litros. Por fortuna nunca había tenido una foto de él sobre el escritorio. Necesitaba un espacio que no me lo recordara y esta oficina era el lugar adecuado.

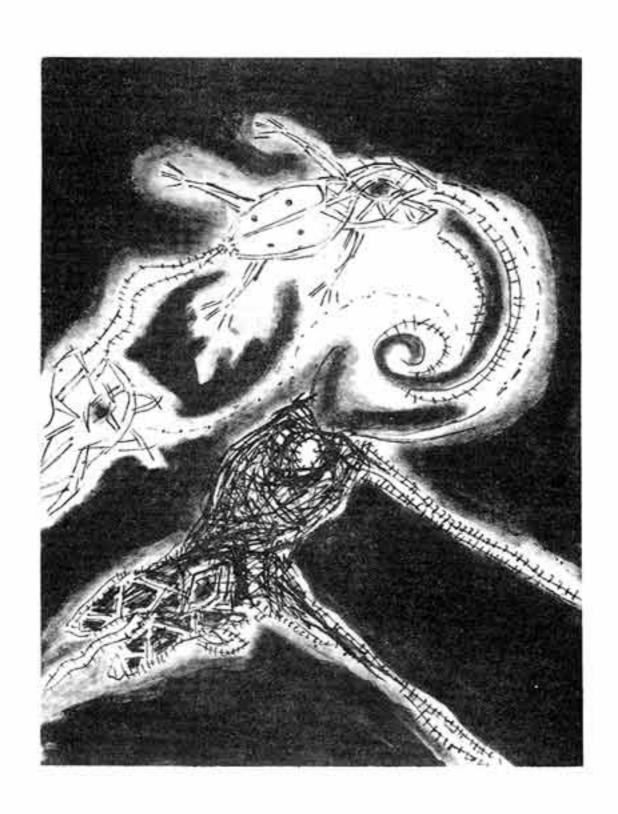
La cruda alcohólica es terrible, según me han dicho. Pero la cruda cafetosa, señores, no le va a la zaga. Después de horas de actividad y enajenante

olvido regresé a casa. Pero no pude entrar.

No se vaya a concluir que alguien había cambiado la chapa, o que los ladrones me impidieron el paso. Jamás, lo juro, me han embargado mis acreedores. Fue simplemente que no me atreví a meter la llave, darle vuelta, abrir y encender la luz. Me río de apariciones, no se trataba de asuntos fantasmagóricos. Era que tenía que enfrentarme nuevamente a la ausencia de Gustavo, mi amado, mi adorado. Mi angustia podía medirse en milibares.

No se preocupen, de allí no pasó la cosa. No me tengan conmiseración, estoy bien. Lo que siguió es que llamé a Teresa, mi hermana: me llevó al médico, quien me recetó calmantes. Terminé la velada dormida en la recámara floral de Moni, mi sobrina, con la misma sensación de que caía al vacío, pero que gracias a la droga no me importaba.





Mención, Concurso XXVII, 1994

VIAJE DE INVIERNO

José Andrés Acosta Cuevas*

La fachada del edificio es de mármol blanco. Como si quebrara un huevo con la esperanza de encontrar algo más que clara y yema, entro en la sala de espera: hay un juego de sillones negros de piel, amplios y cómodos; las paredes son de un verde claro y la iluminación es tenue; me recuerda a la del oftalmólogo. Según algunas opiniones de sicólogos de revista de modas, esta atmósfera es ideal para calmar los nervios de los que esperan: a mí me asfixia, me siento como K en los tribunales.

Herman me recibe con media hora de retraso. Dos hombres sonrientes, vestidos con trajes impecables salen de su privado. Después de invitarme un café y averiguar cómo conocí a su padre (ah qué mi papá, siempre con sus excentricidades), me hace algunas preguntas.

-¿Sabes conducir?

-Sí.

-¿Distingues bien entre la izquierda y la derecha?

–Por supuesto.

-Mira, necesitamos a alguien que tenga un excelente sentido de orientación. La persona que teníamos resultó un poco torpe en este aspecto, confundió su derecha y acabó en el hospital.

-¿Es peligroso?

-No te espantes, es muy sencillo; nada más tienes que seguir las indicaciones y practicar. Baja la voz y estira el cuello hacia mí como una tortuga- tenemos un truco infalible...

Cuando Herman termina la explicación, me dice cuánto piensan pagarme. Sin terminar de leer el contrato lo firmo y llama a su secretaria para que me extienda un cheque por la mitad del total: lo suficiente para liquidar seis meses de renta.

-Te quiero el sábado a las ocho de la noche en el autódromo. Voy a estar personalmente para llevar a cabo el ensayo. Dentro de una semana va a ser el evento y todo tiene que salir a la perfección.

Facultad de Derecho, UNAM.

-Así va a ser -contesto con aplomo, aunque no me puedo imaginar a mí mismo conduciendo un automóvil último modelo en esas condiciones.

-¿Podemos vernos en una hora en el Huarache Veloz? Por la inflexión de la voz de Carmen, sé que algo inesperado ha sucedido.

–Sí ¿Cómo estás? ¿Ya te repusiste?

–De eso quiero hablarte.

-¿Por qué no me dices de una vez?

Prefiero comunicártelo de frente.

Salgo a la calle, lo único que se me ocurre es pasear por el parque durante esta hora. Súbitamente me siento débil, las piernas me duelen, tal vez pesque un catarro: dentro de poco tendré la voz mormada, abundante flujo nasal y estornudaré, pero ése no será el verdadero mal. Se avecina una serie de padecimientos; de la misma manera en que se suele predecir una tormenta por la cantidad y la posición de los nimbostratos, por la dirección y la humedad del aire, sé que algo está llegando y debo averiguar de qué se trata. Uno nunca sabe lo que lo carcome por dentro, como a una manzana podrida. Pienso en los ácaros, minúsculos arácnidos capaces de cavar galerías microscópicas debajo de la piel de un ser humano. La falta de aseo, la convivencia con animales domésticos y demás factores fortuitos originan la posibilidad de que ellos aparezcan en nuestras vidas, según reza un viejo manual de anatomía e higiene. No sería difícil que mientras uno duerme, los infatigables ácaros trabajaran haciendo sus túneles en nuestra epidermis, con toda tranquilidad y sin que nosotros lo supiéramos: uno puede rascarse los brazos entre sueños cada noche durante varias semanas, mientras estos seres aran, y al despertar, no ser más que un amasijo de huecos. Sin notarlo, uno se rasura como cada mañana, desayuna de prisa y en el momento de levantarse para abrir la puerta de su casa, cae al suelo deshecho, reducido a un fino polvo.

El Huarache Veloz es una lonchería adonde acuden los oficinistas del rumbo. Llegan a la hora de la comida como una parvada de palomas sobre las migajas de pan; ocupan las mesas cubiertas con manteles cuadriculados, en grupos de cuatro o cinco y soltando suspiros. Platican de bonificaciones, de horarios y de una guerra que se desarrolla entre escritorios y archiveros: la feria de los celos, los chismes, las transas, los amoríos, los corajes... Un ambiente conocido.

Por fin llega Carmen, veinte minutos tarde. He conseguido la misma mesa en que estuvimos la primera vez. Ella no parece notarlo: en sus ojos hay una preocupación distinta. Se niega a comer.

–Mejor pídeme una coca cola.

No sé por medio de qué carambola mental cuando ella menciona el refresco, yo recuerdo aquella botella que aparece en mi sueño, intacta entre las ruinas, después de un posible terremoto. Una simple botella era la única sobreviviente de aquella tragedia.

- -No es que te apresure. Pero necesito saber qué pasa.
- -El asunto es que lo vi.
- −¿A quién?
- -A Héctor. El viernes pedí permiso para salir temprano de la biblioteca. Estaba confundida y se acercaba la hora de encontrarme con Laura para ir al médico. Sin pensarlo, me fui acercando a la casa de Héctor y toqué el timbre. Al abrir la puerta me puse a llorar frente a él como una niña: le conté todo. Me hizo pasar y me convenció de no hacerlo y de que te devuelva el dinero.
 - -¡Cómo! ¿No abortaste?
 - –No lo grites.
 - -¿Quién se va a hacer cargo del niño?
 - -Él y yo. Nos vamos a casar. Bueno, después de que consiga su divorcio.
 - –Si está casado, ¿crees que se divorcie por ti?
- -Está separado de su mujer desde hace mucho tiempo. Lo que no ha conseguido es que ella firme los papeles para tener el acta..
 - -¿Por qué no?
- -Porque él vivía con otra muchacha y la mujer de Héctor no quería que se casaran. Claro que ahora ya no anda con la muchacha.
- -... Estás cometiendo un error, Carmen. Perdóname que te sermonee: creo que él no te ofrece ninguna seguridad. Estás en una situación delicada y por lo que se infiere Héctor no va a responder por ti. Además no comprendo el cambio tan brusco de parecer; hace unos días estabas decidida a abortar y ahora no.
- -En el último momento todo cambió. Es algo que no se puede explicar -no ha tocado su coca cola; permanece fría y entera sobre la mesa. De su bolsa extrae un sobre rosado. Toma tu dinero, Héctor me aconsejó que te lo devolviera cuanto antes.
- -No lo quiero. Úsalo para el parto -las palabras salen de mi boca sin que pueda frenarlas-. Ya conseguí un buen trabajo y no me hace falta. No me hace falta nada ni nadie.

Tan seguro de manejar que hasta con los ojos vendados puede hacerlo, es el lema de la campaña publicitaria de Herman; incluye carteles con un hombre al volante con los ojos vendados que lleva a su familia de paseo. El gesto del hombre es el de alguien confiado, casi contento, mientras la mujer de junto lleva a un bebé en sus brazos y los dos niños de atrás juegan entre sí.

El evento será televisado en vivo a las doce de la noche, cuando la afluencia de automóviles es menor. Me han dado un mapa del recorrido para que lo memorice. El balazo de salida será dado en la glorieta de los Insurgentes y la meta estará en el Hotel de México. Con la intención de aumentar la espectacularidad, habrá un carril especial para mí en el que se colocarán unas minas que irán explotando a determinada hora o si se llega a hacer contacto con ellas, por lo que hay que cruzarlas a tiempo y sin tocarlas.

El aspecto más importante y secreto es que usaré un pequeño receptor en

mi oído izquierdo, disimulado bajo una punta del pañuelo con el que me vendarán los ojos (en realidad, desde que me quite los anteojos no voy a ver nada). Al final de la travesía, en el momento de ser retirado el pañuelo por una edecán, ella se encargará de escamotear el audífono. Después brindaremos por el nuevo modelo del automóvil y a la mañana siguiente tendré mi otra parte del dinero.

En el fondo del mar viven los seres más extraños del planeta; son los más lejanos y difíciles de observar. Su oscura existencia es desconocida en buena parte, su variedad es extensa, algunos ni siquiera han tenido la ventura de ganarse un nombre. En los últimos años, desde que los buzos y espeleólogos han tenido la oportunidad de explorar los abismos oceánicos, se han descubierto especies insospechadas; conocer su comportamiento por periodos prolongados resulta una labor poco viable y peligrosa. Dentro de este universo, hay peces que emiten luz; que producen descargas eléctricas; que se inflan como globos; crustáceos que viven bajo una piedra que cargan sobre su lomo de un lado a otro; seres intermedios entre lo vegetal y lo animal; pulpos gigantes con la cabeza arrugada, verdaderos monstruos que sin embargo no se sustraen a la belleza de sus movimientos dentro del agua, a su danza de ágiles y acoplados tentáculos...

No sé qué sucederá dentro de unas horas; pase lo que pase quiero estar preparado antes de abordar el vehículo. Que nada me tome por sorpresa, que nada quede pendiente. Una de las cosas que siempre he querido y no he podido hacer es viajar fuera del país. Por no interrumpir mis estudios, o por problemas familiares, por la falta de mi cartilla militar o de dinero, nunca he traspasado las fronteras. Cuando esta frustración me embarga, recuerdo a ese personaje de Cortázar: Traveler, que en su peculiar nombre soporta el peso de la ironía, ya que a pesar de llamarse así, a lo largo de su vida ha permanecido clavado en su tierra como Cristo en la cruz.

Existen límites más esenciales que traspasar. Recostado sobre el sillón me sumerjo en la duermevela en un intento de alcanzar las profundidades: desciendo lentamente, la temperatura disminuye, voy entrando en una noche acuática, la luz de la conciencia se refracta en la superficie que se queda allá arriba, se quiebra en rayos difusos.

En el fondo de nuestra mente habitan los sentimientos más extraños del hombre; son los más complicados y difíciles de entender. Su recóndita existencia es ignorada en buena parte. En esas honduras hay un miedo incrustado de trozos iridiscentes de valor; hay un deseo de matar revestido con la coraza del amor; un impulso de autodestrucción con la cabeza partida en dos; hay un fitoplancton de esperanza...

Arranco el motor del automóvil, su sonido es grave y parejo, muevo la palanca de velocidades que se desliza con suavidad hacia adelante. Es el inicio del recorrido, sé que hay miles de ojos que observan lo que hago; yo soy el único que no ve: percibo el movimiento del coche, las irregularidades del asfalto, el olor de la piel de los asientos mezclado con el del óxido de carbono que penetra por la ventanilla. De pronto la voz de Herman sorprende mi oído izquierdo.

-Tranquilo muchacho, has comenzado bien. Tienes que girar a la izquierda

para salir del estacionamiento.

-¿A la izquierda imbécil? Es a la derecha −pronuncio en voz baja aunque sé que el no puede escucharme porque está metido en una camioneta a cien metros de distancia de mí, vigilándome por medio de un monitor−. Tú eres el que no distingue un lado del otro. Valiente guía tengo.

El volante responde a mis manos con docilidad. Sé que estoy en Insurgentes, acelero para adelantar la primera mina; a unos cuantos metros detrás de mí

estalla; la gente aplaude y yo siento un ligero empujón.

-Perfecto, ya la libramos. Sigue derecho.

Ahora entiendo por qué mi antecesor está en el hospital. Gracias a eso estoy ganándome una buena cantidad de dinero. En realidad el truco es excelente, sólo debo interpretar con acierto las indicaciones de Herman el Orientado. Si cada día tuviéramos una voz que nos indicara qué hacer, las cosas serían distintas; en vez de esto, hay una infinidad de voces que dictan órdenes diversas y contradictorias. No consigo dejar de pensar en Carmen, su cara se me aparece en la oscuridad; si hubiera sabido cómo actuar con ella en el momento preciso, no habría regresado con Héctor.

Escucho música por el audífono. ¿Se le habrá ocurrido a Herman amenizarme el trayecto? Son las canciones del *Viaje de invierno* de Schubert interpretadas por Dietrich Fisher Dieskau. Debo admitir que tiene buen gusto; son de una melancolía firme y bella, su ritmo coincide con mi avance. Me imagino a mí mismo como un viajero que en una noche helada debe caminar entre la nieve dando con cuidado cada paso. Un Ulises invernal que emprende el largo retorno desde otro punto geográfico. Schubert compuso el *Viaje de invierno* a los 29 años, la edad que tengo actualmente. Él murió a los 31 dejando muchas obras valiosas; mientras vivió su personalidad no fue apreciada, era tímido y nunca ocupó cargos importantes. La diferencia entre ambos es que yo no he hecho nada.

-Viene la segunda mina, alineate unos cinco grados a la derecha. El canto de Dietrich me impide oír con claridad a Herman; temo que lo que recibo sea la interferencia de una estación radiofónica. Esta vez el estallido es más cercano. De inmediato aumento la velocidad para cronometrarme con la siguiente.

-¿Qué haces? ¡Casi rozas el explosivo! -grita Herman debilitado por el

volumen de la música, engarzando su voz en la del barítono.

Los mensajes comerciales rompen mi concentración, he perdido a Herman definitivamente. Como si quisiera rascarme la oreja arranco el audífono con mi mano y lo guardo en el bolsillo de los pantalones. No me queda más guía que la memoria y la intuición. Las calles que atravieso son parte de un mapa

imaginario, ya no son las calles reales que tantas veces he recorrido. Me interno en otra ciudad, donde la fisonomía de las casas y edificios corresponde a los caprichos de un juego espontáneo que se suscita en mi mente. Cada construcción tiene forma de una cabeza distinta, algunas son conocidas: ahí están la del doctor Edmundo García Maya, la de Carmen, Picaso el lavacoches, el Simio y Max. Es algo similar al sueño que tuve antes de hablarle a Carmen, donde aparecen dos esculturas en forma de cabeza que pertenecen a una gran fábrica.

Sacudo la cabeza; estoy a punto de dormirme y la tercera mina debe estar cerca. Será mejor que utilice de nuevo el audífono, es posible que se haya perdido la señal de la estación de radio. Lo saco del bolsillo y disimuladamente me lo coloco.

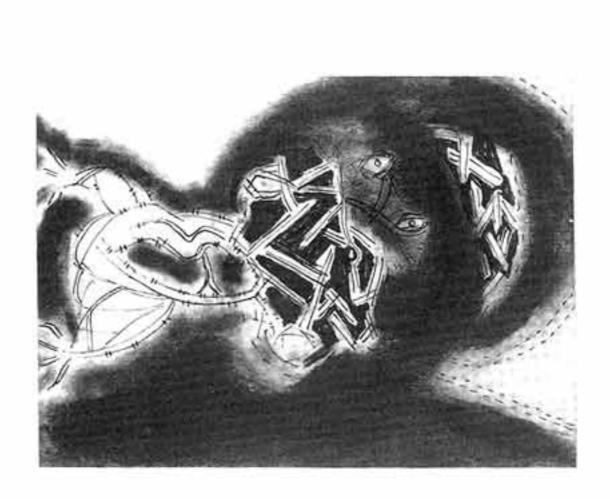
No hubo buena suerte. Lo que transmiten ahora es el cuarto movimiento de la Sinfonía número uno de Mahler: tempestuoso. En la parte más agitada y dramática de la pieza, cuando los instrumentos anuncian con estruendo una catástrofe, siento un golpe seco debajo del coche. Durante un segundo la fuerza de gravedad es burlada por el automóvil, da una maroma y luego cae de cabeza. Me pego contra el techo y siento calor. En esta posición el vehículo se desliza todavía unos metros, como si el asfalto estuviera cubierto de hielo. La sensación no deja de proporcionarme un extraño e incierto placer; el pequeño núcleo de gozo infantil de quien en medio del peligro sabe que existe una protección, que no puede sucederle algo malo porque alguien no lo permitirá. Igual que un relámpago me veo a mí mismo en medio de una selva, con el cuerpo de un cinocéfalo que al mismo tiempo conserva mis rasgos personales: participo de una doble naturaleza. Me veo ejecutar una danza con otros monos; los movimientos son semejantes a un ritual. Nos agachamos y un rumor sordo va creciendo, con nuestros puños aporreamos la tierra y con el hocico emitimos ruidos. Un ritmo repetitivo se posesiona de la danza hasta llegar al máximo fervor. Sin darme cuenta, estamos orando a gritos. El coche se detiene. Las cartas del Tarot pasan por mi mente en un caudal. ¿Dónde quedaron Kant y Kelsen; el positivismo y mis libros?

Desde afuera intentan abrir la portezuela: está atorada, igual que mis brazos. El calor aumenta, crepita el fuego; si al menos pudiera quitarme el pañuelo de los ojos. Las sirenas son un quejido alarmante. Escucho una sierra eléctrica, sus dientes muerden el metal de la carrocería. Me liberan del cinturón y al fin puedo retirar el pañuelo. Entre los bomberos que dejan caer chorros de agua y un socorrista que me jala de las piernas, me libro del infierno en medio de la confusión. Veo a Herman y a su padre el manco.

-¿Estás bien? –preguntan.
 Y yo me río no sé por qué.
 -Sí estoy bien, muy bien...

Sigo riendo aunque me tiembla el cuerpo y estoy en el suelo sin zapatos, húmedo, con un brazo dislocado, sin Carmen, sin trabajo, sin una obra valiosa, sin escepticismo, sin casa propia ni título profesional, sin relaciones sociales, sin mis láminas de plata, sin televisor, sin horno de microondas, sin coche (más que el montón de fierros retorcidos del que acabo de salir, que por suer-

te no es mío), sin computadora, sin raqueta de tenis, sin anteojos de carey, con las muelas picadas y una uña enterrada, miope, con mala memoria, moreno, flaco, cacarizo y de barba rala, mal bebedor, mal encestador en el basquetbol, bueno para las canicas y el balero, sin aptitudes para el canto ni la guitarra, amante de los animales...



Premio, Concurso XXVIII, 1995

LA VIDA DISPAREJA

Ana María Sánchez Mora*

I

Toda su vida se había considerado un ser pensante. Por lo menos nadie se lo había rebatido. Es cierto que había ocasiones en que se le podía tachar de irracional, pero no por ello a su pensamiento de inconsecuente o ilógico. La ilógica tiene su propia racionalidad. Entre otras cosas, podía reconocer

perfectamente la diferencia entre una chilindrina y una concha.

La concha tiene surcos bien definidos entre adorno y adorno de azúcar y harina. Su color puede ser chocolate, blanco o amarillo. La chilindrina, en cambio, sólo admite dos tonalidades, el amarillo declarado o un blanco amarillento. Además, su estructura ornamental no reconoce el orden, ni senderos, ni límites. Vistas tales características, no le resultaba extraño que hubiese quien prefiriera el orden de la concha al caos de la chilindrina, o viceversa. El sabor era un elemento secundario.

Ella sabía perfectamente que, de regreso de la oficina, con el único y diario encargo de comprar el pan a la pasada, él siempre escogería conchas, dos conchas de ser posible de chocolate, elegidas con sumo cuidado de la charola repleta, cuidando los detalles de forma y tamaño y, con un ligero y discreto apretón de las pinzas, hasta de frescura.

Tal situación, durante años, casi diez, parecía no haberle inquietado nunca a ella, aunque en las raras ocasiones en que le tocaba ir a la panadería, ella, contra los preceptos, elegía dos hermosas chilindrinas amarillas, estridentes, atestadas de gránulos de azúcar, asimétricas y hasta despostilladas de alguna orilla.

Él no dejó de quererla por tan contraria, si bien eventual, elección, ni se opuso a comerlas llegado el caso, como tampoco dejó de quererla por el desorden de sus cajones o la acumulación de libros sobre la repisa contigua al lecho conyugal. Pero de estar en sus manos elegir, él siempre lo haría en dirección del orden y la simetría.

Sin embargo, esa tarde de jueves, cuando él regresó del trabajo y le entregó

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

como siempre apresuradamente la bolsa del pan como si el encargo le quemase las manos, y ella miró su contenido, supo que algo le había sucedido a él. Una chilindrina blancuzca y una amarilla era lo que había traído, adquisición que trastocaba el orden, la costumbre, lo conocido y lo sabido.

Está cansado de comprar el pan, está harto de comerlo, no hubo conchas en la panadería, esto contiene un mensaje. Y frente a las alternativas, se quedó como siempre con la más complicada, inverosímil e inesperada: algo

quiere comunicarme.

Esperó prudentemente a que terminara la merienda, pero él no dijo nada, nada esencial. Luego vio las noticias en la televisión y ella estaba segura de que se referiría, como para dar pie a la plática, al caos vial o al violento

desorden citadino. No emitió ningún comentario.

Acostados ya, sin sueño ella, cada uno con su libro entre las manos, el silencio le pareció insoportable. Y violando la prudencia matrimonial que aconseja no indagar en los sentimientos íntimos del marido, dejó oír un tímido reclamo. ¿Te sucede algo? ¿A mí? ¿Por qué? A punto de contestar, le falló el valor. Quizá el asunto de las chilindrinas era provocador, irracional, hasta ridículo. ¿Por qué?, insistió él, cosa extraña porque no solía preocuparse de las preocupaciones de ella. Y tuvo que contestarle. Es tan extraño, lo del pan. ¿Cuál pan? El que trajiste hoy. No te entiendo. Vinieron a su mente los consejos de su madre, ten sutileza, no lo irrites, sé ecuánime. Las chilindrinas estaban deliciosas, no es eso, pero tú siempre compras conchas. Él dejó el libro sobre su regazo, pues hasta ese momento no había quitado los ojos de la página como era su costumbre cuando ella hablaba. ¿Compré chilindrinas en lugar de conchas?, parafraseó él con tono de inocente ignorancia, como si no las hubiera comido una hora antes. ¿No te diste cuenta? No, dijo él, y dio por terminada la conversación, por llamarla así. Ella no se atrevió a insistir por no molestarlo, y porque la consecuencia directa de cualquier desavenencia tomaba forma de una enterocolitis, si no grave, de algún cuidado, por lo menos en el rubro dietético. Pero en su interior una gran angustia la comía, además de que le era muy doloroso no poder saber lo que le estaba pasando.

Dejó el libro sobre la repisa, abierto y sin cuidar de las hojas que se doblaban, y apagó su lamparilla. Aunque hacía bastante calor esa noche de jueves, sintió frío, o más bien una especie de temblor, quizá de origen nervioso. Trató de dominarlo, como había aprendido, según ella, a dominar su ira y su desesperación ante ciertas circunstancias de la vida. Luego se fue acercando despacio hasta él para que, como todas las noches, le pasara el brazo bajo el cuello. Tardó unos segundos en reaccionar y a ella le parecieron eternos, pero finalmente lo hizo. En ese momento sintió que ese gesto amoroso valía más que cualquier mensaje, inadvertido o no, preparado en una bolsa de

pan. Así, pudo conciliar el sueño.

Y soñó, como siempre, que era hombre. Que tenía todos los derechos y nunca se equivocaba. Que su palabra era la que regía. Que no tenía complicaciones sentimentales gracias a su objetividad, a su sentido práctico, a su frialdad ante la vida. Tal vez una muerte un poco antes, un tumorcillo de próstata. Pero nada de lo otro, sangres, sudores y lágrimas toda la vida. Despertó

húmeda, con una inmensa inquietud en el corazón porque algo le decía pide

perdón, pero ella no sabía a quién ni por qué.

No podía eliminar de su mente el asunto de las chilindrinas y por su culpa, en el desayuno derramó parte del café fuera de la taza de él. Sin levantar la vista del periódico, murmuró la palabra coordinación. Ella aceptó la indicación reproche en silencio, siempre había sido, no tanto brusca, sino de reflejos poco eficientes. De niña solía caérsele todo de las manos, sobre todo cosas irreparables. Nunca fue buena excusa alegar que soñaba despierta, menos ahora. En la cuestión de los detalles, sin embargo, en otra escala y circunstancia, era sumamente delicada por no decir exagerada. No tanto en el bordado y zurcido y eso a pesar de sus defectos de visión, sino en su profesión de maestra, exigente y a la vez certera en encontrar la coma fuera de sitio, el tiempo verbal improcedente, la idea tergiversada, el estilo infame. Los alumnos se sorprendían de su tino al revisar manuscritos de artículos y tesis doctorales cuyos títulos ocupaban media cuartilla, llenos de complicados términos científicos. Era, cualquiera puede concluirlo, una hábil maestra de redacción, pero esta definición laboral no debe por ahora desviarnos del asunto, clave, como se verá más tarde, de la transmutación de conchas en chilindrinas.

Es válido y hasta enriquecedor hacer apuestas respecto a la noche siguiente al jueves de las chilindrinas. Habrá quien apostará por el regreso al orden, quien por la continuación de la sorpresa en forma de quién sabe qué panes ajenos a la idiosincrasia de su comprador. Aquellos que apostaron al orden tendrán su recompensa en la satisfacción de haber tomado el camino correcto. Él regresó el viernes por la noche y allí estaban en la bolsa de papel de estraza las dos conchas de chocolate siempre esperadas, estéticamente satisfactorias, tranquilizadoras. Ella lo besó en la mejilla, suspirando como después de haber sobrevivido a un vendaval caribeño.

Más tarde, metidos en la cama, cada uno con su libro entre las manos, ella musitó te quiero mucho, él no levantó los ojos del libro, no se movió, no dio acuse de recibo. Ella sonrió de satisfacción: la vida había vuelto a la normalidad.

Tal vez sea una incongruencia que gente que se dice pensante, racional y lógica, tenga una cierta afición morbosa por la astrología. A partir de Kepler, de Newton y de Lagrange, toda mente ilustrada sabe que la influencia de los astros en las vidas humanas se reducen a simples leyes matemáticas. La gravitación universal, el paso de la Tierra por tal o cual constelación, los giros de la galaxia o algún meteoro, no tienen la suficiente fuerza de persuasión como para que tal niño o niña nazcan más huraños, inteligentes o felices que otros. Se sabe además que las constelaciones que los antiguos griegos vieron no son idénticas a las de ahora y que las de los chinos no tienen que ver con las anteriores. Podría calificarse de lunática a la gente que aún hoy día consulta su horóscopo, de no ser porque la palabra también ha caído en desuso puesto

que la Luna ya no ejerce efecto ni sobre el presupuesto de la NASA y ningún

poeta que se llame actual se atrevería siquiera a mencionar al astro.

Con todo, ella había encontrado bajo el signo de Aries todas las respuestas a las preguntas que sobre su carácter y disposición se había planteado a lo largo de su vida. En particular, la volubilidad que la aquejaba tan frecuentemente, los cambiantes estados de ánimo que parecían no tener que ver con los acontecimientos externos y que habían sido en el pasado pasto de sicólogos, sicoanalistas, endocrinólogos y homeópatas, encontraban su explicación en el signo del carnero. Semejante explicación, la más anticientífica e irracional, digna de sorna si se quiere, le ofrecía lo que tantas disciplinas autorizadas le habían negado, la resignación de ser como era y no poder ser de ninguna otra manera y el contento de saberse poseedora, entre otras cualidades, de un don de mando aunque nunca lo ejerciera. Ella se comparaba con la oruga, opaca y despreciable, pero que contenía el germen de algo admirable y maravilloso, y que sólo esperaba a que llegara el momento adecuado para mostrar su verdadero ser. Mientras tanto era dócil, paciente y hasta sumisa, características todas muy apropiadas a su naturaleza femenina y que no despertaban sospechas entre los que la rodeaban. Esa misma naturaleza encubría sus constantes cambios de humor, desde la más llorosa depresión hasta la alegría contagiosa y optimista, como si fueran producto de las hormonas a las que toda mujer entrega parte de su existencia como un involuntario laboratorio experimental y no como lo que realmente eran: notorias señales de pertenencia a su signo de fuego, cardinal y masculino.

¿Y cómo quedaban justificadas las otras características arianas, tan fuertes en ella, tan evidentes para los demás? La creatividad, la entrega en el amor, la sensualidad, la inteligencia, en el lado positivo; y la agresividad, la sumariedad en los juicios, la imposibilidad de matizar entre el negro y el blanco, en el

lado negativo, ¿cómo explicarlo todo sin recurrir a lo astral?

Aries, dominado por Marte, planeta de la acción, de la energía, del valor, de la voluntad, de la ambición y también de la guerra, de la cólera, de la venganza. Signo masculino de personalidad colérica y extrovertida. Cuántas veces, siendo adolescente, deseó ella ser hombre y tener esa fuerza para dominar, esa libertad para dejar fluir su cólera y llevar a cabo la venganza, esa ambición para llegar a algo que entonces no conocía. Y no era, Freud nos libre, ningún complejo de castración ni envidia por órgano alguno, pues amaba su cuerpo tal y como le había tocado aun sin descubrirlo. Era un ímpetu interno que no podía manifestarse salvo en secreto, a solas con su padre, de inteligencia a inteligencia, en el pequeño reducto de la intelectualidad compartida. Pero fuera de ese ensueño, contabilizable en minutos, donde ella era igual a él, igual al hombre que era su padre, estaban las faldas, la discreción, la prudencia y la tolerancia, porque una no debía, no podía negar sus dos cruces, sus dos cromosomas X. Pararse frente al espejo, admirar las curvas y la suavidad del cabello, amarse y detestarse al mismo tiempo porque hay algo indefinido que la molesta, no en el cuerpo sino en la cabeza, en los pensamientos. Y no poder decírselo a nadie, ni a las hermanas ni a la madre, sino mucho tiempo después y no mediante la palabra hablada sino escrita.

Aries, hombre o mujer de acción. Descubrir su facilidad de expresarse mediante la escritura la transformó en una mujer menos insegura, niña todavía a los diez años cuando escribió el primer poema, una trivialidad si se quiere, pero germen de sus inquietudes. La posibilidad de comunicarse, de trasladar las ideas a palabras visibles, le quitó la angustia original que, como el pecado así calificado, estaba presente en ella desde su nacimiento. Ese primer poema y las novelitas que le siguieron, producto de los primeros años y que el tiempo caritativamente se encargó de desaparecer, fueron su bautizo, su entrada al mundo. A partir de entonces y gracias a su viva fantasía, supo que le era posible componer la realidad, inventar otros espacios y seres y jugar con el tiempo.

\mathbf{III}

Producto de esa habilidad para redactar, dejando de lado su labor profesional y sin contar los intentos juveniles, eran cuatro novelas, cada una más acabada y compleja que la anterior, todas de tema amoroso y las tres últimas de corte policiaco. Y no era que le quedara mucho tiempo libre después de atender a sus alumnos en la universidad y al marido en el hogar, pero siempre se las había arreglado para escribir, de ser posible de corrido y siempre obsesionadamente.

A reserva de que tales novelas, o novelitas porque nunca pasaban de las ciento veinte páginas a doble espacio y por una sola cara, sean conocidas por el público, pues hasta ahora ella no ha corrido con suerte editorial, debe conocerse en privado la reacción del marido, su más fiel crítico, al leer tres de ellas. El amor de una adolescente por un hombre mayor era el tema de la primera y fue recibida con mucha desconfianza y hasta agresión, porque él siempre creyó que la protagonista no era ficticia sino real, ella misma, y que había vivido una pasión ilícita en sus años juveniles. Nunca pudo convencerlo de que no era una confesión sino una invención alrededor de un tema, para ser críticos, bastante trillado. Se atrevió a enviarla a un concurso de primera novela y por supuesto, perdió.

La siguiente obra, llamémosla así por mínima cortesía, policiaca por pura casualidad, relataba la truculenta muerte de un cantante de lieder schubertiano a causa de un asunto banal. La protagonista, detective a su modo, al investigar el crimen daba con la vida secreta del cantante: un amorío con una mujer casada.

Dada la novedad, pues la novela se desarrollaba en Munich, ciudad en la que ella nunca había estado, el marido no le puso objeción salvo que al citar ciertos versos de Heine pertenecientes al ciclo del canto del cisne, había ella incurrido en errores de ortografía alemana. Pero para eso se habían inventado las gomas, los líquidos cubre errores, los procesadores de palabras y en el peor de los casos, existía el pedestre recurso del tachón. Esa novela no fue enviada a concurso por razones que aún se desconocen.

Anticipando disculpas por lo excesivo de la enumeración, llegamos a la tercera novela. Esta vez el muerto no era un cantante sino pintor y cualquier sicoanalista habría visto aquí una obsesión por la muerte violenta de los artistas, pero no la leyó ningún miembro de ese gremio. El motivo de la cuchillada asestada por la espalda en un callejón de mercado un viernes santo, era la traición.

El marido la leyó con dificultades alegando que tenía mucho trabajo, pero ella intuyó cierta molestia puesto que él solía pintar en sus ratos libres y se había identificado quizás con la víctima. Se la dio después a leer a un compañero de trabajo quien la alabó como una novela amena, original y hasta divertida, en la medida que el crimen pueda serlo, pero a la que según dicho colega le faltaba una reunión posmortem con los sospechosos para desembocar en un final sorpresivo.

Aunque todo lo dicho sobre la incipiente obra novelística de ella pueda parecer tedioso y hasta grosero, tal prolijidad no ha sido en vano, pues la cuarta y última obra es como la nota clave de una frase musical a la que todo esfuerzo armónico y melódico tienden. Trataba, dicho brevemente, del adulterio, pero visto desde la perspectiva de la otra, la amante. Ésta tuvo gran éxito entre sus amigas pues todas tenían alguna queja respecto a la conducta

masculina antes, durante, después o en lugar del matrimonio.

Él la empezó a leer y a la tercera página la arrojó lejos de sí. Se había encontrado descrito en el personaje masculino principal y su protesta tenía que ver con el nombre con que supuestamente había sido bautizado en la novela, confundiendo realidad con ficción, narración con vida. Claro que nadie, salvo un ser extremadamente suspicaz, se ofusca y ofende por ser llamado de ésta o de otra manera, sobre todo si quien ha escrito la obra afirma contundentemente que la ficción, ficción es. Lo que pasa es que él y ella, marido y esposa, hombre y mujer, compartían un penoso, mas no por ello menos placentero secreto: el adulterio, en sus modalidades de premeditación, alevosía y ventaja. Pero no es el momento todavía de relatar esa historia pasada, teñida de inmoralidad y calificada por cierto sector de la sociedad constituido por ex cónyuges, de infamante.

En esa novela, el corte policiaco era más bien pálido, porque si bien había un muerto, el protagonista, había fallecido de muerte natural. La intriga consistía más bien en la recuperación o mejor dicho reconstitución del carácter del occiso, pues en vida sólo había mostrado una de sus caras. Pero lo que aquí importa es el rechazo del marido, reacción que, dada la brevedad de la lectura, parecía exagerada por no decir gratuita. Y es que ella por casualidad, por mero azar, tuvo acceso a evidencias de que él, a escondidas, la había leído, releído y hasta aprendido de memoria, aunque ante ella, la escritora que lo había descubierto gracias a un hábil interrogatorio desencadenado por un desliz verbal, lo negó con tal insistencia que acabó, no por convencerla, sino por hacerla alzar la voz en señal de victoria.

Tal vez sea apropiado aquí mencionar la forma en que el marido fue descubierto en falta, más bien en posesión de información que negaba conocer. En una de las escenas se hacía mención a cierta obra de Brahms cuyo opus y

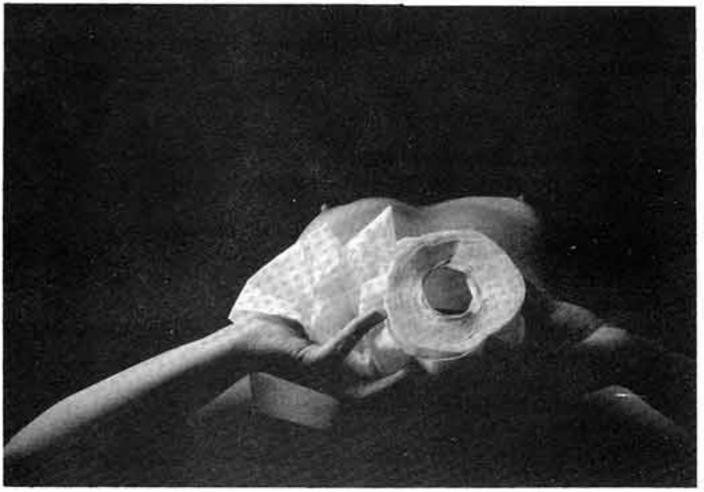
número desconocía ella, de modo que se le hizo fácil asignarle una opus X y un número Y. Poco después de que él rechazara el escrito, y en el momento mismo de poner en el tocadiscos un trío de otro autor, el subconsciente lo traicionó y dijo de pasada, por cierto, el trío de Brahms es el opus W y no tiene número. Cómo lo sabes, cómo sabes que aparece un trío de Brahms si no la has leído, contestó ella con la velocidad del que vive pendiente de los deslices de los demás. En ese momento revelador él pudo haber dicho o confesado, sí, acabé leyéndola, pero no pudo o no quiso enfrentar su debilidad y con tono de gruñido contestó de qué me estás hablando. De la novela, de qué otra cosa puede ser. Por qué me dijiste que no la habías leído. No la leí, siguió él obcecado. Entonces cômo puedes saber lo del trío de Brahms. Cuando la dejé, dijo con indignación desesperada, quedó abierta en cierta página y alcancé a ver de reojo ese punto en particular. Entonces, continuó ella como el gato que juega con el ratón atrapado, crees que debo anotar el dato correcto. Sí, dijo él hundiéndose más en la arena, en ése y en todos los otros lugares donde lo citas. La leíste, la leíste, gritó ella contenta de trocar la indiferencia por interés inconfesado.

Pasaron dos días en que él no le dirigió la palabra, tan sentido estaba, salvo para asuntos domésticos y utilitarios. Al cabo de ese tiempo ella, como siempre, se acercó con ánimo conciliador. Tuve miedo de que ya no te interesara lo que escribo. Él se hizo a un lado, moralmente claro, y contestó que por supuesto que le interesaba, pero sólo las cosas serias que ella era capaz de escribir. No se habló más de la novela ni de la semejanza de ese argumento, el ficticio de la vida real, con uno de Tanizaki, el de *La llave*, con la única disparidad o inconveniente de que el primero no concluía eróticamente.



Fotografía
Premio, Concurso XXVII, 1994
Everardo González Reyes
Serie: "El otro consumidor"





Mención, Concurso XXVIII, 1995

CUATRO REMEDIOS INFALIBLES PARA EL HIPO

José Ramón Ruisánchez Serra*

I EL TELÉFONO O LA REINVENCIÓN DE DIOS

1 Donde uno cree que el libro es caótico (y lo es)

Él no sabía que el teléfono sonaba por primera vez y que al otro lado de la línea estaba alguien que no iba a hablar, que aquella vez sólo escucharía pacientemente.

Ese alguien lo dejaría creer en un misterio seleccionable entre:

a) La amenaza.

b) Una broma inexplicable o inexplicada.

c) Un error nimio, fruto de la casualidad, que creció un poco.

d) ...

Pero fue..., d) por supuesto, porque a Varinia nunca le gustaron las respuestas fáciles.

¿Qué sintió usted cuando recibió la primera llamada?

Si me voy a volver loco con Jacobo Zabludowsky dentro, prefiero que no me hables de usted.

¿Qué sentiste cuando te habló Varinia por primera vez?

No sabía que era Varinia, además ella no habló nunca en el teléfono, ella lo que hacía era comunicarme.

Pero esa vez no te comunicó.

No, sólo llamó... supongo que quería saber si de verdad vivía ahí, si de verdad vivía aún. Yo estaba muy mal en esa época.

Gracias.

Significa que ha terminado la entrevista.

Sí, esta entrevista.

^{*} Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Es sencillo (sobre todo cuando uno es tan buena amiga del azar) buscarse un lugar dónde vivir y encontrar algo bonito (aunque con ratas cirqueras) y viejo (pero con tuberías recién renovadas) y con un teléfono capaz de manejar a un tiempo dos líneas (además de las dos líneas manejables). Es sencillo cuando te llamas Varinia (y prefieres que nadie sepa tu apellido ni la razón verdadera por la que te falta el dedo anular de la mano izquierda).

PARA HACER LLAMADAS TRIPARTITAS CON EL DOBLEDISCO DD230871

Ejemplo:

Una llamada está esperando...... Línea 1 Entra una llamada Línea 2

Toque el mando TRIP.

Hable con las dos personas.

Blanco. El teléfono era blanco y estaba en un departamento blanco: el de Varinia. Tenía pocos muebles: una cama grande, una cocina equipada, un sillón a rayas rojas, un cuadro donde un hombre muestra una nariz casi fálica apuntando hacia el cielo. El punto de vista del cuadro es el de alguien que estuviese en el suelo y mirara hacia arriba. Cuando Varinia lo compró, el título del cuadro era "El hombre que quería ser rascacielos".

- –Menos.
- -No puedo venderlo en menos señorita.
- –Señora.
- –Señora...
- -Sólo quiero comprarle el título, la tela no me interesa.
- -Pero señora, tome en cuenta...
- –Cállese. ¿Ve mi dedo?

-...

-Lo perdí porque mi tío me quiso violar y le corté su miembro, membrillo o membrete más bien. En venganza se quedó con mi dedo.

Pero además de Varinia y Óstival, existen otras personas en el mundo; para enterarse basta con mirar a la calle, al directorio telefónico, al espejo.

Y no sólo en el mundo. También en esta historia. Nimba, por ejemplo.

Nimba fue quien formó la primera flotilla de taxis rosas en Barcelona. La idea se la había robado de Londres, donde le dijeron que si salía muy tarde de algún pub, lo mejor que podía hacer era subirse a un *lady cab* si no quería acabar violada y/o esquilmada por algún pakistaní. Los taxis rosas de Barcelona sólo admitían clientela femenina, y cobraban un poco más de lo permitido a los demás. Sin embargo, cuando verdaderamente se comenzaron a volver negocio fue cuando en vez de mujeres, sus usuarios más frecuentes comenzaron a ser homosexuales y heroinómanos, que chupaban pollas o se inyectaban o hacían el camello mientras los grandes coches pintados color de flamingo recorrían una y otra vez las calles cercanas a la reciente Villa Olímpica.

Muchas veces era precisamente la luz de OCUPADO encendida lo que atraía a los clientes, quienes se conocían y comenzaban a amarse en pleno asiento trasero, quienes se miraban y pactaban el precio de la compra del día mientras pasaban frente a los restaurantes de la Barceloneta o la estatua a Colón o daban vueltas alrededor de la Plaza de Cataluña.

El oficio era peligroso pero las conductoras cargaban con un radiotransmisor y una pistola de nueve milímetros que Nimba les enseñaba a usar con precisión antes aún de pedirles el carnet de conducir. Además casi todos sabían que si trataban de portarse mal, se los acabaría cargando la pasma. Así que Nimba se hizo en poco tiempo de un chalecito de seis recámaras en la Costa Brava.

Todo parecía ir viento en popa para la joven y nada fea mexicanita que había huido de su hogar a los quince años y pocas décadas después poseía una fortuna envidiable. Pero como bien sabemos, el crimen no paga. Así, en el verano de aquel año de poco sol y muchas suecas, Nimba decidió regresar unos momentos a su país, a ver si se asqueaba lo suficiente como para que al regreso le volviese a gustar Cataluña o, como ella lo escribía, Catalunya.

2 De cómo Óstival se caga en los muertos de alguien a quien no ha conocido

A veces, después de que cerraban la U. de G., llegaba triste a su casa y encendía el televisor para consolarse. Si yo estuviese allá, posiblemente ya me hubieran dado un balazo. Sin embargo, el día que vio Dubrovnik destruida, apagó el aparato y lo tiró por la ventana. Claro que lo grave es que fue a caer en el único coche estacionado en la calle. Y que el coche era de don Fernández, quien además de su casero era quien le daba empleo de cocinero de especialidades balcáñicas en Chemita, su restaurantito de la colonia Roma. Cuando sintió que había pasado un tiempo razonable, se asomó por la ventana

y se dio cuenta de que milagrosamente no había ningún curioso que notara el daño causado por los cuatro pisos de aceleración y los cuarenta centímetros de pantalla recién becada a mejor vida. Y el daño era grave. Justo cuando estaba calculando que lo más económico sería comprar una televisión de segunda mano y desentenderse del accidente, sonó el teléfono.

Odiaba esas llamadas estúpidas. Las odiaba lo suficiente como para insultar a su no-interlocutor en español y en serbo croata, hasta un poco en alemán y ruso. Insultarlo larga y elaboradamente: desearle infecciones, decesos y todo tipo de desavenencias con la vida; afirmar que por sus venas y las de su madre corrían ríos densísimos de pus y semen de caballo; amenazar con la violación de sus antepasadas y de sus descendientas; prometer rellenarle la boca y los oídos con defecaciones varipintas. En fin, un encanto.

Cuando le colgaron se sintió aliviado porque la paciencia del imbécil al otra lado de la línea estaba a punto de agotarle los ingenios. Se sintió aliviado y suspiró y al suspiro se le cruzó el viento insomne que recién había aprendido a colarse por su ventana muerta en aras del vuelo del televisor. El caso es que

le dio hipo. Y ahí comenzó todo.

3 La sonrisa del kiwi

BIENVENIDO AL SISTEMA AUTOMATIZADO DE BÚSQUEDA DE LA BIBLIOTECA CENTRAL. INDIQUE CON EL CURSOR O TECLEE EL NÚMERO DEL TIPO DE BÚSQUEDA QUE DESEA EFECTUAR.

- 1 BÚSQUEDA POR PALABRAS.
- 2 BÚSQUEDA POR TEMAS.
- 3 CATÁLOGO DE TESIS.
- 4 TRANSPARENCIA DE INFORMACIÓN.
- 5 SALIR.

>1

BIENVENIDO AL SISTEMA AUTOMATIZADO DE LA BIBLIOTECA CENTRAL. ÉSTA ES LA OPCIÓN BÚSQUEDA POR PALABRAS. TECLEE LAS PALABRAS A USAR COMO REFERENCIA CRUZADA. POR FAVOR NO USE LA Ñ NI LAS VOCALES ACENTUADAS.

>HIPO

Fragmento de novela

BUSCANDO HIPO

OCURRE 1 VECES

ENTRAR REGRESAR SALIR

>E

FICHA 1 DE 1

CLASIFICACIÓN: PP 6500

A18 1988

TÍTULO: EL HIPO Y LOS RITMOS DEL LENGUAJE: UN ESTUDIO

COMPARATIVO.

AUTOR: DAVID MIKLOS

PIE DE IMPRENTA: LA SONRISA DEL KIWI, MÉXICO.

AÑO DE EDICIÓN: 1988. TEMA: LINGÜÍSTICA.

SIGUIENTE ANTERIOR REGRESAR

>

Pero Óstival no usaba computadoras y mucho menos bibliotecas.

4 El viaje a través ya no es posible

Nimba eligió una suite prácticamente impagable en el piso 42 del hotel Presidente, frente al bosque de Chapultepec. Era su triunfo, la única manera de volver a México sin sentirse absolutamente derrotada. No llamó a mamá. Tampoco recordaba los números telefónicos de sus amigas de la escuela con las que hacía más de cinco años que había dejado de escribirse.

Ordenó una botella de tequila y cogió una cogorza memorable porque aquello le parecía lo más apropiado, quizá lo único posible. Apenas llevaba

cuatro horas en México.

Su cabello rubio y lacio y corto permanecía testarudamente impecable rodeando su cráneo. Sólo sus ojos, por lo general entrecerrados, se habían convertido en un par de rajas apenas suficientes para dejarla mirarse en el espejo implacable del baño. Ni siquiera los primeros meses de privaciones, hasta que halló su primer curro como lavaplatos en uno de esos sitios caros del Barrio Gótico, habían logrado consumirle los carrillos macizos, siempre enrojecidos por algún sol inencontrable. Y quizás por esos carrillos o por su bien conocida opulencia o por la ropa informe que le gustaba llevar, la desnudez de Nimba resultaba sorprendentemente inasible, rala y pálida, casi ascética, atractiva para quienes frecuentaban el mar carísimo de Cadaqués, pero más bien patética bajo la luz inclemente y uniforme de los hoteles de luio.

Y como nadie puede quedarse para siempre frente a un espejo, Nimba desempacó apenas lo necesario –sus peines, su cepillo de dientes, una combinación de seda cruda con la que le gustaba dormir cuando lo hacía sin compañero– y decidió meterse a la ducha sin encender la luz. Apenas estaba descubriendo la certeza tibia de reinventarse mediante el jabón y el champú y el acondicionador cuando sonó el teléfono.

-Diga -respondió seca, y mojada. Del otro lado el silencio más denso-.
Quién llama.

Y no en su oreja derecha, que se adhería desagradablemente al aparato, sino en la izquierda, de manera casi telepática, casi (quizá) desembarazado de cualquier sonido, pero inconfundible en cualquier caso, le anidó su nombre, su nombre que era pregunta y gozo y terror absoluto. Después cortaron.

5 Donde de nuevo se hacen revelaciones que no deben ser olvidadas

El restaurante existió. Aunque jamás tuvo un letrero ni se le hizo publicidad ni apareció siquiera en las guías más especializadas, existió. Ni siquiera tuvo un nombre. Sólo "El lugar" con el mismo tono opaco y secreto con el que se habla de las cosas más terribles.

Se dice que ingestión causa severos ataques al nervio que controla el movimiento del diafragma. Por motivos evidentes, esto no ha sido comprobado en laboratorios.

ESPAÑOL	MB
MATEMÁTICAS	
CIENCIAS SOCIALES	MB

Fragmento de novela

CIENCIAS NATURALES	MB
FRANCÉS	MB
ACTIVIDADES ESTÉTICAS	MB
ACTIVIDADES TECNOLÓGICAS	MB
RELIGIÓN Y MORAL	
FALTAS	12**

- Su hija es esencialmente buena, sin embargo me preocupa su alejamiento de la ortodoxia.
- ** A pesar de la gran capacidad de Varinia, es imposible que siga faltando de tal manera, porque resulta un mal ejemplo para sus condiscípulas.

Sin embargo, las monjas del Colegio Francés del Pedregal estaban muy equivocadas, como casi siempre lo han estado acerca de otras cosas, respecto a Varinia.

Y se hicieron amigas muy pequeñas, muy aparentemente uniformadas por el uniforme, muy distintas.

-¿Me prestas tu libro, niña?

Y la niña dudó, porque no le gustaba que le dijeran niña y porque el libro lo había robado de sobre el excusado del baño de papá, que había muerto antes de terminarlo, y porque le daban mucho miedo los lentes y la manera de hablar y las manos de Varinia.

-Andale, deja de cerrar los ojos como si tuvieras rayos gama saliendo de la

mancha amarilla y préstamelo ya.

El libro era la crónica de un avionazo en los Andes, y estaba mal escrito pero resultaba emocionante. Sin embargo a la niña que odiaba a quienes se atrevían a ignorar su nombre, no le interesaba mayor cosa la aventura sino su padre.

Al final se lo prestó.

-Oye y me llamo...

Y dijo su nombre apenas porque Varinia ya se había largado a devorarse las páginas preciosas, no por la aventura, que a ella tampoco le interesaba, sino por algo bien distinto. Se podría decir que por espíritu científico.

6 Más sobre el hipo nuevecito de Óstival Pronovic

Con cinta adhesiva, lo mejor que pudo, fijó al marco de la ventana una bolsa de plástico transparente que había quedado manchada por las mollejas de pollo que se había comido con la sopa el día anterior, un lunes, que era el

único que comía en casa porque el restaurante donde trabajaba no abría. Después trató de librarse del incesante ataque de hipo con eructos y con ridículas dosis de agua tomadas con el cuello torcido y mediante la repetición, de atrás hacia adelante, de la tabla del nueve completa sin respirar. Nada funcionó.

Resignado, se quitó la ropa y decidió dejarse puestos los calcetines agujereados por las uñas invencibles de sus dedos gordos. En la cama, se cubrió hasta la barbilla con las cobijas y trató de dormirse. Hipando.

Casi había logrado romper el delicado cordel de la duermevela cuando simultáneamente dejó de pensar qué hacían con los muertos que no cabían en el anfiteatro, se levantó a contestar el teléfono y saltó impulsado por el ataque cada vez más vigoroso.

Más bien dispuesto a desconectar el aparato, levantó la bocina por si las dudas y como oyó al otro lado una vaga televisión encendida ordenó:

-Hable.

7 Nimba coge la llamada

-Habla tú, que eres el que ha llamado. Qué quieres, tío.

-Yo no marqué. Quién habla.

-Habla tu madre, gilipollas.

En lugar de respuestas hipo, hipo, hipo.

-También estás borracho tú, qué joder. Piensa que acabas de pegarle una buena chupada a una teta pero que resultó ser la teta de la mujer de Lot y te dejó el hocico lleno de sal.

Silencio. No habían cortado. Silencio. Nimba estaba por dejar el aparato sobre la mesita de noche, descolgado cuando oyó al otro extremo de la línea:

-Oiga, gracias.

-Vaya, tío, así que te enseñaron modales.

-Mire, señorita, estoy de mal humor por cosas que no vienen al caso ahora, le agradezco que me haya curado el hipo, y si no tiene nada más que decirme, me gustaría dormir. Tengo trabajo mañana.

-Bueno, y quién te impide cortar. Buenas noches.

–Adiós.

Nimba esperó hasta que oyó el tono y colocó con delicadeza el auricular sobre las asas.

Tuvo un sueño sexual que al despertar la sorprendió sonriente y con el coño aceitado.





Traducción i

Premio, Concurso XXVII, 1994

DOCE POEMAS DE EZRA POUND

Pablo Martinez Lozada

The Garret

Come, let us pity those who are better off than we are Come, my friend, and remember that the rich have butlers and no friends.

And we have friends and no butlers.

Come, let us pity the married and the unmarried.

Dawn enters with little feet
like a gilded Pavlova.

And I am near my desire.

Nor has life in it aught better
than this hour of clear coolness,
the hour of waking together.

La buhardilla

Ven, compadezcamos a los que están mejor que nosotros.

Ven, amiga, y recuerda

que los ricos tienen criados y no tienen amigos.

Y nosotros tenemos amigos pero no criados.

Ven, compadezcamos al casado y al soltero.

La aurora entra de puntillas como una Pavlova dorada, Y estoy cercano a mi deseo. No hay nada mejor en esta vida Que esta hora fresca y clara, la hora de despertar juntos.

Alba

As cool as the pale wet leaves of lily of-the-valley She lay beside me in the dawn.

Apparuit

Golden rose the house, in the portal I saw thee, a marvel, carven in subtle stuff, a portent. Life died down in the lamp and flickered, caught at the wonder.

Crimson, frosty with dew, the roses bend where thou afar, moving in the glamorous sun, drinkst in life of earth, of the air, the tissue golden about thee.

Green the ways, the breath of the fields is thine there, open lies the land, yet the steely going darkly hast thou dared and the dreaded aether parted before thee.

Swift at courage thou in the shell of gold, casting a-loose the cloak of the body, camest straight, then shone thine oriel and the stunned light faded about thee.

Half the carven shoulder, the throat aflash with strands of light inwoven about it, loveliest of all things, frail alabaster, ah me! swift in departing.

Clothed in goldish weft, delicately perfect, gone as wind! The cloth of the magical hands! Thou a slight thing, thou in access of cunning dar'dst to assume this?

Alba

Fresca como las hojas claras, húmedas del lirio del valle, Yacía junto a mí al amanecer.

Apparuit

Áurea surgió la casa, en el portal te vi: maravilla tallada en suave materia, un portento. La lámpara parpadeó y se extinguió, presa del prodigio.

Llenas de rocío y carmesí, las rosas se inclinan hacia ti que, lejana, móvil bajo el sol luciente, bebes de la tierra y del aire el tejido dorado que te cubre.

Los caminos, verdes; tuyo el aliento del campo; yace abierta la tierra y aun el paso férreo te atreves a dar, sombría, y el éter tan temido se esfuma ante ti.

Rauda y valerosa, cubierta de oro, soltando de tu cuerpo el manto, viniste sin dudar; y brilló tu ventana y su aturdida luz murió a tu lado.

La mitad del hombro grabado, la garganta iluminada, bordada de luces, la más bella de todas las cosas, frágil alabastro, ¡ah, a mí!, veloz en partir.

¡Vestida con trenzas doradas, delicada y perfecta, perdida como el viento! ¡El paño de las manos mágicas! Tú, algo ligero, tú, en un acceso de astucia, ¿osarías asumir todo esto?

The Garden

En robe de parade.

Samain

Like a skein of loose silk blown against a wall She walks by the railing of a path in Kensington Gardens, And she is dying piece-meal of a sort of emotional anaemia.

And round about there is a rabble Of the filthy, sturdy, unkillable infants of the very poor. They shall inherit the earth.

In her is the end of breeding. Her boredom is exquisite and excessive. She would like some one to speak to her, And is almost afraid that I will commit that indiscretion.

Gentildonna

She passed and left no quiver in the veins, who now Moving among the trees, and clinging in the air she severed, Fanning the grass she walked on then, endures: Grey olive leaves beneath a rain-cold sky.

El jardín

En robe de parade.

Samain

Como una madeja de seda soplada contra un muro
Ella camina junto al barandal de un sendero en Kensington Gardens,
Se muere poco a poco
de una especie de anemia emocional.

Y todo alrededor está la plebe De los hijos sucios, fuertes, no asesinables de los muy pobres. Ellos heredarán la tierra.

En ella está el fin de la procreación. Su tedio es exquisito y excesivo. Quisiera que alguien le hablara, Y casi teme que sea yo quien cometa la indiscreción.

Gentildonna

Ella pasó sin dejar temblor en las venas, y aun, Vagando entre los árboles, aferrándose al aire que ella hirió, Arrojando la hierba que pisó, aún perdura: Grises hojas de olivo bajo el cielo frío, lluvioso. Traducción ·

Young Lady

I have fed your lar with poppies, I have adored you for three full years; And now you grumble because your dress does not fit And because I happen to say so.

The Bath Tub

As a bathtub lined with white porcelain, When the hot water gives out or goes tepid, So is the slow cooling of our chivalrous passion, O my much praised but-not-altogether-satisfactory lady.

La joven

He nutrido tu lar de amapolas, Te he adorado por tres años enteros; Y ahora te quejas porque te aprieta el vestido Y porque se me ocurre decírtelo.

La tina de baño

Como una tina de blanca porcelana, Cuando el agua caliente se le acaba o entibia, Así se va enfriando nuestra pasión caballeresca, Oh, mi muy loada pero-no-del-todo-satisfactoria mujer. Traducción -

Coitus

The gilded phaloi of the crocuses are thrusting at the spring air. Here is there naught of dead gods But a procession of festival, A procession, O Giulio Romano, Fit for your spirit to dwell in. Dione, your nights are upon us.

The dew is upon the leaf. The night about us is restless.

In a Station of the Metro

The apparition of these faces in the crowd; Petals on a wet, black bough.



Los falos dorados de los azafranes acosan a la brisa vernal. Aquí no hay dioses muertos, Más bien un desfile festivo, Un desfile, oh Julio Romano, Digno de albergar a tu espíritu. Dione, tus noches ya nos cubren.

El rocío baña la hoja. La noche nos ciñe sin descanso.

En una estación del metro

Todos estos rostros en la multitud: Pétalos en una rama negra, mojada.





A Song of the Degrees

I

Rest me with Chinese colours, For I think the glass is evil.

II

The wind moves above the wheat— With a silver crashing, A thin war of metal.

I have known the golden disc,
I have seen it melt above me.
I have known the stone-bright place,
The hall of clear colours.

III

O glass subtly evil, O confusion of colours!
O light bound and bent in, O soul of the captive,
Why am I warned? Why am I sent away?
Why is your glitter full of curious mistrust?
O glass subtle and cunning, O powdery gold!
O filaments of amber, two-faced iridiscence!



Canto de gradación

I

He de reposar en chinescos colores, Pues creo en la maldad del cristal.

II

El viento sopla sobre el trigal: Estruendo argénteo, Tenue lidiar de metal.

He encontrado el disco de oro, Lo he visto fundir sobre mí. He encontrado, pétreo y luciente, El salón de los claros colores.

III

¡Oh cristal, sutil maldad, oh confusión de colores! Oh, luz cautiva, encombada, alma del prisionero, ¿Por qué me previenes? ¿Por qué me alejas? ¿Por qué hay en tu brillo ese singular recelo? ¡Oh cristal sutil y artero, oro polvoriento! ¡Oh filamentos de ámbar, oh jánica iridiscencia!

[Doria]

Be in me as the eternal moods
of the bleak wind, and not
As transient things are—
gaiety of flowers.
Have me in the strong loneliness
of sunless cliffs
And of grey waters.
Let the gods speak softly of us
In days hereafter,
The shadowy flowers of Orcus
Remember thee.

Liu Ch'e

The rustling of the silk is discontinued,
Dust drifts over the court-yard,
There is no sound of foot-fall, and the leaves
Scurry into heaps and lie still,
And she the rejoicer of the heart is beneath them:

A wet leaf that clings to the threshold.





Sé en mí como los eternos caprichos
del viento helado, y no
Como las cosas pasajeras,
ostentación de flores.
Tenme en esa agreste soledad
de arrecifes nocturnos
Y aguas grises.
Que los dioses hablen quedo de nosotros
Desde hoy,
Que las flores sombrías del Orco

Liu Ch'e

Te recuerden.

Cesa el susurro de la seda. Viaja el polvo de lado a lado del patio. No se oye paso alguno, y las hojas Se escabullen, se amontonan y paran. Y ella, la que alegra el corazón, bajo ellas:

Una hoja húmeda que se aferra al umbral.

Traducción

Premio, Concurso XXVIII, 1995

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA DE CHARLES BAUDELAIRE (Selección)

Traducción de Paulina López Noriega*

L'étranger

–Qui aimes-tu le mieux, homme énigmatique, dis? ton père, ta mère, ta sœur ou ton frère?

-Je n'ai ni père, ni mère, ni sœur, ni frère.

-Tes amis?

-Vous vous servez là d'une parole dont le sens m'est resté jusqu'à ce jour inconnu.

-Ta patrie?

-J'ignore sous quelle latitude elle est située.

–La beauté?

-Je l'aimerais volontiers, déesse et immortelle.

-L'or?

-Je le hais comme vous haïssez Dieu.

-Eh! qu'aimes-tu donc, extraordinaire étranger?

-J'aime les nuages... les nuages qui passent... là-bas... là-bas... les merveilleux nuages!

Le désespoir de la vieille

La petite vieille ratatinée se sentit toute réjouie en voyant ce joli enfant à qui chacun faisait fête, à qui tout le monde voulait plaire; ce joli être, si fragile comme elle, la petite vieille, et, comme elle aussi, sans dents et sans cheveux.

Et elle s'approcha de lui, voulant lui faire des risettes et des mines agréables.

Mais l'enfant épouvanté se débattait sous les

^{*}Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

El extranjero

-¿Què es lo que más amas tú, hombre enigmático, di? ¿Tu padre, tu madre, tu hermana, tu hermano?

-Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

-¿Tus amigos?

-Se sirve usted de una palabra cuyo sentido me ha quedado, hasta este día, desconocido.

-¿Tu patria?

–Ignoro sobre qué latitud está situada.

−¿La belleza?

-La amaría de buena gana, diosa e inmortal.

-¿El oro?

-Lo odio como usted odia a Dios.

-¡Eh¡ ¿Qué amas entonces, extraordinario extranjero?

–¡Amo las nubes... las nubes que pasan... lejos... lejos... las maravillosas nubes!

La desesperación de la vieja

La arrugada viejecita se sintió enteramente rejuvenecida mirando aquel hermoso niño, al que todos hacían fiestas, al que todo el mundo quería agradar; aquel hermoso ser, tan frágil como ella, la viejecita, y, como ella también, sin dientes y sin cabellos.

Y ella se le acerca, queriendo hacerle sonrisitas y gestos agradables.

Pero el niño, espantado, se debate bajo las

Traducción .

caresses de la bonne femme décrépite, et remplissait la maison de ses glapissements.

Alors la bonne vieille se retira dans sa solitude éternelle, et elle pleurait dans un coin, se disant:

-"Ah! pour nous, malheureuses vieilles femelles,
l'âge est passé de plaire, même aux innocents;
et nous faisons horreur aux petits enfants que
nous voulons aimer!"

Le fou et la Vénus

Quelle admirable journée! Le vaste parc se pâme sous l'oeil brûlant du soleil, comme la jeunesse sous la domination de l'Amour.

L'extase universelle des choses ne s'exprime par aucun bruit; les eaux elles-mêmes sont comme endormies. Bien différente des fêtes humaines, c'est ici une orgie silencieuse.

On dirait qu'une lumière toujours croissante fait de plus en plus étinceler les objets; que les fleurs excitées brûlent du désir de rivaliser avec l'azur du ciel par l'énergie de leurs couleurs, et que la chaleur, rendant visibles les parfums, les fait monter vers l'astre comme des fumées.

Cependant, dans cette jouissance universelle, j'ai aperçu un être affligé.

Aux pieds d'une colossale Vénus, un de ces fous artificiels, un de ces bouffons volontaires chargés de faire rire les rois quand le Remords ou l'Ennui les obsède, affublé d'un costume éclatant et ridicule, coiffé de cornes et de sonnettes, tout ramassé contre le piédestal, lève des yeux pleins de larmes vers l'immortelle Déesse.

Et ses yeux disent: -"Je suis le dernier et le plus solitaire des humains, privé d'amour et d'amitié, et bien inférieur en cela au plus imparfait des animaux. Cependant je suis fait, moi aussi, pour comprendre et sentir l'immortelle Beauté! Ah! Déesse! ayez pitié de ma tristesse et de mon délire!"

Mais l'implacable Vénus regarde au loin je ne sais quoi avec ses yeux de marbre.



caricias de la buena mujer decrépita, y llena la casa con sus chillidos.

Entonces, la buena vieja se retira a su soledad eterna, y llora en una esquina, diciéndose:

-"¡Ah! ¡para nosotras, desgraciadas mujeres viejas, ha pasado la época de agradar, incluso a los inocentes; y provocamos horror a los pequeñuelos que quisiéramos amar!"

El loco y la Venus

¡Qué día admirable! El vasto parque se pasma bajo el ojo ardiente del sol, como la juventud bajo el dominio del Amor.

El éxtasis universal de las cosas no se expresa mediante ruido alguno; las aguas mismas parecen dormidas. Muy distinto a las fiestas humanas, hay aquí una orgía silenciosa.

Se diría que una luz siempre creciente hace centellear, cada vez más, los objetos; que las flores, excitadas por la energía de sus colores, arden en deseos de rivalizar con el azul del cielo, y que el calor, volviendo visibles los perfumes, los hace ascender hacia el astro cual humaredas.

Sin embargo, dentro de este goce universal, percibí un ser afligido.

A los pies de una colosal Venus, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios, encargados de hacer reír a los reyes cuando el Remordimiento o la Aburrición los acosa, embozado con un traje brillante y ridículo, con un tocado de cuernos y sonajas, completamente echado sobre el pedestal, alza los ojos llenos de lágrimas hacia la inmortal diosa.

Y dicen sus ojos: -"¡Yo soy, de los humanos, el último y el más solitario, de amor privado y de amigos, y muy inferior en ello al más imperfecto de los animales. Sin embargo, yo también fui hecho para comprender y sentir a la inmortal Belleza! ¡Ah! ¡Diosa! ¡Ten piedad de mi tristeza y de mi delirio!"

Pero, implacable, Venus mira a lo lejos, no sé qué, con sus ojos de mármol.

Enivrez-vous

Il faut être toujours ivre. Tout est là: c'est l'unique question. Pour ne pas sentir l'horrible fardeau du Temps qui brise vos épaules et vous penche vers la terre, il faut vous enivrer sans trêve.

Mais de quoi? De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise. Mais enivrez-vous.

Et si quelquefois, sur les marches d'un palais, sur l'herbe verte d'un fossé, dans la solitude morne de votre chambre, vous vous réveillez, l'ivresse déjà diminuée ou disparue, demandez au vent, à la vague, à l'étoile, à l'oiseau, à l'horloge, à tout ce qui fuit, à tout ce qui gémit, à tout ce qui roule, à tout ce qui chante, à tout ce qui parle, demandez quelle heure il est; et le vent, la vague, l'étoile, l'oiseau, l'horloge, vous répondront: "Il est l'heure de s'enivrer! Pour n'être pas les esclaves martyrisés du Temps, enivrez-vous; enivrez-vous sans cesse! De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise."

Le désir de peindre

Malheureux peut-être l'homme, mais heureux l'artiste que le désir déchire!

Je brûle de peindre celle qui m'est apparue si rarement et qui a fui si vite, comme une belle chose regrettable derrière le voyageur emporté dans la nuit. Comme il y a longtemps déjà qu'elle a disparu!

Elle est belle, et plus que belle; elle est surprenante. En elle le noir abonde: et tout ce qu'elle inspire est nocturne et profond. Ses yeux sont deux antres où scintille vaguement le mystère, et son regard illumine comme l'éclair: c'est une explosion dans les ténèbres.

Je la comparerais à un soleil noir, si l'on pouvait concevoir un astre noir versant la lumière et le bonheur. Mais elle fait plus volontiers penser à la lune, qui sans doute l'a marquée de sa redoutable influence; non pas la lune blanche des idylles, qui ressemble à une

Embriagaos

Se debe estar ebrio siempre. Ahí se encuentra todo: es la única cuestión. Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que quiebra vuestras espaldas y os inclina hacia la tierra, debéis embriagaros sin tregua.

¿Pero de qué? De vino, de poesía o de virtud, como gustéis. Mas embriagaos.

Y si alguna vez, sobre los escalones de un palacio, sobre la verde hierba de un foso, en la soledad sombría de vuestro cuarto, os despertáis, la embriaguez ya aminorada o desaparecida, preguntad al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj; a todo lo que huya, a todo lo que gima, a todo lo que ruede, a todo lo que cante, a todo lo que hable, preguntad qué hora es. Y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, os responderán: "¿Es hora de embriagarse! ¡Para no ser los martirizados esclavos del Tiempo, embriagaos, embriagaos sin cesar! De vino, de poesía o de virtud, como gustéis".

El deseo de pintar

¡Desgraciado, tal vez el hombre; mas bienaventurado el artista al que el deseo desgarra!

Yo ardo por pintar aquello que se me apareció tan raramente y que tan rápido huyó, como una bella cosa que, lamentablemente, ya está detrás del viajero que es llevado en la noche. ¡Cuánto tiempo hace ya que ha desaparecido!

Ella es bella, y más que bella: es sorprendente. En ella el negro abunda: y todo lo que ella inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos antros donde relumbra vagamente el misterio, y su mirada ilumina como el relámpago: es una explosión en las tinieblas.

Yo la compararía con un sol negro, si se pudiera concebir un astro negro derramando luz y felicidad. Pero ella, de buena gana, hace pensar más en la luna, que sin duda la marcó con su formidable influencia; no la blanca luna



Traducción

froide mariée, mais la lune sinistre et enivrante, suspendue au fond d'une nuit orageuse et bousculée par les nuées qui courent; non pas la lune paisible et discrète visitant le sommeil des hommes purs, mais la lune arrachée du ciel, vaincue et révoltée, que les Sorcières thessaliennes contraignent durement à danser sur l'herbe terrifiée!

Dans son petit front habitent la volonté tenace et l'amour de la proie. Cependant, au bas de ce visage inquiétant, où des narines mobiles aspirent l'inconnu et l'impossible, éclate, avec une grâce inexprimable, le rire d'une grande bouche, rouge et blanche, et délicieuse, qui fait rêver au miracle d'une superbe fleur éclose dans un terrain volcanique.

Il y a des femmes qui inspirent l'envie de les vaincre et de jouir d'elles; mais celle-ci donne le désir de mourir lentement sous son regard.

Les bienfaits de la lune

La Lune, qui est le caprice même, regarda par la fenêtre pendant que tu dormais dans ton berceau, et se dit: "Cette enfant me plait".

Et elle descendit moelleusement son escalier de nuages et passa sans bruit à travers les vitres. Puis elle s'étendit sur toi avec la tendresse souple d'une mère, et elle déposa ses couleurs sur ta face. Tes prunelles en sont restées vertes, et tes joues extraordinairement pâles. C'est en contemplant cette visiteuse que tes yeux se sont si bizarrement agrandis; et elle t'a si tendrement serrée à la gorge que tu en as gardé pour toujours l'envie de pleurer.

Cependant, dans l'expansion de sa joie, la Lune remplissait toute la chambre comme une atmosphère phosphorique, comme un poison lumineux; et toute cette lumière vivante pensait et disait: "Tu subiras éternellement l'influence de mon baiser. Tu seras belle à ma manière. Tu aimeras ce que j'aime et ce qui m'aime: l'eau, les nuages, le silence et la nuit; la mer immense de los idilios, que parece una casada fría, sino la luna siniestra y embriagadora, suspendida al fondo de una noche borrascosa, y trastornada por los nubarrones que corren; no la luna apacible y discreta, que visita el sueño de los hombres puros, sino la luna arrancada del cielo, vencida y revuelta, a la cual las Hechiceras tesalias obligan cruelmente a danzar sobre la hierba, aterrorizada.

En su pequeña frente habitan la voluntad tenaz y el amor por la presa. Sin embargo, bajo este rostro inquietante, donde las narices móviles aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla, con una gracia inefable, la risa de una gran boca, roja y blanca, y deliciosa, que hace soñar en el milagro de una increíble flor nacida en un terreno volcánico.

Hay mujeres que inspiran ansia por vencerlas y gozar de ellas; pero ésta provoca el deseo de morir lentamente bajo su mirada.

Los beneficios de la luna

La Luna, que es el capricho mismo, miró por la ventana mientras dormías en tu cuna, y se dijo: "esta niña me gusta".

Y descendió dulcemente su escalera de nubes y pasó sin ruido a través de los vidrios. Luego se extendió sobre ti con la ternura suave de una madre, y depositó sus colores sobre tu cara. Tus pupilas quedaron verdes, y tus mejillas extraordinariamente pálidas. Es por contemplar a esta visitante que tus ojos se agrandaron tan extrañamente, y tan tiernamente te apretó la garganta que has guardado por siempre el deseo de llorrar.

Entretanto, en la expansión de su gozo, la Luna llenaba todo el cuarto como una atmósfera fosfórica, como un veneno luminoso; y toda esa luz viva pensaba y decía: "Tú sufrirás eternamente la influencia de mi beso. Tú serás bella a mi manera. Tú amarás aquello que amo y aquello que me ama: el agua, las nubes, el

et verte; l'eau informe et multiforme; le lieu où tu ne seras pas; l'amant que tu ne connaîtras pas; les fleurs monstrueuses; les parfums qui font délirer; les chats qui se pâment sur les pianos, et qui gémissent comme les femmes, d'une voix rauque et douce!

"Et tu seras aimée de mes amants, courtisée par mes courtisans. Tu seras la reine des hommes aux yeux verts dont j'ai serré aussi la gorge dans mes caresses nocturnes; de ceux-là qui aiment la mer, la mer immense, tumultueuse et verte, l'eau informe et multiforme, le lieu où ils ne sont pas, la femme qu'ils ne connaissent pas, les fleurs sinistres qui ressemblent aux encensoirs d'une religion inconnue, les parfums qui troublent la volonté, et les animaux sauvages et voluptueux qui sont les emblèmes de leur folie."

Et c'est pour cela; maudite chère enfant gâtée, que je suis maintenant couché à tes pieds, cherchant dans toute ta personne le reflet de la redoutable Divinité, de la fatidique marraine, de la nourrice empoisonneuse de tous les lunatiques.

Le galant tireur

Comme la voiture traversait le bois, il la fit arrêter dans le voisinage d'un tir, disant qu'il lui serait agréable de tirer quelques balles pour *tuer* le Temps. Tuer ce monstre-là, n'est-ce pas l'occupation la plus ordinaire et la plus légitime de chacun?

-Et il offrit galamment la main à sa chère, délicieuse et exécrable femme, à cette mystérieuse femme à laquelle il doit tant de plaisirs, tant de douleurs, et peut-être aussi une grande partie de son génie.

Plusieurs balles frappèrent loin du but proposé; l'une d'elles s'enfonça même dans le plafond; et comme la charmante créature riait follement, se moquant de la maladresse de son époux, celui-ci se tourna brusquement vers elle, et lui dit: "Observez cette poupée, là-bas, à silencio y la noche; el mar inmenso y verde; el agua informe y multiforme; el lugar donde no estarás nunca; el amante que no conocerás; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; los gatos que se pasman sobre los pianos, y que gimen como mujeres, con una voz ronca y dulce.

"Y tú serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Tú serás la reina de los hombres de ojos verdes a quienes he apretado también la garganta, durante mis caricias nocturnas; de aquellos que aman el mar, el mar inmenso, tumultuoso y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde no estarán nunca, la mujer que no conocerán, las flores siniestras que parecen incensarios de una religión desconocida, los perfumes que turban la voluntad, y los animales salvajes y voluptuosos que son los emblemas de su locura".

Y es por eso, querida niña, maldita mimada, que estoy ahora acostado a tus pies, buscando en tu persona toda el reflejo de la formidable Divinidad, de la fatídica madrina, de la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.

El tirador galante

Como el carruaje atravesaba el bosque, él lo hizo detenerse en las proximidades de un campo de tiro, diciendo que le resultaría agradable disparar algunas balas para *matar* el Tiempo. Matar a este monstruo, ¿no es para todos la ocupación más ordinaria y la más legítima?

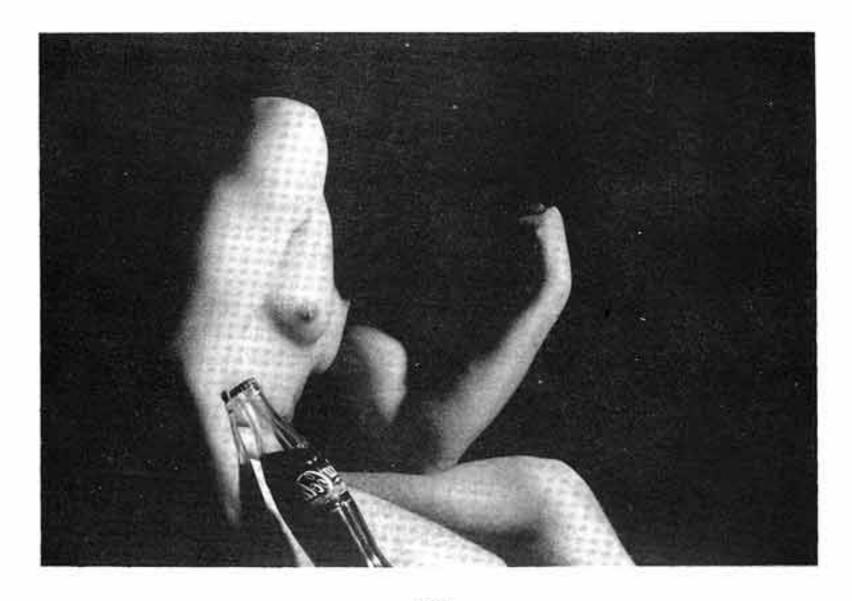
-Y ofreció galantemente la mano a su querida, deliciosa y execrable mujer, a esta misteriosa mujer, a la que debe tantos placeres, tantos dolores, y quizá también, gran parte de su genio.

Muchas balas dieron lejos del blanco propuesto; una de ellas se hundió en el techo mismo; y como la encantadora creatura reía locamente, burlándose de la torpeza de su marido, éste se vuelve bruscamente hacia ella, y le dice: "Observe esa muñeca, allá, a la dere-

Traducción -

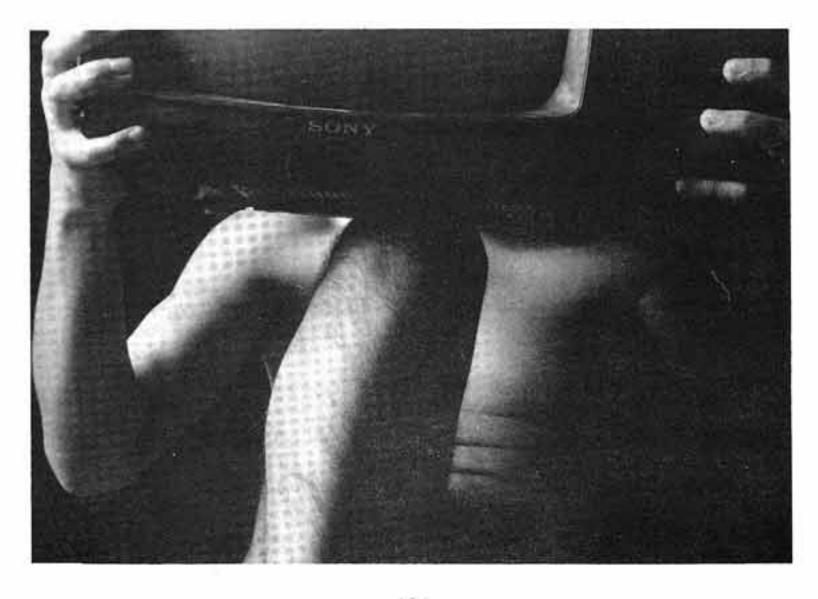
droite, qui porte le nez en l'air et qui a la mine si hautaine. Eh bien! cher ange, *je me figure* que c'est vous". Et il ferma les yeux et il lâcha la détente. La poupée fut nettement décapitée.

Alors s'inclinant ver sa chère, sa délicieuse, son exécrable femme, son inévitable et impitoyable Muse, et lui baisant respectueusement la main, il ajouta: "Ah! mon cher ange, combien je vous remercie de mon adresse!"



cha, que tiene la nariz respingada y tan odioso el gesto. ¡Y bien, ángel querido, *me figuro que es usted*!" Cierra los ojos y suelta el gatillo. La muñeca fue limpiamente decapitada.

Entonces, inclinándose hacia su querida, su deliciosa, su execrable mujer, su inevitable y despiadada Musa, y besándole respetuosamente la mano, añadió: "¡Ah, mi ángel querido, cuánto le agradezco mi destreza!"



Traducción

Premio, Concurso XXVIII, 1995

POEMAS DE CHARLES BUKOWSKI (Selección)

Traducción de Miguel Ángel Calderón

ill

being very ill and very weak is a very strange thing. when it takes all your strength to get from the bedroom to the bathroom and back, it seems like a joke but you don't laugh.

back in bed you consider death again and find the same thing: the closer you get to it the less forbidding it becomes.

you have much time to examine the walls and outside birds on a telephone wire take on much importance. and there's the tv: men playing baseball day after day.

no appetite. food tastes like cardboard, it makes you ill, more than ill.

the good wife keeps insisting that you eat.
"the doctor said..."

poor dear.

and the cats.
the cats jump up on the bed and look at me.



enfermizo

ser tan enfermizo y tan débil es una cosa muy extraña. cuando requiere de todo tu esfuerzo el llegar de la recámara al baño y volver, ello parece una broma pero tú no ríes.

de vuelta en cama consideras la muerte otra vez y llegas a la misma cosa: lo más que te aproximas a ella lo menos repugnante ésta se vuelve.

tú tienes mucho tiempo para examinar las paredes y afuera las aves sobre el cable del teléfono cobran tanta importancia. y también está la tv: hombres jugando beisbol día tras día.

sin apetito. la comida sabe a cartón, haciéndote enfermizo, más que enfermizo.

tu buena esposa se mantiene insistiéndote para que comas.

"el doctor dijo..."

pobre querida.

y los gatos. los gatos saltan a la cama y me miran.

Traducción -

they stare, then jump off.

what a world, you think: eat, work, fuck, die.

luckily I have a contagious disease: no visitors.

the scale reads 155, down from 217.

I look like a man in a death camp.

I am.

still, I'm lucky: I feast on solitude, I will never miss the crowd.

I could read the great books but the great books don't interest me.

I sit in bed and wait for the whole thing to go one way or the other.

just like everybody else.

se erizan, y entonces saltan fuera.

qué mundo, piensas: comer, trabajar, fornicar, morir.

por suerte tengo una enfermedad contagiosa: no visitas.

la escala lee 155, abajo de 217.

me parezco a un hombre en un campamento muerto.
yo
soy.

no obstante, soy afortunado: yo festejo en soledad, yo nunca extrañaré a la muchedumbre.

pude leer los grandes libros pero los grandes libros no me interesan.

me siento en la cama y espero por todo esto para ir en un sentido o en el contrario.

exactamente como cualquier otro.

Traducción

the creative act

for the broken egg on the floor for the 5th of July for the fish in the tank for the old man in room 9 for the cat on the fence

for yourself

not for fame not for money

you've got to keep chopping

as you get older the glamour recedes

it's easier when you're young

anybody can rise to the heights now and then

the buzzword is consistency

anything that keeps it going

this life dancing in front of Mrs. Death.

el acto creativo

por el huevo roto en el piso por el 5 de julio por el pez en el depósito por el anciano en el cuarto 9 por el gato en la cerca

por ti mismo

no por fama no por dinero

has tenido que mantenerte cambiando

conforme envejeces el glamour retrocede

es más fácil cuando eres joven

nadie puede ascender a las alturas ahora y entonces

la palabra zumbante es consistencia

cualquier cosa que mantenga esto en marcha

esta vida bailando frente a la Sra. Muerte.

Traducción

Celine with cane and basket

I have lost touch with the walls
I have seen too many heads, hands, feet,
heard too many voices,
I am weary with the continuation,
the music is old music,
there is no stirring in the air.

on my wall is a photo of
Celine,
he has a cane,
carries a basket,
wears a coat too heavy,
a long strand of hair falls across his face,
he has been stunned by life,
the dogs have had at him,
it got to be too much
much too much.

he walks through a small forest, this doctor, this typer of words, all he wants to do is die, that's all he wants, and his photo is on the wall and he is dead.

this year
1988
all these months
have had
a terribleness to them
that I have never felt
before.

I light a cigarette and wait.

Celine con bastón y canasto

esta noche no soy nada
he perdido contacto con las paredes
he visto demasiados rostros, manos, pies
escuchado demasiadas voces,
estoy harto de la continuidad
la música es música antigua
no hay excitación en el aire.

en mi pared está la foto de Celine, tiene un bastón, carga un canasto, viste un abrigo tan pesado, un largo nudo de pelo cruza por su cara, él ha sido pasmado por la vida, los perros han tenido en él a alguien, y eso ha sido mucho demasiado y mucho más.

él camina a través de un pequeño bosque, este doctor, esta máquina de palabras, todo lo que quiere es morir, es todo lo que él desea y su foto está en la pared y él está muerto.

este año 1988 todos estos meses he tenido un espantosamente por ellos como nunca antes había sentido.

enciendo un cigarrillo y espero.

Traducción -

no more, no less

editor, critic, bigot, wit: what do you expect of me now that my youth has flown and even my middleage is gone?

I expect what I've always expected: the hard-driven line and a bit of help from the gods.

as the walls get closer there should be more to say instead of less.

each day is still a hammer, a flower.

editor, critic, bigot, wit: the grave has no mirror

and I am still this machine this paper and all the etceteras.



ni más, ni menos

editor, crítico, fanático, hablador: ¿qué es lo que esperas de mí ahora que mi juventud voló y asimismo mi edad madura se ha ido?

yo espero lo que siempre he esperado: la dura línea de conducir y una poca de ayuda de los dioses.

conforme las paredes se acercan debe haber más que decir en vez de menos.

cada día es todavía un martillo, una flor.

editor, crítico, fanático, hablador: la tumba no tiene espejo

y yo sigo siendo esta máquina este papel y todos los etcéteras.

Traducción

air and light and time and space

"-you know, I've either had a family, a job, something has always been in the way but now I've sold my house, I've found this place, a large studio, you should see the *space* and the *light*. for the first time in my life I'm going to have a place and the time to *create*."

no baby, if you're going to create you're going to create whether you work 16 hours a day in a coal mine you're going to create in a small room with 3 children while you're on welfare, you're going to create with part of your mind and your body blown away, you're going to create blind crippled demented, you're going to create with a cat crawling up your back while the whole city trembles in earthquake, bombardment, flood and fire.

baby, air and light and time and space have nothing to do with it and don't create anything except maybe a longer life to find new excuses for.

aire luz tiempo y espacio

"-tú sabes, yo he tenido una familia, un trabajo, algo ha estado siempre en el camino pero ahora he vendido mi casa, y he encontrado este lugar, un amplio estudio, tienes que ver el espacio y la luz. por vez primera en mi vida voy a tener el lugar y el tiempo para crear."

no chico, si vas a crear tendrás que hacerlo como sea que trabajes 16 horas al día en una helada mina vas a crear en un pequeño cuarto con 3 niños mientras estés con bien, vas a crear con parte de tu mente y tu cuerpo rendidos además, vas de crear ciego lisiado enloquecido, y vas de crear con un gato escalando por tu espalda mientras la ciudad se estremece en terremotos, bombardeos, inundaciones y fuego.

chico, aire luz tiempo y espacio nada tienen que ver con ello y no crean ninguna cosa excepto quizás una larga vida para encontrar nuevas excusas para.

Traducción .

the writer

when I think of the things I endured trying to be a writer –all those rooms in all those cities, nibbling on tiny bits of food that wouldn't keep a rat alive.

I was so thin I could slice bread with my shoulderblades, only I seldom had bread... meanwhile, writing things down again and again on pieces of paper.

and when I moved from one place to another my cardboard suitcase was just that: paper outside stuffed with paper inside.

each new landlady would ask, "what do you do?"

"I'm a writer."

"oh..."

as I settled into tiny rooms to evoke my craft many of them pitied me, gave me little tidbits like apples, walnuts, peaches... little did they know that that was about all that I ate.

but their pity ended when they found cheap wine bottles in my place.

it's all right to be a starving writer

el escritor

cuando pienso en las cosas yo padezco tratando de ser un escritor -todos esos cuartos en todas esas ciudades, roídos en metálicas migajas de comida que no mantendrían una rata con vida.

yo era tan delgado que podía rebanar pan con las navajas de mis hombros, aunque sólo rara vez tenía pan...
mientras tanto, escribía una y otra vez en pedazos de papel.

y cuando me mudaba de un lugar a otro mi saco de cartón era justamente eso: papel afuera forrado con papel por dentro.

cada nueva dama en turno preguntaría, "¿a qué te dedicas?"

"soy escritor"

"oh"

mientras me mantuviera en cuartos de lata para evocar mi oficio muchas de ellas se compadecían, dándome pequeños bocadillos como manzanas, nueces duraznos... pequeños pues sabían que entonces era a pesar de todo que yo comía.

pero su compasión terminaba cuando encontraban botellas de vino barato en mi lugar.

está bien ser un escritor hambriento

Traducción

but not a starving writer who drinks. drunks are never forgiven anything.

but when the world is closing in very fast a bottle of wine seems a very reasonable friend.

ah. all those landladies, most of them heavy, slow, their husbands long dead, I can still see those dears climbing up and down the stairways of their world.

they ruled my very existence: without them allowing me an extra week on the rent now and then, I was out on the street

and I couldn't WRITE on the street. it was very important to have a room, a door, those walls.

oh, those dark mornings
in those beds
listening to their footsteps
listening to them cough
hearing the flushing of their
toilets, smelling the cooking of
their food
while waiting
for some word
on my submissions to New York City
and the world,
my submissions to those educated,
intelligent, snobbish, inbred,

pero no
un escritor hambriento que
bebe.
a los borrachos nunca se les perdona
nada.

pero cuando el mundo está cerrando con tanta rapidez una botella de vino parece un muy razonable amigo.

ah. todas esas damas en turnomuchas de ellas pesadas, lentas, con sus maridos muertos tiempo atrás, todavía puedo ver esas señoras mías escalando arriba y abajo la escalera de su mundo.

ellas gobernaban en verdad mi existencia: sin ellas permitiéndome una semana extra de renta ahora y después, yo estaba en la calle

y yo no podía ESCRIBIR en la calle. era tan importante tener un cuarto, una puerta, esas paredes.

oh, aquellas oscuras mañanas
en esas camas
escuchando sus pasos
escuchándolas toser
oyendo el derramar de sus
retretes, oliendo el cocinar
de su comida
mientras esperaba
por alguna palabra
en mi sometimiento a la ciudad de Nueva York
y el mundo,
mis sometimientos por aquella educada,
inteligente, snob, congénita,

Traducción

formal, comfortable people out there

they truly took their time to say, no.

yes, in those dark beds
with the landladies rustling about
puttering and snooping, sharpening
utensils,
I often thought of those editors and
publishers out there
who didn't recognize
what I was trying to say
in my special
way

and I thought, they must be wrong.

then this would be followed with a thought much worse than that:

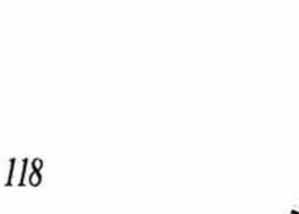
I could be a fool:

almost every writer thinks they are doing exceptional work.

that's normal.

being a fool is normal.

and then I'd get out of bed find a piece of paper and start writing again.



formal, cómoda gente allá fuera

ellos en verdad toman su tiempo para decir, no.

sí, en aquellas oscuras camas
con las damas en turno murmurando acerca
de privilegios y entrometidas, afilando
utensilios,
yo solía pensar en esos editores
y publicaciones fuera
que no reconocían
lo que estaba tratando de decir
a mi particular
manera

y pensaba: ellos tienen que estar equivocados.

luego de éste habría de seguir con otro pensamiento mucho peor como era:

pude haber sido un tonto:

casi todos los escritores piensan que están haciendo un trabajo excepcional.

eso es normal.

ser un tonto es normal.

y entonces yo salía de la cama encontraba un pedazo de papel y comenzaba a escribir de nuevo.

Traducción

hell is a closed door

even when starving
the rejection slips hardly ever bothered me:
I only believed that the editors were
truly stupid
and I just went on and wrote more and
more.
I even considered rejects as
action; the worst was the empty
mailbox.

if I had a weakness or a dream it was that I only wanted to see one of these editors who rejected me, to see his or her face, the way they dressed, the way they walked across a room, the sound of their voice, the look in their eye... just one look at one of them—

you see, when all you look at is a piece of printed paper telling you that you aren't very good, then there is a tendency to think that the editors are more god-like than they are.

hell is a closed door when you're starving for your goddamned art but sometimes you feel at least like having a peek through the keyhole.

young or old, good or bad, I don't think anything dies as slow and as hard as a writer.



el infierno es una puerta cerrada

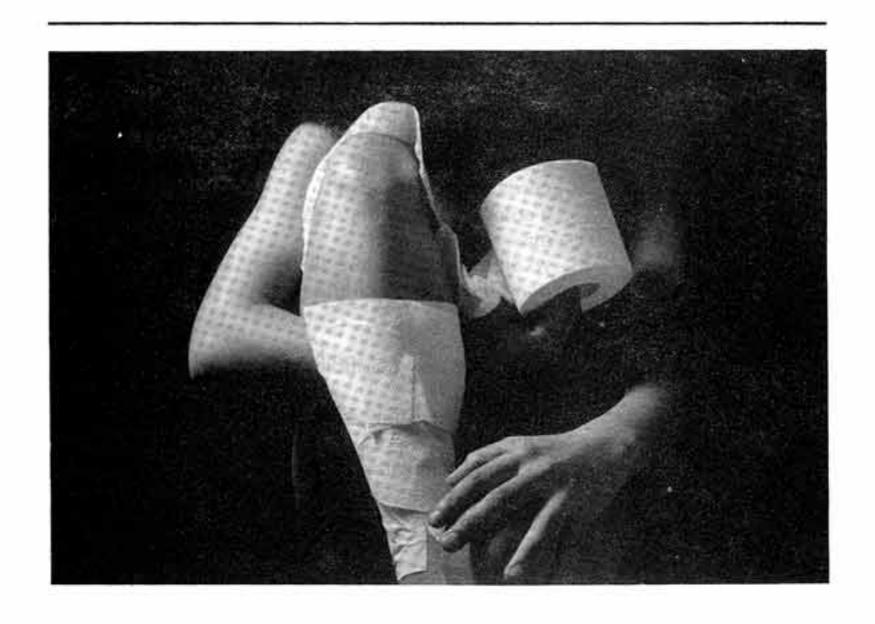
aunque estuviera hambriento
las notas de rechazo difícilmente me molestaban:
yo sólo pensaba que los editores eran
verdaderos estúpidos
y sólo iba y escribía más y
más.
yo siempre consideré los rechazos como
acción; lo peor era la caja vacía del
buzón.

si yo tuve una debilidad o un sueño éste era que sólo deseaba ver a uno de esos editores que me rechazaba, ver el rostro de él o ella, la forma en que vestían, su modo de caminar a través de un cuarto, el sonido de sus voces, la mirada de sus ojos... sólo un vistazo a uno de ellos—

ya ves, cuando todo lo que encuentras es un pedazo de papel impreso diciéndote que no eres muy bueno, hay una tendencia a pensar que los editores son más como-dioses de lo que son.

el infierno es una puerta cerrada cuando estás hambriento por tu endemoniado arte aunque a veces sientas que estás echando un vistazo a través del hueco en la cerradura.

joven o viejo, bueno o malo yo no creo que otra cosa muera tan lenta y penosamente como un escritor.





Ensayo

Premio, Concurso XXVII, 1994

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LA PALINDROMÍA

Pablo Martínez Lozada*

A mi indispensable disléxica (Elu par cette crapule...)

"He read the verses backwards but then they were not poetry."

James Joyce, A portrait of the artist as a young man

a obsesión por las palabras e, inevitablemente, por sus juegos (pues algo tan maravilloso como el lenguaje no podría privarse de aquello que ostentan con tanto alboroto otras cosas maravillosas como las matemáticas y el sexo) es tan vieja como la lengua, pero desgraciadamente desde que existe tiene un aura terrible. En la antigüedad, la magia se hacía con palabras, y quien las dominara dominaba al mundo material y a todos los hombres. Ahora, en estos nuestros tiempos cientifistas, cuando los brujos llevan batas y lentes bifocales, los juegos de palabras son considerados por muchos, suerte de venganza de los no iniciados, síntoma de demencia; los neuro-tingüistas han despojado a la lengua de su cariz mágico, de su carácter de privilegio de unos cuantos elegidos, y la han vuelto algo de lo que nos hemos de cuidar por el bien de nuestra "salud mental": no pocos pierden, por "irregularidades" en el uso del lenguaje, escrito, sobre todo, eso que para los siquiatras es la normalidad, y con ella, en algunos casos extremos, la dignidad, la libertad, el derecho al voto.

Pocos no son, por lo tanto, los que tratan de disuadir (salvar, dicen) a los jugadores

^{*} Facultad de Filosofia y Letras, UNAM.

de sus alquimias con teorías diversas como extravagantes. En el prólogo a Palindromia, Miguel González Avelar cuenta: "Alguna vez un médico me dijo que la afición al palindroma tenía un aire de esquizofrenia; asimilable, por su origen, a la manía de brincar la marca de luz y sombra que dejan los faros de un automóvil en movimiento, o al terror de pisar las líneas de un embaldosado". De esta afición esquizofrénica voy a hablar: de la palindromía, uno de los síntomas más alarmantes de aquel tipo de psicosis.

El más excéntrico de todos los diccionarios (¿qué puede ser más excéntrico que una colección de palabras sin más utilidad que el solaz perverso de algunos insomnes?), el de la Real-y-poco-menos-que-Pontificia-Academia, define palíndromo, que no palindroma, como "palabra o frase que se lee igual de izquierda a derecha, que de derecha a izquierda". Todos conocemos estos tres: anilina, dábale arroz a la zorra el abad y Anita lava la tina (que tiene muchas variantes: Anita ve una nueva tina, ¡Atínale a él, Anita!, Ana lava lana, Anita lega la gelatina y otras que seguramente el lector conoce o ha inventado). Son como tantos vicios: una vez que se les descubre, es difícil abandonarlos.

Mi experiencia palindrómica comenzó cuando yo tenía siete u ocho años. Entonces mis padres nos regalaron a mi hermano y a mí un librito ilustrado (ahora extraviado) cuyo autor ya olvidé, pero que yo leía una y otra vez sin cansarme nunca. Se llamaba El palín de los dromos. Todavía recuerdo algunos de sus textos: ¿Somos o no somos? Se van sus naves, Allí ves a Sevilla, ¡Le di, Fidel!, Acata y ataca. Y mis dos favoritos: Oirás orar a Rosario y Allí trota la tortilla. Por ese entonces escribí esta línea, para la cual no he hallado todavía una puntuación convincente, aunque creo que no importa tanto: Y el león oyó Noel Ley.

Cierto tiempo después, el suficiente para adquirir cierta conciencia de subjuntivo, hice uno muy tímido: Sane Paz apenas. Enseguida los abandoné hasta hace unos meses, largos –si no tantos– años después de la primera aventura.

Entonces me senté a analizar con más calma el carácter de los palindromas. Para empezar, fui descubriendo a los principales autores (menos uno: todavía no he encontrado al legendario Darío Lancini); la mayoría de los palindromas que recojo en este texto son suyos: Guillermo Cabrera Infante, jugador empedernido, admirador confeso e irredento de Carroll y Joyce; Miguel González Avelar, famoso por su drama palindromo (debería ser palindrama) La muerte de Adelita, que estrenara el también palindrómico CADAC de Héctor Azar; Willy de Winter, cacofónico campeón de ajedrez y autor de una extensísima e impresionante colección **Picardía palindrómica**; Carlos Illescas y Juan José Arreola, dos de los más grandes ociosos de nuestras letras, que alguna vez formaran un grupo de palindromistas cuyas actividades relata Augusto Monterroso en Movimiento perpetuo. Todos ellos han estado obsesionados, en algún momento de sus vidas, por el arte estéril de las frases reversibles.

Para empezar, hay que decir que el español es un lenguaje ideal para la palindromía, por su alternancia de vocales y consonantes, su diptongación especial y el sonido claro de sus letras, que permiten con bastante facilidad la inversión de palabras; existen en otros idiomas, pero son más difíciles. En el inglés son casi imposibles: hasta el incansable Jimy Joyce desistió después de poner Madam, I'm Adam y Able was I ere I saw Elba en boca del pesado de Lenehan (nada más dos frases perdidas en una maraña de 900 páginas) y se dedicó a enseñar juegos menos pudibundos a sus

insustituibles palabras.

Ahora, y esto es una pena y uno de los más imponentes obstáculos opuestos al plan de configuración de una semiótica del juego, no es fácil hablar de los palindromas en términos estructurales –para casi citar a los clásicos–. Miguel González Avelar los llama "frases circulares", pero esto no es del todo exacto (a menos que el círculo sea vicioso). Más bien en un movimiento inútil, un superfluo doblez sobre uno mismo. Arreola lo dice todo en *Palindroma*: cinta de Moebius, botella de Klein, "cisne que se hunde el cuello en el pecho y se atraviesa para abrir el pico por la cola": llave del infinito, de la otra dimensión: estructura en donde el derecho y el revés, el interior y el exterior son uno solo: figura fascinante como peligrosa. El palindromista empieza generalmente a trabajar desde el centro: como si trazara una espiral a partir de su vórtice.

El carácter esencial de los palindromas resulta casi tan desconcertante como el existencial. Los poetas que sienten la necesidad de justificar su actividad hablan de la función liberadora de la poesía: en realidad, como ocurre con todas las artes, su indispensabilidad radica en su inutilidad material. De los palindromas, sin embargo, no se puede alegar si quiera su papel en el sosiego del espíritu: su búsqueda es una actividad frenética, que causa ansiedad, angustia, sudor frío y, en los peores de los casos, arranques violentos de histeria. Uno pasa horas enteras con un papel en la mano, buscando palabras, nombres, justificaciones sintácticas, buscando, odiando y perdonando hasta que encuentra por fin la joya efimera: basta comprobar que la frase que se escribió es o no un palindroma para que pierda todo su encanto.

La factura es muy sencilla: según Monterroso, "lo más que se requiere es un poco de silencio y mirar de cuando en cuando al techo con un papel y un lápiz en la mano"; además de mucho tiempo libre y la certeza de que uno no pierde nada bueno mientras se abandona a la búsqueda de enunciados. El resto está en la práctica: cuando se es capaz de leer las frases al revés sin escribirlas y se han memorizado los esenciales caballitos de batalla, se marcha a paso seguro por el camino feliz de la lexicofrenia.

¿Los caballitos de batalla? Parejas de palabras como amor/Roma, asir/risa o palabras como ala (que puede servir también de a la), que salvan del fracaso a tantas frases. Después de echar un ojo corredor a las colecciones de los grandes autores, notamos la primera coincidencia: Adán y Eva. Sus nombres invertidos son maravillosos: nada y ave. Algunos ejemplos de su buen uso:

Somos laicos, Adán; nada social somos (Illescas).

Adán: ¿somos o no somos nada? (González Avelar).

Adán, sé ave, Eva es nada (Arreola).

Nada, yo soy Adán (Cabrera Infante).

También hay que notar la abundancia de nombres mitológicos en el cuerpo de los palindromas. Tal vez se deba a la fascinación que el mundo clásico ejerce sobre este tipo de gente (porque sólo la mitología grecorromana está presente. ¿Se acabará alguna vez esta hegemonía? Yo propongo, por lo pronto, Si pares a Serapis... y reto a cualquiera que se anime a que palindromice Ragnarok); tal vez porque a veces invertimos una palabra y luego corremos al diccionario del padre Garibay a ver si las letras que obtuvimos forman el nombre de una ninfa o de un combatiente aqueo. Illescas tiene tres muy logrados:

Adela, Dionisio: no tal Platón, o si no id a Leda;

Si no da amor alas, sal a Roma Adonis;

y el mejor: ¿No me ve, o es ido Odiseo, Evemón?

Cabrera Infante propone el grito del minotauro: ¡O, Daedalos, so ladeado! González Avelar prefiere enfadar a Dafne. Winter confiesa: Así me trae Artemisa y escribe una pregunta y respuesta formidables: ¿El ave mayor te dan, Elena de Troya? Me vale. Pero el palindroma telegráfico de Arreola se lleva la palma: Se van Sal acá tía Naves Argelao es ido Odiseo alégrase Van a Ítaca las naves.

Es obvio, entonces, que el usar nombres propios (casi siempre de los ídolos del autor) en los palindromas los viste inmediatamente de un prestigio mucho mayor que el que merecen. A veces las combinaciones de nombres pueden ser afortunadas. Winter tiene uno de pintores: A Tamayo Goya mata. También podemos hacer una serie musical. Empezamos con un acto de amor incondicional de Guillermo Sheridan: Trazo mi Mozart. De González Avelar, una obsesión digna de Eduardo Lizalde: Oír Aida diario. Y otro verdiano que, indigno, añado: A Rigoleto Otelo gira.

Otro melómano escribe cuatro muy citados: "Los fáciles, salta Lenin el atlas; amigo, no gima; los más difíciles y hermosos, átale, demoniaco Caín, o me delata; Anás usó tu auto, Susana." Aparecen en el diario de Alina Reyes en "Lejana", de Bestiario, por supuesto su autor es Julio Cortázar. Vayan estas palabras como homenaje al maestro: Adara: te dio Cortázar raza trocoide, tarada.

Sin embargo es extraño, hay que decirlo ahora, que casi no haya palindromas con los nombres de los vivos, palindromas verdaderos, no falsos, como veremos más adelante; será, tal vez, que se teme que un palindroma sea suficiente para acabar por completo con ciertas reputaciones; otra razón para evitar relacionarse con quien los escriba. Sólo encontré el que hizo Jorge Brasch, a propósito de un subsecretario de cultura, Roger Díaz de Cosío: Raro la regó Roger al orar, y el homenaje a la Dietrich de José de la Colina: La Marlene ama en el ramal (bueno, excepción en favor de una tira cómica: A Mafalda dad la fama, exige Otto Raúl González). A estos quiero añadir tres tributos: ¡Mira, Karim! A Cino revisa así Verónica. A los aires iba Dabi: seria, sola.

Y, ya que hablamos todavía del apogeo del arte palindrómico, no podemos olvidar los palindromas procaces, los que ofenderán a las buenas conciencias en los indispensables cocktail parties; el consejo: Y tápate tu teta Paty, de Winter; la declaración típicamente escasa y escatológica de Tito Monterroso: Acá caca; la amenaza o invitación, quién sabe, atribuida a Muni Lubezki: Sara mamarás; y el maravilloso y utilísimo imperativo, también recogido por Winter: ¡No mame, mamón!

Ahora, no porque las palabras sean tan maravillosas hemos de pensar que no puedan existir palindromas en otras artes; los hay, pero claro, (el escritor siempre incomprendido, oh tragedia), sus autores no merecen el dedo acusador de los guardianes de la moral y la salud mental como los otros. Un gran ejemplo es la obra de M. C. Escher. No en vano el grabador trabaja con estructuras imposibles y con cintas de Moebius: también él busca el infinito en movimientos perpetuos, con manos que dibujan y se dibujan, a caballos sobre hormigas que transitan incansables el dentro y el fuera de la reja sin fin. Era obvio, por otra parte, que la obsesión por la forma propiciada por la revolución serialista del apóstata Arnold Schönberg produciría palindromas musicales. Yo conozco dos, ambos de sus discípulos brillantes: la

Sinfonía, a secas, de Anton Webern, un cuadro palindrómico de una sencillez arrebatadora; y uno de los maravillosos interludios de la ópera Lulu de Alban Berg

(por cierto: Atice, lámale grebas a Berg el amalecita).

Por desgracia, uno observa, casi en cuanto se asoma a la grandeza de los palindromas, los problemas que conducen a su decadencia. Primero: la gran cantidad de frases frustradas llevan al palindromista a tolerar imperfecciones. Se empieza por aceptar palindromas fonéticos: sirven para el oído, pero en el papel ofenden, sobre todo si a uno, para colmo, le obsesiona la ortografía. Por ejemplo, de González Avelar: Roe palabra parva, la peor; o la menos que báquica exclamación: ¡O, Julieta, té y lujo! Después siguen los falsos palindromas: son los que suenan como tales, pero no lo son. Aquí podemos anotar a Juan José Arreola, por Daniel Cosío Villegas: No leí a Danielón, que luego daría lugar al verdadero, pero, claro, desangelado: Leí nada a Daniel. Agrego también y paso de Daniel a Raquel (¿de un arcángel a otro, o el sufijo tiene otro significado?): Oirá Tibol el obituario.

Y eso sólo es señal del cansancio del palindromista; lo peor ocurre cuando uno descubre que lo que cree que son obras suyas no son más que variaciones a palindromas ya existentes. Por ejemplo, el anónimo luz azul maravilla a cualquiera; pero el mismo cualquiera empieza a sospechar cuando Rubén Bonifaz Nuño sale con Odio la luz azul al oido y Arreola con Etna da luz azul a Dante. A partir de la acusación de Carlos Illescas, Onís es asesino, se obtiene la demostración de un viejo mito sobre otro juego, casi una justificación para el imperativo: "¡Déjese ahí!": Onán es enano. Innumerables autores colocan en el centro de sus palindromas el más antiguo de todos: Yo soy, esa irrefutable sentencia que en solemne y ardiente ceremonia compartiera Yahvéh, el creador y neurótico original, con Moisés en el monte Horeb,

en Madián (véase Éxodo 3,14).

Por todo esto, los escritores siempre tienden a abandonar la palindromía para no regresar a ella. ¿Qué queda de los grandes obsesivos? Arreola de plano se cansó del asunto. Cabrera Infante siguió típicamente por el camino de Joyce, su eterno guía, y los dejó por otros juegos más sofisticados. Y González Avelar y Willy de Winter constituyen un caso muy triste por común: quisieron dar al palindroma un tratamiento poético y fracasaron estrepitosamente. La Picardía palindrómica de Winter es una colección asombrosa, pero los palindromas rescatables, por bellos, que contiene, se pueden contar con los dedos de los pies. González Avelar tiene versos realmente hermosos como: Oda, seno, pájaro, lodo, dolor ajaponesado, pero no halla cómo continuarlos (¿quién podría?) y sigue con otros mucho menos brillantes, casi ofensivos. Y es que querer hacer un poema con palindromas es una ambición absurda; son tan pocas las frases con las que contamos, que aunque empecemos por escribir algo promisorio como Sin alas/ávida del azar/trázale dádivas al anís, nunca hallaremos una manera convincente de continuar sin transgredir las reglas del palindroma perfecto: ortografía impecable y verdaderas imágenes poéticas; y los imperfectos siempre acaban por menguar escandalosamente el mérito de la obra. Es que la belleza poética de los palindromas sólo esplende en versos sueltos como éste, el palindroma más maravilloso que se ha escrito, un decreto indispensable para el regular funcionamiento de una utópica sociedad por naturaleza condenada al fracaso, que en sus doce sílabas contiene todo lo que necesitamos conocer del arte palindrómico; el mejor por su sonido, por su texto, por la delicadeza de su imposible imagen poética; el que debe propiciar el abandono de un género estéril al que es mejor no volver jamás. Es de Arreola, por supuesto:

Are cada venus su nevada cera.

Da capo al fine/dal fine a capo



Caricatura Premio, Concurso XXVII, 1994 Felipe Gaytán Gaytán

Premio, Concurso XXVIII, 1995

LA CONFESIÓN DE GAGANOV

Ensayo sobre el papel del narrador en Los demonios, de Dostoyevski

Ana María Sánchez Mora*

l que suscribe, Anton Lavrentyevich Gaganov, de profesión cronista, en pleno uso de sus facultades y por su propio derecho, declara lo siguiente:

I

Reconozco humildemente que debo mi existencia al señor Feodor Mijailovich Dostoyevski, quien me asignó en su obra Los demonios un papel preponderante (aunque no del todo satisfactorio, como se verá). No pecaré de mal agradecido ni, abusando de la fama de que gozo gracias a él, osaré emitir una sola palabra en contra de mi ilustre creador. Sin embargo, ese mismo papel destacado me hace que considere un deber aclarar algunas cuestiones sobre la novela a la cual me debo (novela que, dicho sea de paso y sin falsas modestias, indirectamente es producto de mi voz narrativa).

No se piense, por favor, que escribo estas líneas porque mi creador ya no puede rebatirme. Tampoco, líbreme Dios, es un asunto de regalías o de créditos el que me mueve. Se trata de otro tipo de injusticias que fueron cometidas contra mi persona y contra otros personajes que, aunque desafortunadamente no pueden hablar en primera persona, cuentan con mi voz para expresar (gracias a la libertad que nuestro autor nos concedió) algunas opiniones.

Una vez aclaradas mis intenciones procedo a explicarme.

II

Cualquier lector medianamente instruido habrá notado que soy un narrador omnisciente y omnipresente, ya sea de los más oscuros secretos o de los más recónditos lugares. El señor Dostoyevski me concedió dominio absoluto sobre el espacio, el tiempo y las conciencias ajenas. Tal vez a alguno de ustedes les pueda parecer magnífico el poder colarse por las cerraduras, volar sobre calles lodosas o tener acceso a pensamientos ajenos y cartas privadas; lo que no imaginan es la cantidad de improperios y acu-

Facultad de Filosofia y Letras, UNAM.

saciones que he recibido por ello, al grado de ser llamado chismoso y hasta indecente por alguno de mis compañeros de novela. Madame Shatova, por ejemplo, me ha reclamado ácidamente, con el mal genio que la caracteriza, mi presencia en el nacimiento de su hijo, una escena por demás íntima y desgarradora. Mi presencia invisible no se debió a un gusto mío, lo juro. A mí los partos y esas cosas de mujeres me acobardan. Sin embargo, por disposición del autor tenía que describir in situ el espíritu cristiano, idealista y generoso de Shatov, el padre putativo, cuyo amoroso júbilo había de contrastar tenebrosamente con lo que los lectores sabían, también gracias a mí: su muerte inminente y violenta. Que conste, pues, que fui utilizado indiscretamente en aras de un artilugio literario de (según se dice) altos vuelos. Añado que esa escena me costó muchos sudores y palpitaciones, al grado que sufrí una fiebre que no se me permitió narrar en la novela (sesgadamente, pues en cambio fui obligado a narrar toda clase de pujidos, desmayos e indisposiciones de otros). Si ustedes hubieran tenido que correr con Shatov a casa de Kirillov, luego con Liamshin (ese cobarde que casi me provoca la congelación) por dinero, luego a casa de Virginski y de regreso, habrían detestado los poderes omnipotentes, como yo lo hice en su oportunidad.

Otra escena donde yo no debí haber estado por no faltar a la delicadeza es aquella en la que Varvara Petrovna (a sus pies, señora) después de tomar el té, se sienta a coser con Dasha y le sugiere, o más bien le ordena, que contraiga matrimonio con Stepan Trofimovich. Yo realmente tenía mis ojos puestos en esa prudente muchacha y me alegró que Varvara Petrovna la disuadiera de cualquier intento de relación con su Nicolás. Pero imaginen mi impotencia y mi contrariedad cuando, a continuación, le ordena casarse con un hombre viejo, anquilosado y pretencioso. (Este comentario no significa que no apreciara al viejo, como bien dejo notar a lo largo de toda la novela).

Justifico mi presencia con un "como cronista, me limito a presentar los acontecimientos con fidelidad, exactamente como ocurrieron, y no tengo la culpa de que parezcan improbables, etc..." Pero los arreglos domésticos y financieros de la dama me hicieron sentir francamente mal. Ya ven ustedes que faltaba mi auténtica opinión.

Abordaré otra escena donde me veo penosamente indiscreto. Es cierto que la pobre Iulya Mihailovna me da mucha lástima, como expresé; y aunque digo que "no me cumple a mí abordar el tema", que "no sé cómo contar ciertas cosas" y que "tampoco es de mi incumbencia discutir errores gubernamentales", me introduzco con Andrei Antonovich al mismísimo boudoir de su esposa para escuchar, junto con ella, todo lo que bullía en su alma, para presenciar su humillación y la degradación que siente porque ella ha creado dos centros de poder: la administración pública y el matrimonio.

Muy a mi pesar, tuve que asistir a su pataleo y a sus sollozos (cuánta pequeñez puede mostrar un hombre). Me animé un poco cuando en medio de chillidos la amenazó con disolver el estúpido festival a beneficio de las institutrices pero al mismo tiempo me percaté del inicio de su locura. La escena llegó al colmo y pude huir de allí graçias a la troika del inspector Filibusterov.

Estas y otras escenas que me vi obligado a presenciar para narrarlas, me han dejado fama de indiscreto. Pero no olviden que la propia Iulya Mihailovna me contó parte de la historia casi con remordimiento (porque una mujer nunca siente completo

remordimiento). Quiero repetir que, de haber estado en mi voluntad, jamás habría realizado tales acciones vergonzosas.

Pero es tan sólo un lado de la cuestión, señores. ¿Qué hay de las escenas donde puse en peligro mi vida? Sí, señores, mi propia vida. Me referiré a una que me heló la sangre. Recorrí con Nikolai Vsevolodovich toda la calle Bogoyavlenskaya, bordeada de tugurios y llena de barro (gracias a Dios yo volaba), hasta que se encontró con Fedka el presidiario. Yo esperaba que le diera los tres rublos para que nos dejara en paz (¿qué le costaba?) y él en cambio lo despidió con cajas destempladas. Después de la siniestra entrevista con la demente Marya Timofeyevna (ya pueden suponer mi estado de ánimo), salimos para encontrar otra vez al asesino. Imaginen mi pánico, yo a unos centímetros de Nikolai Vsevolodovich cuando Fedka saca una cuchilla de zapatero. Me salvé de milagro. Pero cuando Stavrogin le espetó: "¿Cómo que lo viste con tus propios ojos? Habrás entrado allí de noche", yo estaba tan nervioso que creí que era a mí a quien interpelaba y estuve a punto de contestarle: sí, Stavrogin, pero no fue mi culpa. Me mandaron.

III

Quiero asentar una enérgica protesta porque, a pesar de la posición omnipresente y omnisciente que me condujo a peligros sin fin y a indelicadezas extremas, el señor Dostoyevski me ningunea cuanto puede. Con grandes esfuerzos y a lo largo de cientos de páginas (cuya estructura, dicho sea de paso, es bastante arbitraria), los lectores llegan a saber bien poco sobre mí:

que soy hombre todavía joven que poseo una educación clásica que estoy relacionado con la mejor sociedad que fui discípulo de Stepan Trofimovich que soy un despiadado crítico del anterior que soy socio del club que gozo de la absoluta confianza de Shatov que soy miembro del grupo de revolucionarios que soy funcionario público que me indignan la grosería y la indelicadeza que mis irritaciones son mezquinas y absurdas

En efecto, tengo virtudes y defectos, como todos. Pero Dostoyevski cometió algunas imprecisiones que además se prestan a contradicción. Por ejemplo, todos los lectores se preguntarán por qué nunca estoy en mi oficina, de dónde saco el dinero para vivir; cómo, si me indigna la indelicadeza, me dedico a husmear en las vidas ajenas, etc. Pero esto dejémoslo de lado. Lo que sí me parece humillante y ofensivo es la reticencia del autor a mencionarme por mi nombre. Una sola vez (en un contexto por demás denigrante, pero más tarde me explicaré) se dice mi nombre: Anton Lavrentyevich. Respecto a mi patronímico, inexplicablemente se deja en las letras inicial y final: G-v. He tenido, por respeto a mí mismo, que completarlo y el único que he hallado a la mano y que concuerda con las letras es Gaganov. Desafortunadamente, esta elección me hace necesario aclarar que a Piotr (luego llamado Artemi) Pavlovich Gaganov y

a mí no nos une parentesco alguno. Eso que se rumora de que siendo él uno de los directivos más respetados de nuestro club pudo hacerme ingresar como socio, aun sin poder justificar mis antecedentes familiares, es una bajeza. Y es mentira que me reí con el incidente del jalón de narices; Stavrogin es un tipo tan poco interesante (pero no hay por qué adelantar juicios) que recurría a tonterías como ésa para darse a notar, cosa que me pareció repugnante pero no chistosa.

Por otro lado, sé que al llamarme Anton se han despertado sospechas sobre si la novela El desgraciado Anton se refiere a mi persona. No conozco a fondo la literatura rusa y es una lástima (impiedad, si se quiere) que el caso de un tal Anton Petrov no se discuta más ampliamente. Creo que lo que el señor Dostovevski quiso fue ironizar a

mi costa.

IV

Lo anterior me lleva a analizar el contexto denigrante en que mi nombre se cita. La madre de Liza, vieja maniacodepresiva, se despide de mí diciendo: "Adiós, señor. No conozco su nombre". Yo se lo digo y entonces replica: "Es igual, porque me ha entrado por un oído y me ha salido por el otro". Pero dejemos a esa repugnante y mal educada señora cuya hija me sorprendió al exponer su descabellado proyecto literario a Shatov.

Como al comandante del ejército, Kapiton Maximovich, a mí me gusta oír conversaciones inteligentes, con tal de que sean de hombres. Sin hombres, las mujeres se morirían como moscas. Ésa es también mi opinión. Odio al feminismo y doy gracias a Dios de mi condición de célibe.

Para muestra, echen un vistazo a mis compañeras de novela: Lizaveta Nokolayevna, criatura histérica e insensata, que en cuanto puede se ensaña con Mavriki Nikolayevich; Marya Ignatieva, mujer de cascos ligeros que se aprovecha de la bondad de su marido; Praskovya Ivanovna, cuya descortesía y mal humor desesperan a todos; la cuñada de Virginski, solterona taciturna y malévola; la sobrina de Virginski, muchacha insolente y rencorosa; Arina Prohorovna (esposa de Virginski) nihilista pero amante del dinero y los convencionalismos sociales; Sofya Matveyevna, dama de dudosa reputación y vendedora ambulante; Iulya Mihailovna, enredosa cabecita loca con ensueños de grandeza; Marya Timofeyevna, demente con aires de pitonisa; Piotr Stepanovich, que aunque de sexo masculino, tiene todos los defectos del marica: intrigante, vividor, cobarde, ocioso, mentiroso y burlón, arrastrado y engreído.

Para contrastar con la anterior lista de infamias, permítanme dejar aquí mi más cumplida alabanza a dos mujeres excepcionales, cuyas dotes sobresalen a lo largo de la novela; Varvara Petrovna, madre dedicada, mujer de finanzas, protectora de los humildes, amorosa amiga, fuerte de carácter, digna viuda, mecenas dilectísima, religiosa y honesta, paciente y entregada. Darya Pavlovna, muchacha pura, discreta e inteligente, educada y silenciosa, dócil y bella. (Jamás te perdonaré, Piotr Stepanovich, que hayas insinuado que Dasha cometió un pecado durante su estancia en Europa.) Gracias a estas dos estrellas, a estas casi santas, el género femenino puede sentirse

orgulloso.

Caben aquí dos aclaraciones. Una, que no es cierto que yo comía y tomaba el té a

Ensayo

costillas de las señoras; otra, que reconozco que madame Virginskaya actuó tan bien su papel en casa de Shatov, que mereció ser reproducida en un cuento de Chéjov.

V

Si me permiten, el señor Dostoyevski fue muy generoso en su dotación de personajes. Pero hay uno en particular del que quisiera hablar ahora. Se trata de Karmazinov.

Gracias a los intrigantes de la literatura, sabemos que Karmazinov es una caricatura malévola del gran novelista Turgenev. La descripción que hace de su corta estatura, su ceceo aristocrático, su deseo de admiración ilimitada, es producto de la envidia y el encono. Sabemos que Turgenev no se preocupaba, como Dostoyevski, por lo que iba a comer al día siguiente. ¿Y qué culpa tiene Turgenev de que haya sido así?

Yo he sido una gran admirador de Turgenev y por ello protesto airadamente por la escena en que el señor Dostoyevski me hace avergonzarme de haber corrido a recoger la retícula de Karmazinov. Es cierto que él se me adelantó, pero se me obligó a describir un azoramiento y un aire servil que no reconozco. Me duele también la escena del almuerzo donde el gorrón de Piotr Stepanovich hace mofa de un manuscrito del maestro y de sus ideas cosmopolitas. Finalmente, la escena del festival en que se humilla al gran literato durante la lectura de una obra dedicada al público al que siempre se ha entregado, si bien se ha dicho por allí que me causó gran risa, quiero aclarar que se trató de risa nerviosa.

VI

Respecto a la "Confesión de Stavrogin". Muchos han equiparado ese personaje con cristos y anticristos, con el héroe romántico, con la encarnación del mal y muchas otras fantasías. Ya que me fue imposible hacerlo en su debido momento, deseo comentar que Nikolai Vsevolodovich es desde mi punto de vista un niño rico y mimado que gasta bromitas pesadas y que por aburrimiento entra al grupo revolucionario con el que, por cierto, no se compromete. Es verdad que tiene una fuerza excepcional, pero ni ésta ni su aspecto físico (que describí para beneplácito de los estetas) son la razón de su atractivo hacia las mujeres. Lo digo con todas sus letras: el atractivo de Stavrogin es la herencia que va a recibir. Si se casó con una demente, es porque le pareció divertido. La escena equívoca en que Liza le lloriquea y él se pone pálido, gimotea y se desespera, no tiene que ver con grandeza de espíritu: es la descripción de un síntoma llamado fastidio vital.

Tal vez esa escena fue la que decidió al señor Dostoyevski a escribir (sin requerir ya de mis servicios) la famosa "Confesión" con el ánimo de que su vapuleado vampiro retomara su carácter siniestro y maléfico. Si sabemos que el autor leyó a Sade, ¿cómo pudo suponer que nos espantaría con niñas golpeadas y robos a empleadillos? Con razón Tijón no sabe qué decir; el rosario de pecadillos es francamente aburrido. Lo anterior no quiere decir que yo sea incapaz de juicios morales; desapruebo la conducta de Stavrogin y me alegro de que semejante descripción de villanías no forme parte de la novela donde yo me he criado.

Ensayo

VII

Como he dicho antes, soy un hombre sumamente recto y capaz de admitir mis propios errores y vicios. No pretendo hacer una confesión a ningún fraile, no soy tan infantil. Tan sólo quisiera hacer públicos tres incidentes en los que participé colateralmente, quizás abusando de mi omnipresencia.

Mi participación en el festival literario no fue del todo inocente. En mi calidad de acomodador, pude haber detenido los avances de la multitud ávida de escándalo. Sin embargo, en ese momento me divertía con los versos obscenos y con los gritos a los participantes. Apelo a su comprensión: yo era tan sólo un joven con ánimo de divertirme.

Sé que pude haber avisado de la conspiración contra la vida de Shatov a muchas personas y no sólo a los lectores. Me pesa sobre manera haber defraudado la confianza de ese buen hombre. Para aminorar mi desliz, diré que fui obligado a callar en aras, como ya mencioné, de los designios artísticos del señor Dostoyevski. No admito, en cambio, que se diga que yo participé activamente en el horrible crimen. Estaba aterrorizado y eso me impidió (contrariamente a lo que se dice) que yo le colocara una de las piedras.

VIII

Todas las anteriores aclaraciones van dirigidas al simple lector de Los demonios. Dedicaré este apartado para precisar algunos conceptos que Mijail Mijailovich Bajtin y George Steiner han emitido en referencia a mi persona.

En primer lugar, es una injusticia que Bajtín destaque como la escena más carnavalizada, plena de escándalos y compleja, a la del salón de Varvara Petrovna cuando, gracias a mí, tal escena es indudablemente la del festival. ¡Y dice Steiner que Stavrogin es el catalizador de las acciones!

Cito a Bajtín: "Los personajes como Stavrogin no podían mostrarse en un tiempo biográfico o histórico normal. La misma polifonía... exige una concepción distinta del tiempo y del espacio". Yo no sé nada de polifonías, pero el manejo del tiempo se debe a mis dotes narrativas. Es cierto que en algunas ocasiones soy algo impreciso, pero esto se debe a que el autor me colocó en aprietos. Al respecto, dice Steiner: "El hecho de que el grueso de los incidentes narrados en Los demonios cubre sólo cuarenta y ocho horas es fundamental para las intenciones y la visión de Dostoyevski". Como ven, hice lo que pude.

Aprecio que Bajtín haya tenido la delicadeza de mencionar la difícil tarea del narrador: "El relato del narrador es análogo a la estilización en tanto que sustitución estructural de la palabra del autor, y que puede ser desarrollada en forma de un discurso literario (narradores-cronistas en Dostoyevski) o en forma del relato oral, el skaz en el sentido propio de la palabra. También en este caso el estilo verbal ajeno se aprovecha por el autor como un punto de vista, como posición necesaria para llevar a cabo el relato, pero la sombra de objetivación que recae sobre el narrador es en este caso mucho más espesa que en la estilización, y el convencionalismo resulta mucho

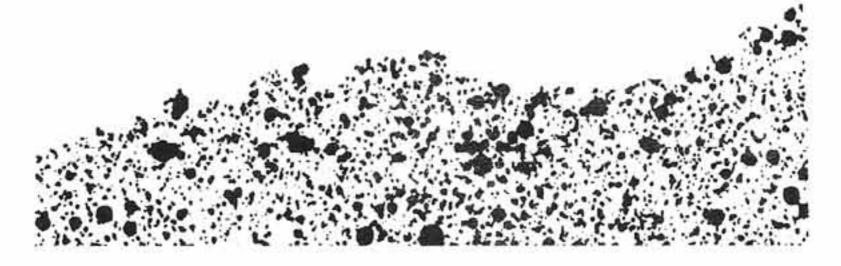
más débil. Por supuesto el grado de objetivación o de convencionalismo puede ser muy variado, pero la palabra del narrador jamás puede ser plenamente objetivada, incluso cuando el narrador viene a ser uno de los personajes". Observen cómo Bajtín reconoce que nuestro discurso es literario y que el autor se aprovecha de nosotros.

Sin embargo, cuando se refiere explícitamente a mi persona, resulta sumamente duro: "Es cierto que los cronistas narradores de Dostoyevski escriben sus apuntes (¡) después del término de todos los acontecimientos y aparentemente desde una cierta perspectiva temporal. El narrador de Los demonios, por ejemplo, constantemente dice: ahora que todo esto ya se acabó', 'ahora que lo recordamos', etc., pero en realidad estructura su narración sin una perspectiva sustancial". Por Dios ¿qué quería Bajtin de mí? El señor Dostoyevski (y no lo digo yo sino Steiner) hizo unos apuntes y notas aquí y allá sobre la muerte de Ivanov y conforme avanzaba en su proyecto, añadía otros motivos como el incendio en París. Yo tuve que ordenar los acontecimientos y lo hice lo mejor que pude; si descuidé algunos detalles fue porque tuve que estar en todos lados. Steiner constata que, gracias a mi manejo del desarrollo de los acontecimientos, logré darle al lector la impresión de ser él mismo un espectador.

Finalmente quiero citar a Steiner: "Los enigmas sobre el personaje principal y sobre las complicaciones formales de *Los demonios* se han interpretado como fallas en la técnica". Sólo asentaré que si hay fallas técnicas, éstas se deben al autor, Dostovevski, y no a mí.

IX

He dado a leer este manuscrito, salido del corazón, a algunos compañeros. Se han reído en mis barbas porque dicen que pretendo, en palabras de ellos "enmendarle la plana a un autor cuyo sitio en las cumbres literarias es indiscutible y cuya novela Los demonios es y será materia de estudio para todas las generaciones venideras". Disiento, no estoy enmendando la plana a nadie y menos a un genio (en referencia a esto, mencionaré que a pesar de que el autor y yo discutimos seriamente porque yo no quería que una vez asesinado Shatov, murieran ni Liza ni Stepan Trofimovich, él hizo lo que consideró adecuado). Jamás saldré de la novela, estoy por así decirlo condenado a ser su narrador eterno. Simplemente he creído conveniente y honrado deslindar, ya que la fama involucra mi nombre y mi honra, algunos malentendidos que consideré importantes.



Primera mención, Concurso XXVIII, 1995

EL LECTOR DEL REALISMO MÁGICO

Saúl Hurtado Heras*

obre el realismo mágico hay al menos dos problemas fundamentales:

a. "Realismo mágico" designa una sorprendente heterogeneidad de conceptos.

 b. La falta de una sólida teoría que permita entender al realismo mágico como noción concreta en la crítica literaria.

Ocurre que, tanto se manoseó el término en su momento que en la actualidad quien habla de él lo hace en forma dubitante. Hay una justificación: su referencia llegó al grado de que en lugar de dar cauce a las propuestas teórico críticas, las empantanó. Una obra mágico realista, en términos generales, terminó por ser una obra escrita en América Latina y que rompía con la tradición viciada del realismo decimonónico.

A la par de esas confusiones, está el hecho de que a veces no quedan bien definidas las fronteras entre conceptos concomitantes como lo fantástico, el realismo mágico y lo real maravilloso americano, sobre todo entre los dos últimos.

A partir de su introducción en la crítica literaria como concepto¹ la polémica más frecuente consiste en definir si debe distinguirse entre "realismo mágico" y lo "real maravilloso" carpenteriano.² Muchos han caído en la tentación de entenderlos y

Facultad de Filosofia y Letras, UNAM.

Hasta donde se sabe, en el contexto universal la expresión "realismo mágico" la introdujo por primera vez en 1925 el crítico alemán Franz Roh para calificar la pintura postexpresionista de finales del siglo XIX y principios del XX. En América Latina fue Arturo Uslar Pietri quien lo abordó de soslayo en 1948 en su libro Letras y hombres de Venezuela; luego, citado también de manera muy general por José Antonio Portuondo en El heroísmo intelectual. Estos textos han sido poco menos que ignorados en las discusiones actuales. El ensayo que se considera formalmente inaugural en Latinoamérica es de Ángel Flores, quien en diciembre de 1954 lo presentó como ponencia durante los trabajos de la Modern Language Association of America. Su aparición pública fue en 1955.

² Lo "real maravilloso americano" es el contenido fundamental del prólogo a El reino de este mundo. El texto fue publicado por primera vez en abril de 1948 con el título "De lo real maravilloso americano"; luego incorporado como prólogo a la novela citada en 1949. Véase: Roberto González Echevarria, "Isla a su vuelo fugitiva: Carpentier y el Realismo Mágico" en Revista Iberoamericana, vol. XL, núm. 86, enero-marzo de 1974, nota a pie de p. núm. 13.

Pocos años después, durante el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros, en París, 1956, Alexis Jacques Stephen presentó una ponencia titulada "Acerca del realismo maravilloso". Este trabajo aporta algunos datos para comprender la naturaleza híbrida de Haití, producto de la emplearlos indiscriminadamente. El propio Carpentier no creyó adecuado fundir las nociones en una sola, lo cual resulta claro si se estudia en detalle el conjunto de trabajos sobre el problema.

Todas estas dificultades sobre el tema hasta la fecha no han quedado satisfactoriamente aclaradas. Una tarea como ésta exige un amplio espacio para la discusión. Por eso en las siguientes líneas me limitaré sólo a plantear uno de sus aspectos. Se trata en este caso de una reflexión en la que queda de manifiesto (con el aporte de la hermenéutica) cómo el lector desempeña un importante papel en la caracterización o

no de la obra mágico realista.

Por lo demás, si tuviera que discutirse lo realista o no de un texto, a poco nos conduciría si no percibiéramos que en la literatura latinoamericana del realismo mágico hay rasgos característicos que expresan en forma más contundente lo privativo de nuestra cultura. De allí la intención en definir sus coordenadas.

Las relaciones lector-texto

Veamos a continuación cómo la noción matriz de "realismo" no es sino el resultado de la interacción fundamentalmente entre texto-lector. Para eso, hay que introducirnos primero en los aportes de la teoría hermenéutica de la recepción. Con base en sus conclusiones optaremos por la responsabilidad del lector en la caracterización (clasificación) de los textos literarios. Sobre todo porque de esta correspondencia lector-obra, al concebir las relaciones entre la realidad social y la realidad literaria, dependerá la peculiaridad o no de la obra mágico realista.

Los aportes de la hermenéutica de la recepción resultan valiosos para comprender este fenómeno. Uno de los méritos de la teoría de la recepción consiste en que rehabilita al lector. Las teorías anteriores no lo consideraban como elemento fundamental, constitutivo de la obra. Incluir este aspecto lleva una concepción más amplia: a saber,

confluencia de diversas culturas, principalmente la africana. La ponencia, publicada en Arte, sociedad e ideología, núm. 4, diciembre-enero 1977-78, pp. 71-86, ha sido ignorada en las discusiones sobre el tema.

A partir de la década de los sesenta, el texto de Carpentier es ampliado e incorporado a un conjunto de ensayos publicados bajo el título de Tientos y diferencias y otros ensayos.

⁴ Identificaremos a estas realidades como realidad literaria (la del texto, del universo ficticio) y

realidad social (la realidad "real" del lector), respectivamente.

³Lector, receptor, incluso intérprete, los entenderemos en este trabajo como significantes de un amplio concepto que puede resumirse en la palabra "lector". Sus variaciones son de matiz. En tal caso, habremos de señalarlas.

El concepto "lector" puede adquirir un sentido con distintas vertientes: puede tratarse de un lector individual, real o implícito (Eco), de una "comunidad de lectores" (de una época históricamente determinada) (Jauss), de la función "lector" (Todorov). En nuestra concepción no nos apartaremos de ninguna de estas nociones. Nuestra discusión podrá remitirse fundamentalmente a la función lector, de un lector virtual, que bien puede ser una comunidad de lectores.

que el arte no se constituye como tal hasta el momento que llega al lector.5

En su Obra abierta, Umberto Eco⁶ propone la participación del lector como elemento fundamental para comprender e interpretar el hecho literario.⁷ La obra de arte en general llega al lector como una obra abierta, susceptible de la multiplicidad de lecturas, en función del lector virtual, y en función del estado emocional y cultural de cada lector. Con su exposición, Eco reconoce que la significación de la obra depende en un alto grado de la lectura que de ella se haga.⁸ Como tal, ofrece la posibilidad de varias organizaciones confiadas a la inventiva del intérprete. Esta generalización es válida para toda obra. Cualquier obra tradicional, señala Eco, aunque materialmente el receptor no la reciba incompleta, exige de él una respuesta libre o inventiva. No puede ser comprendida si el intérprete no la reinventa en un acto de congenialidad con el autor.⁸ A conclusiones similares llega Wolfgang Iser cuando entiende que la clave en la lectura de toda obra literaria es la interacción entre la estructura del texto y su receptor.¹⁰

Con los hallazgos de Hans Georg Gadamer comprendemos que el verdadero sentido de la obra literaria está en su recepción, una recepción históricamente cambiante. Un ente "es" en la medida en que continuamente es otro, dice Gadamer. Así como la ejecución de una obra dramática o musical es distinta cada vez, también la recepción de un texto literario es peculiar en cada momento histórico, pues el espectador no sólo ve de manera distinta, sino que también ve otras cosas. De una ocasión a otra hay una determinación distinta. Y si una obra se nos convierte en vivencia sin que originalmente haya estado determinada para una acepción como la nuestra, ello ocurre gracias a que en la interpretación de lo literario sucede la transformación de un mundo extraño y muerto en algo cotidiano, no obstante la distancia real que puede existir entre el "mundo" original del que habló la obra y el "mundo" de quien la comprende. Por tanto la obra no es un objeto intemporal: pertenece a un mundo y sólo éste acaba por determinar su significado. El verdadero significado de la obra de arte sólo puede comprenderse a partir de este mundo.

Para Gadamer queda claro que sólo en la comprensión de la obra se produce la reconversión de la huella de sentido muerta en un sentido vivo.

Por otro lado, con Hans Robert Jauss," entendemos que en la actividad estética las funciones de la acción humana [TÉCNICA (poiesis), COMUNICACIÓN

6Umberto Eco no es considerado propiamente como teórico de la hermenéutica; sin embargo es incuestionable el aporte que ha dado a la teoría de la recepción con la Obra abierta.

⁷Eco habla en general del receptor de la obra artística. Para nosotros el que más interesa es el lector del texto literario.

9Ibid., fundamentalmente pp. 74 y 75.

Wolfgang Iser, "La interacción texto lector: Algunos ejemplos hispánicos" en Dietrich Rall (comp.), En busca del texto. Teoría de la recepción literaria, UNAM, México, 1987, p. 351.

¹¹Hans Robert Jauss, Experiencia estética y hermenéutica literaria, Taurus, España, 1992, 2º ed., 446 pp.

Sobre esta exposición cfr. Luis A. Acosta Gómez, El lector y la obra. Teoría de la recepción literaria, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, núm. 368, Madrid, 1989, pp. 16 y ss.

^{*}Umberto Eco, Obra abierta, Origen-Planeta, col. Obras maestras del pensamiento contemporáneo, núm. 16, México, 1985, 312 pp.

(catarsis) e IMAGEN DEL MUNDO (aisthesis)]¹² propician las partes de la relación lector-texto: a) Efecto (momento de la concreción del sentido, condicionada por el texto). b) Recepción (momento condicionado por el destinatario).

Pero además, en el análisis del lector o de la comunidad de lectores, cada una de estas dos partes tiene que ser diferenciada, interpretadas como dos horizontes diferentes: a) Literario (interno, implicado por la obra). b) Entornal (aportado por el lector de una sociedad determinada). 13

Con ello se reconoce que la expectativa y la experiencia se entrelazan entre sí (lo

cual produce un momento de nueva significación).

El observador puede considerar un objeto estético como imperfecto, abandonar su postura contemplativa (aisthesis) y convertirse en co-creador de la obra, con lo que perfecciona la concientización de su figura y su significación.

Con los aportes de Jauss podemos entender que el arte involucra al propio observador en la constitución del objeto estético (a partir de entonces, la poiesis supone un proceso en el que el receptor se convierte en co-creador de la obra). Esto implica la liberación de la recepción estética de su pasividad contemplativa.¹⁴

Otro punto de interés que hay que resaltar de la hermenéutica de Jauss es la convicción similar a la de Gadamer, en el sentido de que la percepción sensorial del hombre no es una constante antropológica. Por el contrario, es históricamente mutable. Desde siempre el arte ha tenido como función descubrir y contraponer nuevas formas de experiencia en una realidad por sí cambiante. A esto hay que agregar que la mirada humana, por su propia naturaleza y por interés no se conforma con lo que se le ofrece de inmediato, y está expuesta a la seducción de lo ausente y a extraer lo todavía oculto. 15

En Tzvetan Todorov también presenciamos una clara convicción por el importante papel que juega el lector en la recepción y la consecuente clasificación de los textos.
Por ello es que para Todorov un determinado tipo de literatura (en su caso la fantástica) implica no sólo la existencia de un acontecimiento peculiar, sino también una manera de leer.
Tanta es la importancia que Todorov atribuye al lector que no cree

¹²Poiesis: En el sentido aristotélico del "saber poiético" (placer producido por la obra hecha por uno mismo).

Aisthesis: Placer estético del ver reconociendo y del reconocer viendo. Se entiende como la experiencia básica estético receptiva.

Catarsis: Experiencia básica estético comunicativa (placer de las emociones propias, provocadas por la retórica o la poesía capaces de llevar al receptor a un cambio de sus convicciones como a la liberación de su ánimo). Cfr. Jauss, pp. 75-76.

13 Ibid., p. 17.

¹⁴Estas consideraciones las basa en conclusiones de Dewey, a quien Jauss considera un antecedente de su trabajo. Dewey une dos aspectos de la actividad estética (poiesis y aisthesis):

El artista pasa de la producción a la recepción para corregir su obra en ciernes.

2) El espectador debe hacerse creador él mismo. Ante la obra no adopta una actitud pasiva, como si fuera un objeto terminado, si quiere que la percepción estética sea algo más que un simple reconocimiento. Véase Jauss, pp. 189-190.

15 Ibid., p. 120.

16Se trata no de un lector en particular, sino de la función "lector" implícita al texto.

¹⁷Tzvetan Todorov, Introducción a la literatura fantástica, Premiá, col. La red de Jonás, México, 1981, 2ª ed., p. 29.

imprescindible que coincida el plano de la diégesis (el del personaje) con el plano de la lectura (el del lector). En la mayoría de los casos coincide, pero no es un requisito.

Quien mejor ha relacionado los hallazgos de la hermenéutica con el realismo mágico es Walter Mignolo. 18 Mignolo señala cómo se puede observar el fenómeno de las diversas literaturas realistas desde dos puntos de vista. Por un lado, analíticamente, lo real maravilloso existe sólo desde mediados del siglo XX en adelante; desde que una comunidad hermenéutica ha tomado conciencia de eso y forjado sus propios conceptos para identificarlo. Por otro lado, desde el punto de vista cultural sí puede hablarse con anterioridad de la existencia de tal tipo de literatura. Por eso, analíticamente, un elemento real maravilloso o mágico realista sólo puede serlo después de que el concepto ha nacido. 19 El asunto de la realidad "dudosa" tiene que ver con la concepción del mundo y de la época, no con un programa estético como lo había entendido Carpentier. 20

Además, por lo que hemos visto sobre los problemas de la realidad, los temas que guardan relación con ella mueven a dos tentativas de comprensión: a) Teórica y b) Hermenéutica.

En el nivel de la comprensión hermenéutica, los conocimientos asociados a lo fantástico, a lo real maravilloso o al realismo mágico, variarán en un autor romántico, un realista o un contemporáneo.²¹

Todo lo anterior esclarece muchos puntos sobre la polémica. Primero, porque como se ha visto, desde siempre la definición de los textos ha estado en función de las relaciones entre la realidad social y la realidad literaria, con lo que queda de manifiesto cómo la clasificación de la literatura realista se realiza desde el plano de la recepción. El lector ve lo que puede y quiere ver del texto en función de su horizonte cultural.

En algunas ocasiones se ha creído que la identificación de los textos se realiza desde el punto de vista de los personajes de la historia literaria; otras veces, incluso, desde el plano de la creación (el autor determina el tipo de literatura); en ambos casos se trata de un equívoco. No es posible entenderlo desde el punto de vista de los personajes ficticios por más de una razón. La más importante es que los textos adquieren etiquetas efimeras. Un texto, en determinado momento y en determinadas circunstancias, puede resultar "maravilloso"; otras veces, el mismo texto puede ser "fantástico"; otras más puede ser "un simple texto realista".

En un sentido estricto, tanto la literatura real maravillosa como la mágico realista son para el latinoamericano "simples textos realistas", toda vez que hay una correspondencia entre su realidad social y la realidad literaria que observa. Muchas de las incomprensiones (igualmente muchos de los elogios) sobre los textos clásicos

¹⁸Walter Mignolo, op. cit. No se refiere al realismo mágico, sino a lo real maravilloso. Sin embargo, sus observaciones son igualmente valiosas para el realismo mágico.

¹⁹Aquí se nota claramente cómo la realidad puede ser independiente del concepto que la identifica. Desde siempre puede haber existido una realidad real maravillosa o una realidad mágico realista latinoamericana, pero no desde siempre se había concientizado este hecho.

²⁰Walter Mignolo, op. cit., p. 117.

²¹ Ibid., pp. 115 y ss.

se generan a raíz de un inocultable distanciamiento de realidades. Bajo ninguna circunstancia podemos leer la *Biblia*, o la *Iliada* con los mismos ojos con que los miraron destinatarios inmediatos. Por eso no sería exagerado pensar que muchos de los textos son (o fueron, o serán) "simples textos realistas" en algún momento.

Un texto es mágico realista para quien su realidad social no se corresponde con la realidad expresada en el texto literario. Desde su realidad social, el observador del texto determina si la correspondencia es realista, mágico realista, o de otro tipo.

Los personajes literarios viven su mundo; las personas reales viven el suyo. Hay aquí, como lo ha mostrado Víctor Antonio Bravo, una puesta en escena de dos ámbitos (ficción y realidad) y un límite que los separa e interrelaciona. Cuando un personaje literario, por ejemplo el protagonista de Los pasos perdidos de Alejo Carpentier, reflexiona sobre su propio mundo, y formula puntos de vista, frecuentemente asistimos a una imbricación de funciones; en casos como ésos es el autor, la persona real, quien ve y opina sobre el mundo tras la máscara de un personaje ficticio.

El protagonista de Los pasos perdidos observa, analiza e interpreta un mundo para él real maravilloso; para los habitantes de Santa María de los Venados se trata de un mundo cotidiano.²³

Pero además, inscrita en una realidad social, la realidad literaria es incapaz de verse a sí misma como tal. ¿Pueden los personajes ficticios determinar las correspondencias entre las realidades (los ámbitos, siguiendo a Bravo)?²⁴

Víctor Antonio Bravo, cuyo trabajo resulta interesante y valioso a la hora de entender lo fantástico, cae sin embargo en una contradicción al referirse a las correspondencias entre los dos ámbitos. Contra lo expuesto por Todorov sobre el papel del lector en la caracterización de los textos, Bravo sostiene que lo fantástico (en su caso) es consustancial al hecho narrativo, y no precisamente responde a contingencias extratextuales. Sin embargo, Bravo escamotea un detalle que contradice su propio argumento. Este autor reconoce que el ámbito de la ficción siempre existe con relación al ámbito de lo real, mediante un límite que los separa, pero a su vez susceptible de ser transgredido ("lo fantástico se produce cuando uno de los ámbitos, transgrediendo el límite, invade al otro para perturbarlo, negarlo, tacharlo o aniquilarlo"),² pero el mismo Bravo nunca explica desde qué horizonte se determinan las irrupciones de un ámbito en otro. En lo intratextual que él defiende, las determinaciones pueden darse al menos por dos vías: a) por los personajes y b) por los caracteres en el conjunto de elementos que estructura la obra.

²²Víctor Antonio Bravo, op. cit., p. 39.

²³En este caso es evidente, como ya lo han observado otros, que la concepción racionalista carpenteriana se hace presente en el protagonista de la novela, quien continuamente se muestra maravillado ante lo ordinario de una realidad para él extraña, insólita. Véase Suzanne Jill Levine, "Lo real maravilloso": De Carpentier a García Márquez", en Eco, núm. 120, tomo XX/6, abril de 1970, Bogotá, Colombia, 1970, pp. 566.

²⁴Hay varios casos en la literatura que muestran interpenetraciones de los ámbitos. Don Quijote de la Mancha; Niebla, de Miguel de Unamuno; cuentos de Borges, ("Las ruinas circulares", "El aleph"), etc. En casos como ésos, los personajes ficticios asumen su mundo como real, aunque en ningún momento deja de ser ficticio. Esos textos connotan problemas metafísicos propios para analizarse en otro trabajo.

²⁵ Victor Antonio Bravo, op. cit., p. 33.

En la exposición de Bravo esto no queda claro, pero todo sugiere que lo atribuye a la segunda vía (inciso b). De cualquier manera, sea cualquiera de las dos vías, la explicación del autor pasa por alto todo lo que hemos referido de la teoría hermenéutica, fundamentalmente lo señalado por Mignolo.

Si esta determinación fuera consustancial al hecho narrativo, ¿cómo explica Bravo las variantes temporales y culturales respecto a las relaciones de los ámbitos y su irrupción? ¿Cómo se explica que, desde el punto de vista hermenéutico, los caracteres realistas de un texto estén sujetos a continuas modificaciones? ¿Por qué, pues, lo que para un lector europeo un texto es mágico realista, en el mismo momento para un lector latinoamericano puede no serlo?

Esto no debe hacernos creer que los criterios para clasificar los textos con base en sus características deban ser siempre extratextuales. La distinción clásica de los géneros demuestra lo contrario. Es insoslayable, sin embargo, que la determinación de los textos realistas, cualquiera que sea su tipo, se sujeta en lo general, si no siempre, a este hecho. Como variantes realistas, lo fantástico, al igual que lo real maravilloso y el realismo mágico, no son la excepción.

En otro momento puede creerse que la caracterización del texto literario corre por cuenta de su creador. Éste es el caso de Uslar Pietri, quien entiende que lo mágico realista es producto de la captación del ser misterioso de las cosas. También Luis Leal lo atribuye al autor. En casos como éstos se pasa por alto la aisthesis, como función contemplativa del autor. Hemos visto que poiesis y aisthesis no son funciones irreconciliables. El autor contempla su propia obra creada, pero cuando lo hace, deja de ser su creador para convertirse en su espectador. En esos momentos su actitud se desplaza al plano de la recepción, de la lectura. Y la tipificación que de su propia obra hace, la realiza desde el plano del lector receptor. Por eso, cuando emite determinado punto de vista, determinada caracterización, la realiza el "autor" en funciones de lector.

Con mayor razón podemos decirlo cuando el juicio es emitido por el crítico, cuya función es principalmente contemplativa.

Mucho se ha discutido también si el realismo mágico es exclusivamente latinoamericano. Esta declaración que tiene algo de cierto, en el fondo está basada en las relaciones de las dos realidades. La concepción racionalista del europeo choca inmediatamente al contemplar un texto característico del realismo mágico. Pero ya vimos que para un latinoamericano la realidad descrita puede resultar por demás cotidiana,²⁷ por eso el texto es simplemente realista.

²⁶Luis Leal, "El realismo mágico en la literatura hispanoamericana" en Cuadernos Americanos, núm. 4, vol. CLIII, julio-agosto de 1967, pp. 230-235.

²⁷No es necesario creer en su totalidad la realidad descrita en el texto mágico realista. Lo que sí ocurre, es, como lo dijo Miguel Ángel Asturias en diálogo sostenido con Günter W. Lorenz, que cuando se vive en medio de una serie de tradiciones y creencias, aunque en principio no se crea en ellas, quien las recibe descubre que esas historias adquieren un peso. Todo eso tiende a transformarse en realidad, sobre todo si en el seno de la cultura existe una base religiosa (citado por Leonardo Padura Fuentes, "Realismo mágico y lo real maravilloso...", art. cit., p. 34).

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA Gómez, Luis A., El lector y la obra. Teoria de la recepción literaria, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, núm. 368, Madrid, 1989, 323 pp.
- Bravo, Víctor Antonio, La irrupción y el límite, UNAM, México, 1988, 291 pp.
- CARPENTIER, Alejo, El reino de este mundo, Monte Ávila Editores, Caracas, 1992, 132 pp.
- Eco, Umberto, Obra abierta, Origen-Planeta, col. Obras maestras del pensamiento contemporáneo, núm. 16, México, 1985, 312 pp.
- FLORES, Ángel, El realismo mágico en el cuento hispanoamericano, Premiá, col. La red de Jonás, México, 1985, 274 pp.
- GADAMER, Hans-Georg, Verdad y método, tomoi, Sígueme, España, 1975, 1993, 5ª ed., 697 pp. GONZÁLEZ Echevarría, Roberto, "Isla a su vuelo fugitiva: Carpentier y el Realismo Mágico" en Revista Iberoamericana, núm. 86, vol. XL, enero-marzo de 1974, pp. 9-63.
- JAUSS, Hans Robert, Experiencia estética y hermenéutica literaria, Taurus, España, 1992, 2ª ed., 446 pp.
- LEAL, Luis, "El realismo mágico en la literatura hispanoamericana" en Cuadernos Americanos, núm. 4, vol. CLIII, julio-agosto de 1967, pp. 230-235.
- MIGNOLO, Walter, Teoría del texto e interpretación de textos, UNAM, México, 1986, 298 pp. PADURA Fuentes, Leonardo, Lo maravilloso: creación y realidad, Letras cubanas, La Habana, Cuba, 1989, pp. 7-71.
- ———, "Realismo mágico y lo real maravilloso: Un prólogo, dos poéticas y otro deslinde" en Plural, núm. 270, marzo de 1994, pp. 26-37.
- PORTUONDO, José Antonio, "La realidad americana y la literatura" en El heroismo intelectual, Tezontle, México, 1955, pp. 125-139.
- Roh, Franz, Realismo mágico. Post expresionismo: Problemas de la pintura europea más reciente, Revista de Occidente, Madrid, 1927, 141 pp.
- STEPHEN, Alexis Jacques, "Acerca del realismo maravilloso" en Arte, sociedad e ideologia, núm. 4, diciembre-enero 1977-78, pp. 71-86.
- TODOROV, Tzvetan, Introducción a la literatura fantástica, Premiá, col. La red de Jonás, México, 1981, 2ª ed., 138 pp.
- USLAR, Pietri Arturo, "El cuento Venezolano" en Letras y hombres de Venezuela, Ediciones Edime, Madrid, 1958, pp. 280-288.









Teatro

Premio, Concurso XXVIII, 1995

LA GOTERA
(Drama en siete actos)

Jesús Heredia Caamaño*

PERSONAJES

CARMELA, mujer de aproximadamente 32 años de edad. Tiene carnes firmes. PASCUAL, hombre de cuerpo grande y de movimientos torpes. Representa mayor edad que Carmela.

AMIGO 1, hombre no menor de 20 años de edad, sin embargo, por su cuerpo y su voz muy aguda aparenta unos 17 años. Con frecuencia, al hablar, succiona sus mocos.

AMIGO 2, hombre de 39 años de edad. Su voz es ronca, rasposa y expresa contundencia en sus palabras.

CARLOS, hombre de 20 años de edad. De cuerpo ligero, demuestra mucha vitalidad.

ACTO PRIMERO

Pascual y Carmela duermen. Debajo de la cama bay una bacinica.

CARMELA: Pascual, Pascual.

PASCUAL: Mmm.

CARMELA: Está lloviendo.

* Facultad de Filosofia y Letras, UNAM.

Teatro

PASCUAL: Ajá.

CARMELA: Despierta, Pascual. Está lloviendo.

PASCUAL: Ya duérmete, Carmela.

CARMELA: ¿Cómo voy a dormir? No tapaste la gotera.

PASCUAL: ¿Y qué quieres que haga?, ¿que salga a parar la lluvia?

CARMELA: Tengo los pies bien mojados.

PASCUAL: Encógelos, así como yo. Hazte bolita.

CARMELA: No seas güevón; levántate, siquiera vamos a mover la cama. Pascual, se va a podrir el colchón. ¿Vas a comprar uno nuevo?

PASCUAL: (Se levanta fastidiado.) Qué bien chingas. (A Carmela, que aún está acostada.) ¡Órale!, tú también párate.

CARMELA: ¿Para dónde la movemos?

PASCUAL: Pues si quieres, encima de la estufa.

CARMELA: (Rie.)

PASCUAL: ¿De qué te ríes?

CARMELA: Te ves bien chistoso con esos calzones.

PASCUAL: Sácate a la chingada. (Pascual se deja caer en la cama.)

CARMELA: ¡Ya sé! Movemos el ropero para acá y pasamos la cama al rincón. PASCUAL: (Habla con la cara pegada a la almohada.) Y que se moje el ropero, después compras otro.

CARMELA: Oye, no te duermas, ¿qué hacemos?

PASCUAL: Pon la bacinica.

Carmela pone la bacinica sobre las cobijas, a los pies de la cama. Se escucha caer la lluvia sobre un techo de lámina y el sonido de gotas cayendo dentro de la bacinica.

CARMELA: Pascual, ¿ya te dormiste?

PASCUAL: Sí.

CARMELA: ¿Estás enojado por lo de tus calzones? No hagas corajes, Patito, te quedan muy bien. A mí me gustan más las trusas de algodón, pero con esos calzones de tigre te ves más sexi. ¿Puedo subir mis piernas para que no se mojen?

PASCUAL: (Acepta con indiferencia.) Mfm.

Carmela besa a Pascual en el cuello. Poco a poco Pascual cede. Empiezan a bacer el amor, la cama recbina.

PASCUAL: (Excitado.) Mmmm. Aaaaah. No te muevas mucho, aaaah. Mmmm, no te..., no te mue...

La bacinica cae al piso.

PASCUAL: (Aliviado.) Aaaah.

CARMELA: Pascualito, ¿ya acabaste? PASCUAL: Te dije que no te movieras.

CARMELA: Pero si yo me quedé quieta; siempre que dices eso hasta miedo tengo de respirar. No muevo ni una nalga y siempre sales con lo mismo. Ahorita tú fuiste el único que...

Pascual ronca.

CARMELA: (Murmurando.) Cabrón.

TRANSICIÓN

Carmela entra al cuarto, Pascual duerme.

CARMELA: ¿No vas a trabajar? Son más de las nueve.

Pascual se sienta en el borde de la cama.

CARMELA: A ver, pásame esa ropa. Te la voy a lavar de una vez. (Carmela le quita los calcetines y una camiseta.) Toma, aquí está tu ropa limpia.

PASCUAL: (Vistiéndose.) Ah qué pinche frío. Como que se antoja un tequila.

CARMELA: Qué tequila ni qué nada, ¿a qué hora te vas a trabajar?

PASCUAL: Me corrieron de la obra. Por mí mejor, al fin que ni tenía ganas de echar el colado. (Termina de vestirse.)

CARMELA: ¿Y ahora?

PASCUAL: Luego vengo. (Sale.)

CARMELA: ¿A dónde vas? (Carmela camina basta la puerta, grita.) Pascual, no

te vayas, siquiera arregla la gotera. (Entre dientes.) Cabrón.

ACTO SEGUNDO

En una mesa de cantina beben Amigo 1 y Amigo 2. Pascual llega.

AMIGO 1: Ese Pascual, acá estamos.

AMIGO 2: Siéntate.

Pascual las choca antes de sentarse.

AMIGO 1: Te encontró Carlos?

PASCUAL: ¿Qué quiere ese hijo de la chingada?

AMIGO 1: Te anda buscando para arreglar las cosas.

PASCUAL: Mejor que ni se aparezca, porque cuando lo vea...

Pascual saca una pistola y la avienta sobre la mesa.

AMIGO 1: Espérate mano, no se vaya a disparar. ¿Está cargada?

PASCUAL: Pues claro, ¿quieres ver? (Pascual apunta a la cara de Amigo 1.)

Teatro

AMIGO 2: Ya, dejen de estar jugando. (Le quita la pistola y la revisa.) ¿Dónde la conseguiste?

PASCUAL: La compré.

AMIGO 1: Se ve que te iba bien en el negocio.

PASCUAL: Sacaba buena lana; pero el Charly me echó de cabeza.

AMIGO 2: Él no soltó nada.

PASCUAL: Cómo no. Fue el único que me vio y como no le di lana fue de chiva.

AMIGO 2: Dice que sacaste mucho material y el jefe de la obra se dio cuenta.

PASCUAL: ¿Y por qué me corrió a mí?

AMIGO 2: En algo la habrás cagado. Acuérdate.

AMIGO 1: Simón, Pato. Además, el Charly es buen camarada. Siempre se pone a mano con la flota. Lo bueno fue que no te metieron al bote.

PASCUAL: Pues mejor que ni se aparezca.

Se escucha un trueno.

AMIGO 1: Chale, ya se viene otra vez la lluvia. PASCUAL: No hay bronca, estamos bajo techo.

AMIGO 1: Pero dejé a mi perro amarrado en el patio.

AMIGO 2: Pidan las otras.

AMIGO 1: Bueno, al fin que ya se mojó toda la noche.

PASCUAL: Salud.

ACTO TERCERO

Carmela tiende la cama, tocan a la puerta.

CARMELA: ¿Quieeén? CARLOS: Soy yo, Carlos.

Carmela abre la puerta.

CARLOS: Buenos días, señora.

CARMELA: Buenos días, Charly. Pásale, ¿qué haces tan temprano? CARLOS: Pues ya ve, a veces es bueno madrugar. ¿Está don Pascual? CARMELA: No, se acaba de largar. De seguro se fue a la cantina.

CARLOS: ¿A esta hora?

CARMELA: Sí, es que según amaneció con frío. Por la gotera, toda la noche nos estuvo jodiendo. Ya le dije a Pascual que la tape, pero nunca me hace caso. Dice que no le da tiempo.

CARLOS: Usted tiene destapada la gotera porque quiere.

CARMELA: Oye Charly, ¿tú no puedes ayudarme? CARLOS: Yo le tapo todo lo que usted quiera.

CARMELA: Mira, ésa es; empecé a lavar la ropa, pero mejor me vine a mover todas las cosas, por si vuelve a llover. ¿Tú crees que...?

CARLOS: (Metiendo la mano por debajo del vestido.) Yo pensé que usted decía

esta gotera.

CARMELA: (Forcejeando.) Déjame. (Le da una cachetada.)

CARLOS: Pinche vieja, si bien que le gusta.

CARMELA: Déjame salir, esto lo va a saber Pascual.

CARLOS: Usted y don Pascual juntos. (Carlos saca una pistola y apunta a Carmela.) ¿Por qué se hace la difícil? Usted lo que necesita es un hombre que le dedique tiempo.; Mire nada más! Esa carne está pidiendo a gritos que alguien se la coma. Acuéstese. (La avienta bacia la cama.) Le digo que se acueste.

Carmela después de resistirse agarra el ritmo y empieza a gemir de placer. Se escucha el rechinido de la cama.

TRANSICIÓN

Carlos termina de peinarse, guarda un peine pequeño en la bolsa trasera de su pantalón. Se acomoda la pistola que lleva en la cintura y camina bacia la puerta.

CARMELA: (Con voz fuerte.) Puto. Hijo de la chingada. (Corre hasta la puerta y grita.) Vienes mañana.

ACTO CUARTO

Pascual regresa de la cantina, es de noche y está borracho.

PASCUAL: (Gritando.) Ajajay. (Canta, con voz borracha.) Copa tras copa, botella tras botella. (Saboreando el alcobol.) Aaaaah. Pinches perros, ahí les va esto. (Avienta la botella. Cantando.) Nunca en la vida tú me verás caer.

Pascual llega hasta una puerta.

PASCUAL: Carmela, Carmela. Ábreme. Abre, desgraciada. Si no me dejas entrar te madreo.

Pascual tira dos balazos al aire. Pausa. Carmela abre la puerta.

PASCUAL: Hija de tu pinche madre, ¿por qué me dejaste encerrado?

CARMELA: No te oí, Pascual, estaba dormida.

PASCUAL: Ahorita vas a despertar.

CARMELA: No, Pascual, nooo.

Teatro -

ACTO QUINTO

Carmela está tirada sobre la cama. Tocan a la puerta. Carmela se levanta y abre. Con una mano se tapa media cara.

CARLOS: Buenas, seño. Hoy sí se le durmió el gallo.

CARMELA: (Aparentando indiferencia.) ¿Qué haces aquí?

CARLOS: Usted dijo que viniera.

CARMELA: Pascual no tarda en venir y tiene una pistola.

CARLOS: No sea mentirosa; lo vi entrar en la cantina. De ahí no sale hasta que cierren. (Asombrado.) Oiga, ¿qué le pasó?

CARMELA: Nada.

CARLOS: Cómo que nada. (Le levanta la falda.) Tiene moretones por todos lados. A ver, venga, le voy a sobar. (Carlos la abraza, la besa y le acaricia todo el cuerpo. Se dejan caer en la cama. La cama empieza a recbinar.)

TRANSICIÓN

Carmela pone la mesa. Carlos duerme.

CARMELA: Charly, Charly, despierta. ¿No vas a comer?

Carlos se levanta y se sienta a la mesa.

CARLOS: (Habla con la boca llena.) En serio que no entiendo a don Pascual. Si yo fuera él, le pondría una criada para que no trabajara tanto; y todo el día estaríamos en la cama.

CARMELA: (Divertida.) Uy, si Pascual con trabajos y puede una vez por semana.

Se escucha un trueno.

CARMELA: Ya se viene el agua otra vez. Apúrate a comer para que tapes la gotera.

CARLOS: (Después de limpiar el plato y comerse el último pedazo de tortilla.)
Ya terminé. Ahorita vengo.

Carlos sale y Carmela se queda mirando bacia la puerta.

ACTO SEXTO

La misma cantina. Pascual platica con Amigo 1 y Amigo 2.

AMIGO 1: No les hagas caso; ya ves así son los pinches chismes. Carmela nunca te engañaría, menos en tu santo hogar.

AMIGO 2: Cómo crees que tu mujer se va a meter con otro, si te tiene miedo. PASCUAL: Pues me acaban de decir hasta cómo gritaba y ya me entró la duda, creo que así hacía cuando nos acabábamos de juntar. De todos modos ese

cabrón me las debe. (Se escucha un trueno.)

AMIGO 1: ¿A cuántos has matado?

PASCUAL: A ninguno.

AMIGO 2: El primer muerto se te queda aquí, en medio de los ojos. Por más que quieras olvidarlo, siempre traes la frente helada.

AMIGO 1: ¿Dolerá mucho un balazo?

AMIGO 2: A güevo. A mí ya me dieron uno. Se siente bien caliente y como si la caca se te saliera por el agujerito.

Se escucha la lluvia que empieza a caer en la calle.

AMIGO 1: Otra vez la pinche agüita.

AMIGO 2: ¿Y tu perro?

AMIGO 1: Se murió. No sé si de hambre o de moquillo, no me dio tiempo ni de ponerle su collar de limones. No sean cabrones, acompáñenme a tirarlo en el canal antes de que se me pudra en la casa.

PASCUAL: Simón, vamos antes de que arrecie el agua. (Se toman de un trago lo

que queda en las botellas.)

Los tres se levantan. Entra Carlos con la pistola en la cintura y con la mano en la pistola.

CARLOS: Buenas, don Pascual.

PASCUAL: Hijo de tu pinche madre.

Pascual saca la pistola, el escenario queda en oscuro total. Se escucha un balazo y después las voces en oscuro.

AMIGO 2: Rápido, al canal. No te quedes ahí parado como pendejo. Agárralo de los pies.

AMIGO 1: De pasada tiramos a mi perro, ¿no?

ACTO SÉPTIMO

El mismo cuarto del primer acto. Se escucha caer la lluvia sobre un techo de láminas. Carmela está parada junto a la cama.

CARMELA: Oye, no te duermas, está entrando el agua. Charly, no tapaste la gotera.

CARLOS: (Encogido bajo las cobijas.) No estés jodiendo, Carmela. Pásame otra cobija, tengo un chingo de frío.

CARMELA: (Entre dientes.) Cabrón.